

# GARCIA CARPINTERO, Fray Juan

*Dominico*

**Tener hijos religiosos en la familia era un gran orgullo; pero cuantas más prendas tenían, más lo iban a sentir los padres que los habían criado, y se tenían que despedir de ellos para no verlos más.**

Este apostólico y V. P. llamado Juan García Carpintero (en chino Sy), hijo de Juan García y de Juana Ruy (o Ruiz), nació en Moral de Calatrava y fue bautizado en su iglesia parroquial el 13 de mayo de 1604.



Inspirado desde niño en el alto pensamiento de ser religioso dominico, que era la suprema aspiración de su primera juventud, tomó el hábito y profesó en el convento y colegio de Nuestra Señora del Rosario de Almagro. Seguidamente, le envió la "obediencia" a estudiar al convento de San Pablo el Real de Sevilla. Aquí estudió Artes y Teología con crédito de buen religioso, timorato, recogido y temeroso de Dios.

Apenas acabados estos estudios y siendo sólo diácono, aprovechando que pasó por allí el padre fray Diego Collado que venía de Roma y estaba juntando una barcada para la provincia de Filipinas, le pidió al padre ir en ella. Fray Diego le recibió con mucho gusto por su buena fama.

No pasó con esta barcada el P. fray Diego Collado porque, habiendo llegando hasta Cádiz con toda la compañía de ella, le fue forzoso volver a la Corte. La barcada fue encomendada, pues, al padre fray Francisco Pinelo, que la gobernó con mucha prudencia y religión

Era la misión XVI integrada por 21 religiosos. Salió de la Península en 1631 y atracaron en Veracruz, pasando posteriormente a la ciudad de México. Allí se ordenó de sacerdote. Desde la capital México hicieron a pie las 80 leguas de asperísimo camino que le separaban de Acapulco, enfermaron casi todos y murieron 5 ó 6 de ellos. Se

reembarcaron en Acapulco el 23 de febrero de 1632 y llegaron alegres a la provincia del Santo Rosario hacia finales de mayo de ese mismo año.<sup>1</sup>

Al año siguiente (1633) le mandó la "obediencia" pasar a la isla Hermosa<sup>2</sup> donde había una corta guarnición española, Después de un viaje alterado por la rebelión a bordo de los chinos que pretendían matarlos, arribaron a la isla.

Dividida esta isla en provincias, le correspondió en misión la de Calaban, cuya capital dista treinta leguas de la guarnición española de San Salvador. Partió hacia su destino con la compañía de dos moros cristianos, un japonés y un nativo formosino. Allí dio principio a su predicación padeciendo innumerables trabajos y peligros. Su singular modestia y dulzura atrajo a multitud de fieles, recogiendo gran fruto en el tiempo que allí estuvo cuidando enfermos, bautizando a conversos y rehuyendo al menos dos intentos de asesinato. Con tanto trabajo como valor auxilió en una epidemia de viruela en Quimaurri. recogiendo gran fruto de ello.



<sup>1</sup> Hervás y Buendía recoge que nuestro padre visitó Japón, pero no consta que viajara allí en ningún libro, ni parece que tuviera conexión con ninguna salida misional hacia esas islas, ni tiempo para ello, como se puede ver en este trabajo.

<sup>2</sup> Isla Hermosa (nombre castellano) es la isla de Formosa (nombre portugués) y hoy Taiwán.

<sup>3</sup> El color verde corresponde a zona de dominio español y el rosa a la de holandés. El amarillo es China.

<sup>4</sup> En el año 1626 el gobernador general español de Filipinas envió una expedición al mando del capitán Antonio Carreño, llevando consigo al padre Bartolomé Martínez, quien ya había visitado con anterioridad la costa de Formosa. Esta expedición recorrió la costa este de la isla y desembarcaron en el norte evitando a los piratas y holandeses que se hallaban asentados en el sur. Era el 7 de mayo de 1626, en un lugar que denominaron **Santiago**. Se fundó en la bahía de Jilong el puerto de **La Santísima Trinidad** (actualmente [Keelung](#)) defendido por un fuerte llamado de **San Salvador** en la pequeña isla de Heping a la que llamaron **Todos los Santos**. Se crearon 6 pequeñas fortificaciones para defender el fuerte

El intenso trabajo y el terreno pantanoso le provocaron unas fiebres, y para curarse debió ir al puesto de los españoles de San Salvador. Una vez recuperado, estuvo asistiendo allí al ministerio y conversiones de indios. Mandado después a Santiago, edificó la iglesia, convirtió muchos indios y salvó una sublevación de los indígenas. Fue primer ministro de la provincia de Calaban y fundador de la iglesia de Santiago. En 1636, en isla Hermosa, permanecían cinco padres dominicos en el convento de Todos los Santos.

Pero su celo verdaderamente apostólico pedía mayor campo; y en 1635 el provincial le mandó a China en unión de otros misioneros, los PP. Díaz y Chaves,<sup>5</sup> Después de gravísimos trabajos en el viaje, desembarcaron en Ting-Teu el 7 de septiembre de 1637. Fr. Juan había permanecido en Formosa por espacio de cuatro años (1633 - 1637).

Nuestro V.P. fray Juan García vino a ser el quinto misionero apostólico que de la sagrada religión (dominicos) entró a componer el sagrado muro de aquella iglesia de China, la quinta piedra y columna de aquellas cristiandades. Fueron de tanto precio y tantos los valores como los colores de sus virtudes en todos sus géneros. Estas virtudes le fueron adornando de suerte que, en las penosas tareas del dilatado tiempo de treinta años, no dejó el arado de la mano; y después de copiosos y abundantes frutos que recogió de la tierra estéril e ingrata de aquella gentilidad, los repuso en los graneros de la gloria. Nos dejó en su persona el ejemplar más ajustado de un misionero perfecto.

Pasó a desempeñar su trabajo a Fo-gan (Fogan). En tres meses consiguió predicar aceptablemente en Ting-Teu (Tingteu) en su idioma vulgar, propia de los nacidos en aquella comarca; posteriormente, aprendió la lengua mandarina que le facilitó la comunicación y le hizo dedicarse con gran fervor al desempeño de su apostólico ministerio.

Las autoridades locales iniciaron una persecución. Los trabajos que él y los demás compañeros padecieron el primer año que pasaron en aquel imperio son inenarrables: peligros continuos y afrentas e injurias sin cuento. Pero lo que más le mortificó durante tres años fue la soledad en que se vio al haber sido desterrados unos misioneros y huidos otros. Esta consideración le consumió tanto que, puesto en las puertas de la muerte, tuvo que ir en demanda de remedio a Formosa. Diez meses después volvía a China en compañía del padre Chaves, que había sido uno de los que habían abandonado la misión a causa de la persecución que rugió en septiembre de 1638.

---

con un contingente de 200 españoles con poco más de una docena de piezas de artillería. Se crearon en 1632 varias misiones cristianas que fueron muy activas. España controló el norte de la isla hasta 1642.

En 1629 se fundó el pueblo de Castillo en la localidad de [Tamsui](#) (Danshui), cerca de la actual Taipéi donde se edificó otro fuerte llamado Santo Domingo.

Durante la presencia española en Taiwán, se desarrolló una intensa actividad misionera católica lográndose el bautismo de 5.000 indígenas por medio de los misioneros:

<sup>5</sup> La expedición no debía estar preparada ya que no salió hasta 1637. Desde 1635 al 37 permaneció en Santiago.

Sardónico; humilde de corazón atribuía a sus culpas todas las desgracias que ocurrían; vestía pobrísimamente; se trataba con gran rigor y huía de toda clase de prelacías, aceptándolas únicamente obligado de la "obediencia"; y pacientísimo en grado heroico. No sólo recibía con acción de gracias los trabajos que con frecuencia le sobrevenían sino que él mismo los pedía y solicitaba, desahogando en continuas lágrimas el corazón abrasado en amor de Dios. Apacible y manso, urbano y afable para con todos, no podía menos que ganarse el corazón de cuantos le conocían.

En este apostólico ministerio fue llevando su vida ejemplar este misionero, sin salir jamás de este Imperio que le ofreció tan sagradas tareas, y en él se halló obligado a esperar su descanso. Iba recibiendo los muchos obreros que fueron enviados por la Providencia por cerca de treinta años, la cual nunca ha faltado ni faltará a tan santa provisión mientras el Señor tuviere abierta la puerta; pues si se diera lugar a los que querían ir, no hay dudas de que se despoblara. El padre fray Juan, como ministro tan antiguo y tan persistente, ya de prelado o de súbdito, era el que enseñaba a los nuevos la dificultosa lengua; el trato con aquellas gentes, que es bien extraño de las nuestras, por no decir opuesto; el andar, el visitar y sus correrías que en ello son molestos; y al religioso que no le ven muy atento a ellas lo desprecian, lo califican de plebeyo y rudo. Años enteros han menester un maestro de ceremonias para no caer en ofensión y poder predicar con autoridad. El comer se enseña, que ha de ser con palillos largos que mortifican bastante la cólera al hambre; las entradas, las correrías, el asiento, el tono de voz son muy estimadas en esas ociosidades y, siendo costumbres civiles, no reparan los religiosos en gastar el tiempo en aprenderlas, pues vienen a ser paso de sus mayores ocupaciones y siempre les hacen mucha falta. El padre fray Juan García era el ayo en estos cumplimientos. Fue el maestro en la lengua que la supo con grande perfección, sus letras y caracteres que es otra dificultad bien grave y de grande suposición. Compuso libros en ella y aún supo muy bien la materna de las cristiandades y jurisdicción de Fogan, por lo que pudo administrar con grande fruto a las mujeres que ordinariamente no saben, ni la entienden la lengua mandarina. Así fue como bautizó a un sinnúmero de almas y las metió a Dios en su Iglesia y en el Cielo. Tenía cuidado de velar por su obligación de enseñar a los bautizados, que quedaban deudores no sólo de la Fe y de todo lo demás que enseña la Ley Evangélica y manda obrar nuestra Santa Madre Iglesia Católica Romana. Sabía de la vocación apostólica a que era llamado y escogido. Apreciaba de lo mucho que sirve la ciencia, el estudio, el aconsejarse, pedir consejo que es otro don muy especial, el cuidado, el ejemplo que en todas partes obliga a un religioso; pero en misiones le ejecuta la prontitud de ánimo, sin andar contemporizando con vientos, ni lunas, siempre ceñido y de paso. Pero al fin de todo; viendo que era Dios el único dueño y señor de todo lo bueno, que era necesario ante todas las cosas tenerle contento para pasar después con prosperidad a servirle; fue notable en esta parte el temor de Dios con que siempre vivió sin apartarse un punto de su presencia, y así su oración no era por horas, ni por días. Todo su vivir fue orar, porque en cuantas cosas veía hallaba materia necesaria de platicar con Dios; había hallado ser tan necesarias sus pláticas que, en tantas contradicciones y dificultades como se ofrecían a cada paso, sólo

aquella le dejaba resuelto y satisfecho. Metía de rogadores a la Virgen Santísima, su única y singular Patrona, Estrella de la Mar y eficaz sosiego de tempestades, y no se olvidaba de su amantísimo San José a quien, viéndose en trabajos, tenía por devoción rezar siete Padrenuestros y siete Avemarías, con sus Glorias Patri, y al punto tenía seguro el consuelo; no una, ni dos veces, sino cada día experimentaba estos buenos sucesos. Cuanto más solo, más cerrado el cielo, y amenazado de mortales peligros se hallaba, le llenaba el Señor aquel lastimado pecho de consolaciones, que le mudaban en más piadoso afecto, bañando tanta dulzura de copiosísimas lágrimas. Fue en esta parte notablemente tierno y apasionado, todo procedía de ver su miseria y verse contar entre los perseguidos por el nombre de Dios.

Solía hacer poco caso de todos los trabajos de este mundo; la serenidad con que los reparaba parecía servirle de entretenimiento, cosa en que le hallaron singularísimo los mismos chinos, pero sin admiración, y los ministros religiosos.

Señalose mucho en la humildad, teniéndose por la más vil criatura. De cualquier trabajo que sucediese en las cristiandades decía que era suya la culpa ya que por su causa se hallaban tan atrasados en sus aumentos. Su vestir no sólo fue pobre, sino vilísimo; olvidado de su cuerpo, de suerte que metía en cuidados a los prelados para que se vistiese. Las lágrimas eran su pan cotidiano; pues sobre cualquier ocasión próspera o adversa se les llenaban de ellas los ojos. Así, en las misas que celebraba con gran devoción y quietud no podía contenerse de llorar, cosa que le notaron, y no sin envidia, hasta de los mismos religiosos, especialmente si la misa era de las Penas o de la Pasión de Cristo, donde desde el principio hasta el postre todo era llanto y desde el Domingo de Ramos y toda la Semana Santa allí se soltaban los diques.

Nunca supo estar ocioso; el tiempo que le quedaba del ministerio lo dedicaba a rezo, oración y lectura de piadosos libros; la sagrada Biblia la pasó toda muchas veces y la tenía bien estudiada; estudiaba mucho y muy continuamente partes de Santo Tomás, especialmente todo lo que es dogmático y tocante a artículos de nuestra Santa Fe, donde hallaba siempre sutilezas y modos de discurrir para gobernar su predicación y sus disputas con aquellos gentiles; cursaba mucho las obras del venerable padre Fr. Luis de Granada y las de la santa madre Teresa de Jesús. Todo era estarse armando para armar a otros, arder para lucir, y tratar con la dignidad que pide tan apostólico ministerio; que después de mucha oración y ejemplo pide mucho estudio, y acudir a los libros como maestros con humildad y deseo de saber lo mejor. Se valía de su autoridad, con gran propiedad, no sólo en los sermones, sino en las colaciones y pláticas con los religiosos.

En cuanto a su especial devoción con las sagradas Penas y Pasión de Cristo, nos queda por decir lo que afirma el padre fray Francisco Varo, que es muy digno de ponderación: "Era el dicho padre Varo Vicario Provincial cuando el padre fray Juan, acercándose al término de su vida, deseaba morir con gran consuelo. Como tenía impresa en el corazón la cruz de Cristo deseaba la tuviese también en el nombre, lo poco que le quedase de su vida, y para que fuese con más solemnidad le dio parte de su deseo al prelado diciéndole: que le hiciese tanta caridad que el sobrenombre de García se le borrara y en su lugar pusiese el **de la Cruz**. Supo significárselo esto por carta, tan

apretadamente, que el dicho prelado vino en darle este consuelo. Por esta razón escribió a Mo-yang, donde se hallaba el padre fray Domingo Navarrete con el padre García, diciéndole el deseo piadoso del padre fray Juan, y así se diese orden para cumplírselo como mejor pareciese entre los dos dándole para ello su autoridad.

Alegrose el venerable padre y, conferida la cosa, aguardaron al Viernes Santo que estaba cerca, donde después de la oración de la Cruz, en la iglesia, delante de todo el concurso de fieles que había acudido aquel día, se postró en el suelo el padre fray Juan haciendo la venia. El padre fray Domingo, en nombre de Dios y de su prelado, le dijo que de allí adelante no se llamase fray Juan García sino fray Juan de la Cruz. Entendido por todos aquellos cristianos, fue un motivo más de estimación al padre fray Juan, y él quedó dando mil gracias al Señor, por aquel piadoso medio, que le había dejado su nombre con la nobilísima y sagrada ejecutoria de la Cruz. Para que entendiese que no le había recibido en vano, le dio el Señor a manos llenas, desde entonces hasta que murió, los trabajos que él le pedía y deseaba y que fuesen mucho mayores que todos los que habían sido en el discurso de su vida. Se lo concedió su Majestad pues le comenzaron a crucificar en aquella nueva cruz con grandes aflicciones de espíritu. Cercábanle por todas partes angustias; no ponía en cosa mano que le saliese bien; cuando esperaba algo de los hombres se llenaba de amarguras, por descuidos que veía en algunos cristianos, poco temor de Dios y cuidado de su profesión o ya por haberlos menester y faltarle; pero donde estaba el batallón de las penas era dentro del presidio de su alma; no sentía aquellas consolaciones antiguas que, con tan buena compañía, le ayudaban tanto a llevar la carga, o por mejor decir se la llevaban toda a esfuerzos de la gracia. Ahora le echaban todo el peso sobre sus flacos hombros cuando ya por su crecida edad había menester más ayudas de costa; pero al fin bien sabía que no estaba lejos el Señor que le miraba pelear desde sus celosías. Era lo que le había pedido a su Majestad, que no lo tratase como niño con tantos regalos, sino que le diese más honrosa compañía.

Fue preso, por última vez, el 14 de septiembre de 1665, juzgado y torturado en Fo-ning-cheu, cargáronle de cadenas y le trataron con tanta inhumanidad que creyó dejar su espíritu en manos de la soldadesca desenfrenada. Cuando se le iban a leer la sentencia en la plaza y esperaba su martirio, arengó a la multitud. No sucedió así; lo desterraron a Fo-gan y luego a Mo-yang, donde fue maltratado por decir misa; pero gastado por los años, trabajos y destierros murió el 8 de diciembre de aquel mismo año (1665) a los 60 de su edad, después de recibir con toda devoción los santos sacramentos de mano del V.P. Fr. Raimundo del Valle. Yace sepultado en Mo-yang.

Lo que sufrió y trabajó este mártir de la caridad, en los treinta años cumplidos de su fervoroso apostolado, sólo él y los que fueron testigos de sus hechos hubieran podido transmitirlo a la posteridad y a la memoria de los siglos venideros. Consagrados nuestros héroes a promover la gloria de Dios y de su nombre, más bien que la suya propia, se cuidaron poco de adornar con los bellos episodios de sus virtudes personales aquella gran epopeya religiosa que en el Oriente se ofreció al mundo en los siglos XVI y XVII. Careciendo de muchos datos, rasgos y acciones sublimes, con que podríamos formar

una brillante corona biográfica a este varón eminente, si la modestia proverbial del misionero no le hubiera obligado a tan riguroso silencio de sí mismo.

La Congregación Provincial del año 1667 hizo de este venerable padre memoria breve, más compendiosa, que vuelta en castellano, dice así:

*"En el gran reino de la China, en el pueblo de Mo-yang de la provincia de Fo-kieng, vio su último día el V. P. Fr. Juan García, de la provincia de Andalucía, hijo del Convento de Almagro; el cual, trabajando apostólicamente en el dicho reino cerca de treinta años, en doctrina y oración continua, en el don de su mansedumbre y de paciencia singular, sufrió grandes oprobios en varias persecuciones; se vio en notables peligros, escondido en los montes y cuevas, buscado de los enemigos de la Fe con gran cuidado, y al fin se vio preso en su poder, Quedose solo, no poco tiempo en aquel reino; y habiendo salido de su retiro donde se había escondido en la última persecución de los tártaros e ido a la iglesia a decir misa, en el festivo día de la Exaltación de la Cruz, le cogieron los soldados y le prendieron con cadenas de hierro, le cargaron de puñadas, golpes, escarnecido, abofeteado y haciéndole mil burlas; lo cual fue causa de que sobrevenido de unas malignas calenturas y fatigado de su grave ardor, pagase a su Criador la deuda de la muerte el año de 1665, en el mes de diciembre, rayando los sesenta años de edad".<sup>6</sup>*

Escribió:

1.- *Ki- Mung o Doctrina de principiantes*. Rudimentos de Doctrina Cristiana o Catecismo. Escrito en chino con los PP. fray Francisco Díaz, fray Raimundo del Valle y fray Francisco Varo e impreso en China en 1650.

2.- *Cartas* – Cartas doctrinales sobre los ritos en China. Trata en ellas del estado de la misión y sus progresos.

3.- *Relatio et libellum suplex sacrae congreg. de Propaganda circa mores ac ritus sinicos.*- Sinoe – 1661.

4.- *Tractatus in quo cultus Confuntii et progenitorum impugnatur ut illicitus* – 1665 – Lo escribió en unión de los PP. Raimundo Valle y Francisco Varó.

5.- *Tractatus de oratione mentali*<sup>7</sup>. Tratado de la oración mental. Escrito en chino con el P. Varo.

---

<sup>6</sup> Se nos dice que rayaba los sesenta años, lo cual implicaría o no haber nacido en el año 1604, sino en mayo de 1600, o bien no rayaba en los sesenta años sino en los sesenta y dos años..

<sup>7</sup> Fray Jac. Echard.- Script. O. Proedic.- T. 2 pág 615

# A P E N D I C E

## VIAJES, APOSTOLADO Y PERSECUCIONES

### **Viaje a isla Hermosa**

La salida a dicha isla (1633) fue en uno de los cuatro champanes que llevaban y donde iban de socorro muchos españoles para reforzar aquel presidio que allí teníamos. Pero los dueños de los barcos y la gente de mar eran chinos infieles e idólatras, tan perversos que maquinaron, yendo navegando, matar a todos los españoles. Para ello deberían hacer señas a un tiempo en los cuatro champanes y, echando los cuerpos a la mar, quedarse con el socorro que llevaban que era de mucha consideración. Iba entonces el padre fray Juan con el padre fray Muro, glorioso mártir después a manos de los indios bárbaros de dicha isla. El acuerdo estaba hecho.

Cuando navegaban todavía sobre las costas filipinas, vieron una noche que un champán<sup>8</sup> había apagado un farol. Era la señal convenida. Los españoles que iban en los otros tres champanes entraron en sospecha y se armaron. Esto les valió. Porque en el cuarto mataron a un capitán español con otros treinta hombres; se habían acostado a dormir descuidados para despertar en la otra vida, como si pudiera ser malo hacer sus centinelas, y con ello hubieran guardado su vida, como los otros. Es cierto que, fuera de las diligencias racionales, Dios libró al champán donde iban los padres, porque aunque el demonio no dormía, los dos ministros del Evangelio dormían menos, encomendándose muy de veras a Dios con sus oraciones y con intención de servirle mucho.

### **Llegada a isla Hermosa y primeras empresas**

Llegado el padre fray Juan a la isla Hermosa se aplicó con notable aliento a aprender la lengua de los naturales. En breve tiempo la alcanzó y salió ministro muy aventajado. Luego, fue cogiendo los frutos de su trabajo muy sazonados y con abundancia.

Al presentarse en el campo aquel celoso operario del Señor para cultivar aquella viña del gran Padre de familias, se declaró en toda la isla una viruela mortífera, de carácter epidémico, que llevó el contagio a todas partes sin perdonar a las personas de la edad más avanzada. Ésta era la ocasión de recoger a manos llenas una cosecha abundante en aquella heredad de Jesucristo y de mandar a su reino a muchos predestinados. Lo repugnaban como cosa nunca vista, porque le cupieron unos partidos de indios ignorantes de tal misterio, emboscados todavía en sus tinieblas y muy supersticiosos. Fueron en gran número los niños y los adultos que se bautizaban pero, no obstante, como fruta tan preciosa costaba muy cara; había que ganar las voluntades de muchos que era forzoso atender. Se sucedieron grandes empresas, digamos aquí una: Habiendo ido fray Juan a un pueblo llamado Quimaurri, buscando enfermos y desechos del mundo para poblar el Cielo, encontró arrojada a la puerta de una casa una niña de

---

<sup>8)</sup> Embarcación grande, de fondo plano, que se emplea en China, el Japón y algunas partes de América del Sur..

cinco o seis años palpitando ya y a las puertas de la muerte; era esclava y sus amos gentiles. Viéndola tan cubierta de ciruelas y tan mala, la tiraron allí a que acabase de morir como si fuera una perrilla. Reparó el padre en ella y, viendo que estaba dando las últimas boqueadas, acudió aprisa con agua y la bautizó. Como si tuviera su entendimiento claro, dio a entender que esperaba sólo aquella dicha; pues, dentro de un Credo y en las mismas manos del padre, expiró o resucitó. No se dio por satisfecha su piedad o su santa codicia; sino que cargó aquel dichoso cuerpecito y lo llevó hasta otro pueblo donde había iglesia. Entre gozosas lágrimas le hizo el funeral y lo enterró, siendo el primer cuerpo cristiano que había hecho en Nombre de Dios en aquel sagrado lugar. Quedó tan saboreado que, por ello, él tanto fuera y viniera a España muchas veces.

Fue general la epidemia en toda aquella dilatada isla; por eso se dividieron nuestros religiosos por diversos partidos: al padre fray Juan le cupo el de la provincia de Cabalan, distante de la fuerza de los españoles treinta leguas, donde hasta entonces no había ido ministro de Dios.

Penetrado el buen ministro de tan santo pensamiento, emprendió un viaje arriesgado por el interior de aquella isla, llegando a través de sus montañas hasta la provincia de Cabalan. Los bárbaros pobladores de aquel país montaraz, que lo veían solo y desprovisto de toda defensa, lo recibieron en sus pueblos, sin ofenderle en lo más mínimo, con públicos regocijos y le ofrecían sus pequeñuelos para que los bautizase a su placer. La primera diligencia que practicaba el misionero al entrar en algún pueblo, era levantar el estandarte de nuestra redención santa. Luego catequizaba a los infieles para regenerarlos y, finalmente, les aplicaba el santo sacramento del bautismo.

Llegado allá corrió la voz y vinieron muchos indios a verle; en su vida no habían visto padres ni aún gente de otra nación. Aún sabiendo el padre fray Juan que era gente tan retirada y cerril, no dudó en irse con ellos sin más armas que las de la Santa Cruz, ni más compañía que la de dos mozos cristianos: uno japonés y otro indio. Diéronle la bienvenida de comunidad, bajaron al festejo danzas y bailes de su usanza, y hubo convites regalados de venado crudo y de mal olor. El padre apelaba a la "morisquera"<sup>9</sup> que era de buen arroz, sin más condimento que una poca de agua en la que cocía. Acabados los festejos, como ya sabía su lengua, comenzó a predicarles la Ley de Dios que oyeron con grande quietud; díjoles que sólo era eso lo que le llevaba allí: su salvación y el que saliesen de sus errores y supersticiones. Hallolos bien dispuestos para oír la palabra de Dios y admitir nuestra Santa Fe. Y el día que le pareció a propósito, les levantó en el pueblo una Santa Cruz y a su pie un altar. Volvió a predicarles y, en aquel primer día, le trajeron a que bautizase unos cincuenta niños.

Desde aquel día fue pasando a otros pueblos haciendo lo mismo y, por haber tantas viruelas, despachando ángeles al Cielo. Bien viene aquí el decir que morían; pues, de más de doscientos que allí bautizó murieron más de la mitad. Iba entrando la noticia

---

<sup>9</sup> Morisquera, morisqueta.- Arroz cocido con agua y sin sal.

de todo por aquellos montes, bajaban de sus montañas y rancherías a llamar al padre, y él no se hacía de rogar. La tierra era muy áspera, alagunada por partes y pantanosa; era preciso andar descalzo, caluroso, sudado y dando muchas caídas. Pero bien empleaba su trabajo: iba conquistando pueblos, dejándolos murados y guarnecidos con la exaltación de la Cruz que les iba dejando y de ángeles de la guarda, que eran los niños que se venían o traían sus padres a bautizar.

### **Enfermedad de fray Juan**

Llegó, con no poco trabajo por ser tiempo de lluvias, a unos lugares marítimos acompañado por dos mozos y algunos indios que, de pueblo en pueblo, querían acompañarle. Salieron a recibirle los principales, con las mismas fiestas; lo primero que dispusieron fue el convite de carne cruda de venado, ostiones y cangrejos sin sal, como podrido, que eso dicen ellos que es más de regalo. Ya se pudiera pasar el tormento del olfato sobre el hambre, si no fuera necesario el comer de aquellas viandas, porque esa era la cortesía y así se veía obligado a comer de aquella hiel sin vinagre. En quince días que se detuvo allí con tal dieta o mortificación no pudo más su cansado cuerpo -debido a su peregrinación por la provincia de Cabalan- y cayó muy malo de calenturas, y lo mismo los dos mozos compañeros. Viéndole aquellos pobres tan malparado, trajeron oficiales que le armaron en aquellas playas una mala chocilla de paja, buscando una temperatura más benigna. Estando en ella, bien indispuerto y bien expuesto al rigor de los temporales, vino un indio principal a llevárselo a su pueblo, mas hallóle tan rendido que se fue sin él; volvió de allí a ocho días, lo halló peor y desistió de su porfía porque el padre no se podía menear. Este hecho, se tuvo después a milagro de Dios y de su Divina Providencia, porque la codicia de aquel mal hombre era llevarse al padre y cortarle la cabeza. El indio era carnicero y desalmado y, a quien le había dado parte, le dijo que quería hacer una escudilla para beber del casco de aquella cabeza blanca. Cuando después lo contaba en China el padre fray Juan no dejaba de acompañarlo con suspiros diciendo: *"Que aunque Dios le había dado aquella buena intención y se había empeñado en tan apostólico ministerio, es que no lo había hallado digno de que padeciese martirio por su Majestad, pues le había quitado los alientos de andar con aquellas graves calenturas"*.

. Viéndole tan malo los indios, le metieron en una de sus embarcacioncillas, porque no se les muriese allí, y por treinta leguas de mar que fueron costeano lo pusieron en la fuerza de los españoles, en la ciudad de San Salvador. Lleváronle al convento de Todos los Santos y allí el vicario -que era entonces el P. fray Lucas García- y otros religiosos que con él estaban, asistieron a la cura del padre fray Juan. Como el principal achaque era hambre, en breve tiempo que convaleció mejoró de sus males. Apenas le vio algo valiente el prelado cuando le despachó con un hermano lego (fray Antonio de Viana) al pueblo de Santiago, que era todo de gentiles aunque se tenían por amigos, a que allí fundase iglesia y se diese a la conversión de aquellas almas. Dista este pueblo diez leguas de nuestro presidio de San Salvador.

## **Apostolado en Santiago**

Llegaron a Santiago los dos religiosos, fray Juan y la compañía del lego; pero al poco tiempo el hermano fray Antonio enfermó y se tuvo que volver al convento. El padre fray Juan quedó allí solo por tiempo de dos años.

Comenzó la labor de aquella viña con tanto ánimo como felicidad. Le hizo casa e iglesia: la mitad era vivienda y la otra mitad capilla o templo. Fue llamando gentes que quisiesen conocer al verdadero Dios; puso su cruz y procuró atraerlas mostrándoseles padre en sus trabajos, enfermedades y acudiéndoles en cuanto podía. Y Dios le daba mil ocasiones. Fuegos metiendo en vida más civil y política, quitándoles abusos y supersticiones, y no hubo mucha dificultad. Hizo una bandera colorada, y salía con ella y una campanilla por las calles; se cercaba de muchachos que los llevaba cantando la doctrina cristiana a la iglesia, y en ella les tenía sus pláticas. Acudían también los adultos y mujeres haciéndoles que se vistiesen y rapasen con más cuidado sus carnes; enseñándoles primero virtudes morales de trato, obediencia y respeto a los padres y mayores, vergüenza y pundonor. Y cuando ya los veía bien actuados en estas perfecciones naturales, de que necesitaban mucho, entraba apretando sobre la doctrina cristiana. Bien catequizados y seguros los fue bautizando; pero a los niños, que se los llevaban sus padres, con mucho gusto. Aquí viene bien lo que refieren nuestras historias que sucedió en el descubrimiento de los indios en una provincia de las de Tierra Firme.

*Tenían nuestros religiosos no muy contenta a una persona puesta en una grande dignidad, y crecieron tanto las disensiones que llegaron a los Reales oídos de nuestro invictísimo Carlos Quinto que envió a la tal persona su cédula de corrección. Viendo él de donde había salido la saeta, como si por aquel medio hallara color a sus descuidos, escribió al mismo Emperador contra nuestros religiosos, tachándolos de menos prudencia, y que no era tanto su celo como representaban; pues era cosa cierta y corriente en aquel Obispado que en ocupando los frailes de Santo Domingo algún ministerio, hacían grande provisión de guitarras, sonajas y castañeras y otros instrumentos; y en vez de poner escuela de Doctrina y temor de Dios ponían escuelas de arpas y vihuelas donde se enseñaban a bailar saraos, danzas y aún juegos de pelota, de bolas y hasta de esgrima; y el padre cogía el montante y les llevaba el compás de todo y aún sobre el caso había buenos azotes junto con ellos y ellas traerlos muy encintados y llenos de galas; y así que esta era la Doctrina Cristiana que enseñaban. Escandalizaron, como se deja entender, semejantes noticias a tan católico y celoso Príncipe y mandó escribírselo al Provincial con toda severidad para que lo enmendase y satisficiese. El cual respondió a Su Majestad: que era así verdad cuanto se había escrito y que en aquello obraban los religiosos no solo de dictamen sino de Obediencia; porque Señor (dijo) hallamos estos indios tan miserables y olvidados de ser hombres, que nos ha parecido necesario enseñarles primero a ser racionales, para después enseñarles a ser cristianos. No sería quizá tanto como se pondera; pero verdaderamente que la Fe de Cristo ha de suponer la racionalidad; y el ministro que halla a estos indios -con sus carnes desnudas, su barbaridad, el color de la tierra, metidos en los montes como familias de*

*diversas especies de fieras, sin amor al trato y a la sociabilidad- les ha dado una inefable licencia. Hará bien en aplicar su estudio primero a virtudes morales, a alentarlos con aquella modestia y reverencia que se le debe a la sagrada naturaleza, alegrarles aquellos corazones tan desmayados y caídos, y hacerlo paso para que decente y seguramente entren después en política de la gracia y de la Ley de Dios de que viven tan remotos.*

Esta práctica siguió aquí el padre fray Juan García en lo que pudo y, aunque no con tantas fiestas, les fue moderando las imperfectas e indecentes suyas: sus gulas y destemplanzas. Y Dios le dio gracia para que -con amor y paz- fuese introduciendo en aquellos bárbaros la hermosura de su Santa Fe. En dos años que allí le tuvo la "obediencia", llegó a contar con doscientos buenos cristianos; aunque todos los que había en el pueblo lo eran. Y los que eran infieles le habían cobrado al padre tal reverencia, y concebido tan bien de su doctrina, que le venían a pedir licencia: si habían de trabajar algún tiempo los días de fiesta, oyendo misa, portándose en todo lo político como cristianos, algunos resabios de mujeres y de matrimonios mal hechos y otras miserias semejantes.

### **Sucesos de la cristiandad de Santiago y nombramiento para pasar a China**

Estando en esta administración con bastante quietud, el enemigo de ella les aportilló el buen edificio que habían hecho por una parte bien flaca: el temor. Tenían conocimiento algunos de estos habitantes, por haber ido algunas veces al presidio, que los españoles les hicieren algunas burlas o algunas vejaciones. Volvían a sus pueblos y exaltaban la crueldad, la soberbia, aquella cerbatana de fuego, su desahogo, sus trajes y los demás accidentes que ellos encarecían según sus cortos entendimientos y su largo miedo. Eran tan repetidos sus testimonios que traían a los demás atemorizados. De aquí se valió el demonio para meterles a pleito la cristiandad.

Soñó uno de aquellos que venían los españoles sobre ellos, matando a los más valientes y llevándose a los demás a Manila a venderlos por esclavos: hombres, mujeres y niños. Publicó este sueño por cosa verdadera, y los llenó de tal horror que, sin acudir al padre fray Juan ni acordarse de que tenían tan cerca su verdadero padre, juntaron una noche sus barquillos y en ellos metidos -personas y trastos- se salieron a la mar. A la mañana halló el padre todo el pueblo desocupado. Si llevaran mira de pasar a otra parte no hubiera sido tanta su estolidez; porque no hicieron por alejarse de tierra y andarse boyando aquellas aguas sin determinar otra cosa que su indeterminación. Atravesole el pecho al padre fray Juan tan repentino movimiento y, atribuyéndolo a sus culpas, acudió a Dios a pedirle entendimiento para aquella gente; cogió un barquillo y se fue a meter en medio de la armada. Viéndole venir los cabezas, y conociendo a lo que venía, le salieron a recibir a lo lejos empuñando sus machetes y lanzas. Dijéronle que si no se volvía lo habían de hacer pedazos, y que aunque era padre también era castilla como los otros. Predicábales el padre, dábales voces llorando y desengañándolos; pero ellos, perdidos

con su pasión y después de varias altercaciones, le dijeron que se fuese; porque ya no estaban en estado de consejos y, si apretaba lo habían de matar y echarlo a la mar, que harto hacían en perdonarle la vida. Viendo el padre fray Juan tan loca resolución que, el hacerlo porfía contra aquellos ciegos y desesperados, era poner en peor estado su resolución; porque lo habían de matar, sin más fruto que el de la total perdición de aquella miserable gente. Pidiendo paciencia a Dios y confiando en su piedad puso la proa a San Salvador, pidiendo a los indios que le bogaban que fuesen para allá.

El tiempo era muy borrascoso, los mares grandes y la embarcación pequeña, sin aparejos, con que hubo de bajar a tierra. Cargó él la petaquilla de sus libros y papeles, hizo que los indios se fuesen por la mar con lo que llevaba de ropa de sacristía y demás prendas, que era bien poco, y emprendió camino hacia el presidio. De esta suerte, sin más guía que la de Dios -que es la más segura- y con tal temporal fue caminando, ya por la playa, ya por adentro, atravesando ríos, lagunas y malos pasos. Con la fuerza de tanto trabajo, frío, destemplanza y sobre todo soledad, levantaba los ojos al Cielo para ver por donde le había de venir el auxilio que necesitaba. Le faltó poco para darse por vencido y dejarse caer en aquel suelo a dejarse morir. Ya no podía más, cuando el Señor -cuyo amor le traía en aquellos pasos, donde ya el entendimiento humano se hallaban vencido y daba por concluida la sentencia de su muerte- acudió a desengañarle con su divina piedad; porque a deshora de aquel descamino, agua y oscuridad, se encontró con un soldado español que venía despachado del presidio en busca del mismo padre y le traía cartas. Consolose grandemente con tal compañía y en tal ocasión; y mucho más consolado quedó cuando vio que era carta del Padre Provincial de Filipinas en que le mandaba que, dejando aquellas ocupaciones de isla Hermosa, se dispusiese para pasar a la misión de la gran China.

Esta empresa era muy deseada del padre fray Juan y pedida al Señor en el retiro de su corazón. Parece que éste le decía que sería el centro de sus trabajos y el imán que ocultamente le llamaba; aunque jamás lo supo otro que Dios, porque esos son de los secretos reservados solo a Su Majestad. Diole gracias por tan inmensos beneficios y, cargando el piadoso soldado con la petaca y el padre fray Juan con el peso de su cansado cuerpo, se fueron llegando al presidio. Allí le esperaba el Vicario junto con los demás padres para darle los plácemes, no poco envidiosos, de verle escogido para empleo de tanta reputación. Mientras se llegaba el tiempo de su despacho, le mandó el Vicario Provincial que volviese al pueblo de Santiago y, como quien conocía aquellos cristianos y los había hecho, procurase meterlos por camino, reducirlos a la Ley de Dios y reconocimiento a sus ministros. Hízolo el padre fray Juan de muy buena gana y no se volvió sin dejarlos quietos y libres ya de ilusiones y recelos contra los españoles. Después fueron otros religiosos corrientemente a mantener aquella cristiandad.

### **Viaje a la China**

Había salido de Formosa hacia Filipinas el P. Santamaría con las diligencias de los ritos por lo que se juzgó innecesario el viaje del P. Díaz, cuando el P. Santamaría ya habría llegado a Manila.

El padre Díaz había venido de China por negocios graves. Haciendo falta este padre para pasar a misión se acordó su regreso a las montañas de Fo-gan. en China y sería acompañado de otros buenos religiosos: los PP. Fr. Juan García y Fr. Pedro de Chaves, ambos de la Orden de Santo Domingo, y tres franciscanos.

Se embarcaron todos estos misioneros a principios de septiembre de 1637 con rumbo a las costas de Fo-Kien. Cuando apenas habían zarpado de las aguas de Tan-Chuy, descubrieron a los lejos un bajel desconocido que, a juzgar por su derrota y por su marcha veloz, pretendía entrar en sus aguas y darles caza a toda vela. Era un buque de piratas que les iba a su alcance, y avanzaba velozmente sobre ellos. En vano los marineros invocaban desesperados a sus dioses para librarse del peligro, en vano golpeaban su bajel para que fuese más velero, en vano se retorcían y gritaban y hacían horribles contorsiones para pedir a sus ídolos la desaparición de aquel fantasma; la nave de los corsarios se precipitaba raudamente sobre el mísero *champan* y se preparaba al abordaje, que ya no era posible conjurar. habida consideración a su velocidad aterradora<sup>10</sup>; mas el espíritu de Dios amparaba a sus celosos misioneros, inspirándoles el pensamiento de aligerar la pesadumbre del bajel, arrojando a la mar su grave carga. Y ésta feliz ocurrencia les salvó de aquel trance. Deslizándose el *champan*, con este alivio, como una sombra fugaz, se puso en breve tiempo fuera del alcance del corsario. Pasado el peligro y dando su lona al viento se desviaron muchas leguas de su rumbo, teniendo que deshacer una gran parte de lo andado para conducir a los PP. misioneros a las playas de Fo-kien. Esta circunstancia pareció muy oportuna a los chinos conductores para sacar mejor partido, y les dijeron claramente que ya no podían aportarlos de ningún modo al verdadero punto convenido. Los padres penetraron en su intención y. como no les convenía disgustarlos. ofrecieron pagarles más de lo pactado. Por fin, con buenas palabras y con la perspectiva del dinero, pudieron lograr de aquella gente que los condujesen hasta la playa cercana al pueblo de Ting-teu, adonde llegaron felizmente el 17 de septiembre.

### **El padre fray Juan en la gran China y principios prósperos de su ministerio**

Llegaron a las playas de la gran China los PP. fray Juan García, fray Francisco Díaz, fray Pedro de Chaves, de la Orden de Predicadores y los PP. fray Onofre de Jesús, fray Francisco de Escalona y fray Domingo del Espíritu Santo (el vizcaíno), de la Orden de S. Francisco. Después de su peligrosa travesía tomaron tierra en el pueblo de Ting-teu. Allí se encontraron al padre Vicario Provincial fray Juan Bautista de Morales que se alegró viendo tan hermosa compañía de soldados como Dios metía en la espiritual conquista de aquel Imperio.

---

<sup>10</sup> Por estos mares navegaban gran abundancia de piratas chinos y malayos que iban a la captura de las embarcaciones que traficaban entre islas. También obraban como piratas los holandeses que, situados en la parte sur de la isla de Formosa, atacaban a los barcos españoles para apresarles el oro y los bastimentos que desde América llegaban a Filipinas. Atacaban, así mismo, los puertos filipinos.

Púsose el padre fray Juan a aprender la lengua, y se dio tan buena maña que a los tres meses ya predicó en ella. No llevaba un mes en China hizo dos empleos de prueba; aunque no tenía lengua, si tenía manos.

Uno fue en el mismo pueblo de Ting-teu donde, hallándose a la sazón sólo con el catequista, riñeron dos hermanos gentiles. Uno salió herido de muerte del otro. Supo su peligro el padre fray Juan y acudió allá con su intérprete. Tanto le supo decir por boca de otro que no pudiera hacer más con la suya; pues, viendo al herido que se moría lo redujo a que se hiciese cristiano y lavase su corazón de venganzas, perdonando al agresor. Todo se consiguió mediante la gracia del Señor, que se la supo dar a su ministro, para que venciendo tantas dificultades bautizase y ganase aquella alma, y así dispuesta le cogió la muerte y se presentó a su Criador.

El otro fue, el avisar en Fo-gan que había un enfermo de peligro. Hallábase también solo con que hubo de embarcarse con el intérprete. Estaba entonces el padre fray Juan bien indispuerto y en el camino le dio una fuerte cesión. Desembarcaron dos leguas de la villa y, andándolas a pie, no solo se le quitó la calentura, sino que no le repitió más. Llegados al término confesó el enfermo por el confesonario sínico, que ya podía usar el padre y más en ocasión de tal peligro. Pero no fue esto para lo que Dios le había llamado solamente, porque vivía pared en medio de un infiel que había día que Dios le tocaba para que fuese cristiano y no se acababa de determinar. Supo la ida del padre y le envió a llamar; estaba también muy enfermo y díjole -por medio del intérprete- sus buenos y antiguos deseos. Viendo el padre su peligro, le actuó lo que pudo de los misterios de nuestra Santa Fe,-en que él estaba medianamente- y entonces los protestó y creyó. Bautizole el padre fray Juan y al día siguiente murió. Este nuevo ministro se llenó de inmenso gozo; pero viendo sus necesidades para usar en su oficio de aquellas difícil lengua, sin arrimos, ni ayudas, pedía a Dios que le ayudase a aprenderla; lo consiguió con brevedad, y en ella fue siempre bien dotado.

### **Primera persecución**

Pocos meses después de su llegada y aparición en el estadio de aquella misión gloriosa, principió a nublarse el horizonte de la provincia de Fo-kien; rugió la tempestad de la primera persecución del cristianismo en las regiones misioneras de China.

Nuestros padres llevaban poco tiempo en China y sus trabajos no daban el resultado debido a la persecución. Fueron analizados los caminos a seguir y resolvieron otras formas de actuación. Confirieron los padres, que eran cinco, todas las dificultades y se resolvió que se dividieran. Era necesario tomar esta causa con más valor aunque se arriesgase la vida. Fray Juan Bautista (Vicario Provincial) resolvió dejar al frente de la misión de Fo-gan a los PP. Fr. Pedro de Chaves, Fr. Juan García y Fr. Antonio de la Torre. Él, obedeciendo al deseo de extender la religión a otras partes del imperio, junto al padre fray Francisco Díaz y los religiosos franciscanos dejaron Ting-teu y penetraron en la provincia de Che-kiang y la ciudad de Su-cheu, vestidos de traje chino y acompañados de dos fieles servidores.

Los PP. fray Juan Bautista y fray Francisco Díaz, después de una breve estancia en casa de un poderoso, salieron hacia la ciudad famosa de Hang-cheu. Allí supieron, con sorpresa y con dolor de su alma, que sólo tres días antes habían pasado dos religiosos franciscanos desterrados de Pe-kin y conducidos como presos a la ciudad de Macao.<sup>11</sup> Esta triste circunstancia y la de haber en aquel punto una misión portuguesa les obligó a regresar, mal de su agrado, a su partido de Fo-gan con sus compañeros, donde encontraron las cosas ya muy alborotadas.

Volvió Fr. Juan a Ting-teu y halló allí al padre fray Juan Bautista -su prelado- y en puntual "obediencia" fue siguiendo su estudio. A últimos del mismo año bien hubo de menester el de la paciencia y lo mismo todos los demás padres, así de la Orden de Predicadores como de N.P.S. Francisco, porque entonces se empezó por los partidos de Fo-gan la grave persecución.

Los PP. fray Juan Bautista de Morales y fray Francisco Díaz fueron detenidos en Fo-gan y conducidos a Fo-cheu donde el Virrey de la provincia confirmó la sentencia de destierro que otros mandarines habían pronunciado contra ellos. Y así, de ciudad en ciudad, en tan largo itinerario tardaron dos meses, hasta que llegaron a Macao donde fueron acogidos por los religiosos portugueses durante dos años hasta que fueron llevados a Manila. Creyendo que ya no quedaban otros misioneros que pudiesen conservar en el imperio la religión de Jesucristo, mandaron derribar hasta los cimientos de la hermosa iglesia de Fo-gan.

### **Sucesos de China por estos tiempos**

Hemos dicho que la provincia de Fokien estaba alborotada y especialmente el territorio de la ciudad de Fo-gan. Allí habían quedado los tres religiosos dominicos y tres compañeros franciscanos de los Menores, ayudándose muy de cerca a sufrir los muchos trabajos que el tiempo ofrecía.

Escribió el padre fray Juan García, que era Superior de las misiones de China, que quedaba escondido con otros dos padres arriba en las ministerios de Fo-gan, en una carta del **12 de noviembre de 1638**.

La persecución salía de la codiciosa y diabólica oficina de un nuevo Virrey que llegó a aquellas partes; el cual, actuando contra la numerosa cristiandad que allí había, se hizo defensor de las que llamaba sagradas leyes de China para, por este medio, quedar acreditado con el Emperador y sus consejeros y hacer un gran tesoro.

---

<sup>11</sup> Macao era un puerto portugués sobre la costa China que correspondía a un asentamiento que los portugueses iban dejando para su aprovisionamiento y estancia en su camino a las islas de las especias.

El huracán pavoroso reventó con violencia sobre las montañas de Fo-gan y se fue extendiendo hasta la capital de la provincia. En la populosa ciudad de Fo-cheu publicó el Virrey un edicto draconiano contra la religión de Jesucristo. Desde aquel mismo instante la persecución se hizo general; contribuyendo a ello el confuso rumor que los infieles hacían por todas partes sobre la rara doctrina de aquellos hombres imbéciles, que no tenían valor para morir por su Dios y huían espantados a los montes. ¡Fue el comienzo de una de las más grandes persecuciones de cristianos que ha visto aquel imperio!

Hizo llamar a pregones, para que se presentasen ante él, a los evangélicos ministros y a todos los cristianos. A los que se detenían los cargaba de prisiones y penas, y a los que no se presentaba los castigaba con mayores rigores. Decretó una pesquisa general de todas las casas de cristianos, que ejecutó con toda rigurosidad, sacando cuanto encontraban que tuviese color de ser cosa de nuestra santa ley: imágenes, libros, cruces, rosarios, reliquias. Todo lo quemaba en las plazas con irreverencia inefable. Las cárceles eran estrechas para tantos presos, no sólo de cristianos sino de infieles, porque olieron, supusieron o ocultaron personas o hacienda de católicos. No les valía la profesión de idólatras, como él, para perdonarles castigos y especialmente el suplicio del tablón.<sup>12</sup> Este tormento no se les perdonaba en aquella ocasión a los amigos ¿qué sería a los Católicos?

Puso el Virrey de la metrópoli de Fo-cheu unos pasquines infamatorios contra la Ley de Dios y fue necesario que saliesen los ministros a responder. Aunque se ofreció a ello el padre fray Juan, fue allá el padre fray Francisco Díaz. Fue preso, azotado y desterrado; aunque a la mitad del camino se escapó. De la dicha defensa que hizo fray Francisco Díaz quedó el gobernador o Virrey tan indignado que hacía exquisitas diligencias para coger algún ministro, y traía amenazados a los cristianos que los escondían a perdimiento de sus bienes, azotes y destierros.

Lo que por su parte padeció el padre fray Juan fue mucho, no tanto por verse nuevo en aquellos trabajos sino; por ver a sus compañeros lo que padecían de una y otra orden. Estaban todos juntos y la persecución los vino a dividir para, con más facilidad, ocultarse a los enemigos que los buscaban. El P. fray Juan permaneció oculto en Fo-gan y Fr. Francisco Díaz en el pueblo de Ting-teu.

Fray Juan, en la villa de Fo-gan, entró una noche por un albañal o usillo y lo escondieron los cristianos en el zaquizamí<sup>13</sup> de una casa, donde estuvo metido un mes con tal incomodidad que no se podía poner en pie. Era un aposento oculto y retirado, comparable a una cárcel rigurosa, donde apenas podía moverse. Recibía la luz por una

---

<sup>12</sup> Es éste un género de tormento que Mezencio no lo pensó, lo inventó el demonio y se lo dio a los chinas, que hace de la crueldad gran estimación. Compónese de dos tablones iguales de a dos varas de cuadro, cada uno viene a tener una vara de ancho y dos de largo y su grueso de un gema. Las varas tienen un agujero en medio a modo de cepo; llámase entre ellos el Kya. Levántanlo entre dos verdugos y el reo coloca la cabeza en dicho cepo, dejándola arriba descubierta, el cuello emballestado, y los hombros y el cuerpo cargan el peso de aquella balona de pino cerrada y remachada. De esta suerte echan al pobre al campo, sin poderle nadie socorrer, rinde su vida desesperadamente a manos del hambre, de mosquitos y moscardas que acuden a su oficio.

<sup>13</sup> Desván, buhardilla. Se utiliza normalmente cuando el techo carece de obra que cubra las tejas.

pequeña claraboya de una teja levantada. Poníanle cada día la comida en un cesto y él la tiraba arriba por un cordel dando gracias a Dios de ver que, aunque subía de la tierra, caía del Cielo.

Así los caseros del padre fray Juan no se atrevieron a tenerle más tiempo y, por el mismo usillo, volvió a salir acompañado de un cristiano una oscura noche y tempestuosa. Tomaron el monte, no sin grandes miedos, y caminaron toda la noche por aquellos descaminos con notable trabajo del padre fray Juan. Porque los de aquella tierra no son zapatos, sino alpargates de lienzo de algodón, que en tiempo de aguas no sirven sino es de estorbo. Mojado, descalzo y lleno de lodo por las caídas y atascaderos iba luchando con grandes agonías; mas con ánimo y más, cuando el mozo cristiano china, viendo lo mal parados que iban, le dijo: "*Padre estos trabajos que padecemos, conviene llevarlos con alegría pues, son por Dios*". Aseguraba después fray Juan que le hicieron tal impresión aquellas palabras, por aquel mozo china pobre y cristiano nuevo, que entró en notables alientos como si se las hubiera dicho el mismo Dios o algún Ángel. Desde entonces, ya no era andar con valor los malos pasos sino pisar aquellos trabajos con desprecio por parecerle cosa muy poca. Anduvieron de unas partes a otras, siempre de noche, escondiéndose el padre de día en cuevas o casas caídas, en los huecos de los árboles y, como verdadero confesor de Cristo, imitador de los de la primitiva iglesia. No dejaron por visitar los sepulcros; aunque no eran de algunos mártires sino de infieles chinas; pero por su horror no eran requeridos de los alguaciles que se cruzaban buscando padres por aquellos campos. Quedábase el padre escondido, y salía su compañero con gran disimulo a buscar de comer para los dos. Casi siempre volvía de noche, con que entonces el padre fray Juan almorzaba, comía y cenaba con lo que pudiera pasar por una muy rasada colación. Arribó por último a la casa de un infiel, hermano del padre fray Gregorio López, que le tuvo encerrado en un granero de arroz un mes entero, sin salir a administrar, ni a decir Misa, ni visitarle los mismos cristianos que andaban acechados de alguaciles. Mas quiso Dios que aquí supiese el buen suceso que habían tenido los cuatro padres que fueron a Fo-cheu con el padre fray Francisco Díaz y como estaban de vuelta en Ting-teu. De allí a poco vino también el padre fray Francisco con que luego se fue a ver con ellos y se dieron los plácemes y repetidas gracias a Dios por los consuelos y por los desconsuelos.

Entre tanta persecución, dos religiosos dominicos, el padre fray Pedro de Chaves y fray Antonio de la Torre y otros dos franciscanos, el padre fray Onofre de Jesús y fray Gaspar de Alenda, después de examinados y probados por varios géneros de trabajos y prisiones, fueron desterrados por el gobernador, llevados de pueblo en pueblo hasta dejarlos en isla Hermosa.

De esta forma, aquel Virrey de Fo-cheu y sus inferiores mandarines habían desterrado a unos, y otros habían pasado enfermos a isla Hermosa. Quedaron escondidos, por disposición de Dios y para bien de tantas almas, el padre fray Juan García, de los dominicos y el padre fray Francisco de Escalona de los franciscanos.

Los cristianos de Ting-teu procuraron esconder a los dos religiosos en sus casas pero, a pesar del recato que en ello pusieron, lo sintieron los gentiles y dieron aviso a

uno que estaba por allí que tenía orden del Virrey para buscar y prender a los maestros de la Ley de Dios y castigarlos severamente. Lo alcanzaron a saber con tiempo los cristianos y, sacándolos una noche fuera del lugar, les dijeron que se guardaran donde pudieran. Vinieron al día siguiente soldados y ministros con gran tropa y, no dejando cosa ni casa de cristianos que no reconociesen, viendo que no los hallaban pasaron adelante. Los dos religiosos se volvieron a Ting-teu donde se escondieron con mayor recato. Viendo el cuidado de los enemigos, sobre el amparo y cuidado de aquellos buenos cristianos, era grande alivio la mutua compañía la de los dos hermanos.

Pero el Señor tiraba a ejercitar al padre fray Juan más solo y dispuso que, cumplido un año de la entrada del padre fray Juan en China en el cual casi siempre anduvo escondido y fugitivo por montes y valles, pueblos y despoblados, se vino a quedar solo de nuestra Orden en toda la China. El padre fray Francisco de Escalona de la Religión Seráfica era sorprendido en su morada por los esbirros del Prefecto y desterrado del imperio: a Fo-cheu, de allí hubo de pasar a Macao y de allí a Manila.

### **La soledad de fray Juan**

Fray Juan quedaba solo y no tardó en sucumbir a los trabajos y miserias de tan penoso ministerio. Él fue el Hércules sobre cuyos hombros cargó el peso que apenas podían llevar seis, pero el Señor dejó suaves sus mayores angustias.

Al padre le fue forzoso mirar por su conservación, no por el amor propio sino por el ajeno. Obraba y se declaraba enemigo de la luz buscando en los pueblos sótanos, viviendo en zaquizamíes y limpiando rincones; en los campos, habitador de quebradas, cuevas y alegre sobre los agujeros del áspid. El poco e infeccionado aire de sus habitáculos, el demasiado calor y las continuas incomodidades le hicieron quedar tan desemejado y flaco que solo vivía a cuenta de una piel adusta arrimada a los huesos.

Su sufrimiento no era tanto por la diversidad de malos temples e incomodidades propias; sino por sentir tan perseguidos aquellos tristes cristianos, que fueron confiscadas sus haciendas y acabadas sus viudas en tormentos y prisiones. Ni aún en los montes estaban seguros los que quedaban; familias y parentelas enteras viviendo entre las peñas, riscos y en los huecos de los árboles..A todos, más que las de los campos, hacían sangrienta guerra las fieras de la ciudad.

Estuvo allí dos años haciendo la obra que podía y la que le permitían los tiempos. Sólo respiraba el bendito religioso, y eso era en el mayor peligro, cuando le llamaban a socorrer algún necesitado, acudiendo a Fo-gan, Ting-teu, Mo-yan y otros pueblos donde había cristianos. Su mayor mérito no venía a estar en acudir cuando lo llamaban, sino en que, para asegurarse, era necesario ampararse de la oscuridad de la noche y de días oscuros y tempestuosos. Así eran menos los riesgos para librarse de las manos de los ministros que le buscaban; pero caían en la de los ministros de Dios: inclemencias del terreno y tiempo: malos pasos, ríos, avenidas, pantanos... que provocaban las muchas caídas que daban, hambres y sustos de tigres. El recibo que hallaba en los pueblos eran mil detenciones y misterios. Aún con varios disfraces daba con su cuerpo en un desván, donde muchas veces no le dejaban toser. Así vivía, atormentado de hambre todo el día

por el olor de las comidas de los de casa que, a la hora de la noche, le daban con las sobras un frío y corto desayuno; con condiciones de a oscuras y sin ruido. Siendo tan llana la comida como el comedor era deducible que la mesa fuese con arte; y viose condenado a una poca de morisquera<sup>14</sup> metida en un canuto, cuatro marones salados y una chuleta de tasajo frito. Bien escotaba la comida en llegando el día; porque, como las casas eran pequeñas de pobres cristianos, desde que comenzaba a subir el sol hasta ponerse todo era sudar y limpiarse la cara con un trapo mojado. Sacábanle de cuando en cuando a administrar los sacramentos; pero pocas veces al aire, porque ya en hamaca, ya en silla, ya en fardo, le traían como ropa de contrabando; huyendo de la luz hasta que salía al extremo de los montes.

Se desahogaba mirando al Cielo, y no un mes, ni dos, sino tres años enteros: desnudo, descalzo, hambriento, siguiéndole a todas partes la sombra de la muerte y, sobre todo solo, sin tener con quien confesarse que es la mayor aflicción.

Miraba siempre el servicio de Dios sobre tan deshechas borrascas del espíritu de vida que iba en aquellas cansadas ruedas. Dios le daba fuerzas para salir bien de todo y con milagros que por instantes experimentaba. Repitió después muchas veces que, cuando se vio más cercado de aflicciones, en mayores peligros y soledades, siempre rezaba al Glorioso Patriarca San José, su muy devoto, siete padrenuestros y siete Avemarías con sus *Gloria Patri*. Tenía seguro el arco de la paz, todo lo serenaba y especialmente lo experimentó; cuando había de pasar algún río, al punto hallaba barco de pasaje.

Combatido por vientos tan contrarios tuvo ocasión de escribir, al Padre Provincial de esta provincia, la carta siguiente pidiéndole favor. Supone que otras no debieron de llegar; dice así:

*Jesús sea con mi Padre Provincial y demás Padres y Hermanos de esta Santa Provincia, a quien conserve en su Divino amor y Gracia con paz y consuelo del Espíritu Santo, amén.*

*Yo al presente estoy con salud; aunque con algunos achaques, que todo procede de estar solo y encerrado ya ha tanto tiempo, que aunque es consuelo estar por la Obediencia con todo no deja el natural frágil de hacer su curso, y el jumentillo siente la carga; y lo que más es estar solo, sin tener con quien confesar y comunicar muchas dudas que cada día se ofrecen en esta nueva conversión, y Babilonia que como viña tanto tiempo inculta y poseída del enemigo, cuyo es propio sembrar cizaña, está llena de mil horrores y malas hierbas muy arraigadas, que para arrancarlas piden fuerzas muy diferentes de las mías, que son muy flacas en todo. Y para encarecer mi soledad, baste decir el Espíritu Santo: **Ve soli**; y Cristo Nuestro Señor no envió sus Apóstoles sino de dos en dos, siendo Apóstoles, con virtud y potestad de hacer milagros; porque **frater, qui adjuvatur a fratre, quasi Civitas firmisima**. Y de otra suerte es tentar a Dios, tener a un religioso solo en un Reino extraño de Infieles,*

---

<sup>14</sup> Morisquera. Morisqueta. Pan de arroz con algo de sal y agua.

*donde los peligros son más que yo podré significar. Ya avisé a V.R. el año pasado dos veces acerca de este punto y no veo que V.R. me envía compañero; sea por el Señor: no lo debo de merecer por mis culpas, hágase la Divina voluntad. Considere V.R. mi Padre este punto, y ponga el caso en su persona; y considérese V.R. en un Reino extraño, como éste, encerrado y solo, no un mes ni dos sino tres años que van corriendo, y luego juzgue si tengo razón o no. Si no temiera el desagradar a Dios, me hubiera retirado a la Isla Hermosa; porque me hallo a ratos tal, **ita ud tedeat me vivere**. Harto he dicho este punto a V.R. haga lo que conviniere que en todo obedeceré.*

*Luego pasa a referir otras cosas y firma en la villa de Fogan, **febrero veintitrés, año 1640**. De V.R. Siervo, Fray Juan García.*

Miraba el tierno pastor con el mayor sentimiento a sus ovejas cruelmente perseguidas; siendo tal el furor, la rabia y el despecho del mísero Magistrado que hasta los infieles mismos, afectos de cualquier modo a los cristianos perseguidos, eran castigados sin piedad con la pena de la "canga"<sup>15</sup>. Nuestro bondadoso misionero era el que más sentía en su corazón los padecimientos y amarguras de ellos, sin abandonarlos jamás a su desgracia, y animándolos a sufrir por amor de Jesucristo. Ejercía su apostolado de noche; vivía constantemente en el puesto de honor, y siempre estaba dispuesto a perecer sobre la brecha antes que desamparar sus posiciones.

### **Enfermedad de nuestro padre**

Fuera del espíritu, sólo el trabajo corporal, que como dijo el sabio consume los huesos, era bastante para postrar un gigante. Claro está que el padre fray Juan García sabía poco de la naturaleza, de su conservación y gobierno; mas al fin suspendió Dios sus milagrosos concursos por otros fines, y su miserable cuerpo dijo lo que era; su continuo movimiento, sus días azarosos sin tranquilidad y sin descanso acabaron por destruir completamente su salud y comprometer su vida de una manera alarmante.

Con esta vida, con todos los aparatos de muerte civil, cárcel perpetua y prisiones en que le tenían puesto la "obediencia y la caridad" peleó lo que pudo. Lleno de achaques, le postraron en la cama con dolores agudísimos en espaldas y costados, palpitaciones y temblor del corazón, la vista le iba dejando también y de los oídos se había apoderado un sonido ruidoso semejante al de las cigarras. El cuerpo desarmado y sin fuerzas -al fin de tierra-, no flaco sino de anatomía, se hubo de rendir perdiendo las ganas de comer. Viendo que ya no se servía sino de embarazo, que la esperanza de mejorar y de compañeros había faltado, era fuerza morir sin tener quien le administrase los sacramentos. Resolvió no a huir de la campaña; sino hacer treguas, para después, si el Señor le daba fuerzas, entrar con mayor aliento en la sagrada lid.

---

<sup>15</sup> Instrumento de suplicio, en que se aprisionan el cuello y las muñecas del reo.

Buscó modo para dejar China y pasarse a isla Hermosa para recuperar, bajo otro clima, aquella robustez y fuerzas que no habían podido resistir a los trabajos, privaciones y amarguras de su vida azarosa y agitada.

Penetrado de esta idea, y deseoso de morir con los santos sacramentos, hizo un esfuerzo supremo para trasladarse a Formosa. Por más que procuró realizar su pensamiento con el mayor sigilo que era posible, no pudo ocultar a los cristianos su partida dolorosa, y agolpándose alrededor de su cama le suplicaban dolorosos que no los desamparase. Les aseguró que marchaba a Formosa tan sólo por su salud y que, si Dios era servido de concederle este favor, no tardaría en regresar a su seno cariñoso, acompañado quizá de otros misioneros. Hiciéronle una tierna y cariñosa despedida y el padre les animó en el mantenimiento de la Santa Fe que habían prometido en el bautismo. Temía que en aquel tiempo, donde quedando sin pastor aquellas pobres ovejas, podían ser presa fácil de tanto rabioso lobo como las cercaba. Al fin les dio con dolor su penosa despedida y su bendición.

### **Ida a isla Hermosa a curarse**

Dejolos en el más amargo desconsuelo y con pocas esperanzas de ver cumplidas sus promesas. Conducido en una silla cerrada hasta la embarcación que le esperaba, llegó en tres días a Formosa.

Al fin Su Majestad, que veía la buena intención de su siervo, le dio alientos para que intentase este último remedio y le ayudó para que la lograra. Llegado a isla Hermosa fue recibido amorosamente por el P. Fr. Juan de los Ángeles, su íntimo amigo y compañero en sus trabajos apostólicos y Vicario de Todos los Santos; le recibió y curó con tal caridad que -después de mucho trabajo, medicinas y convalecencia- volvió a su antigua salud. Cuatro meses estuvo el enfermo en rigurosa curación, y se halló otra vez en estado de poder regresar a su misión; quedó tan robusto que, mientras no se ajustó su vuelta a China, le ayudó mucho en aquellos ministerios que no se le habían olvidado al padre fray Juan, ni él a ellos y a su lengua

Huérfanos se hallaron nuestras cristiandades de Fo-gan y su meridiano sin tener ministro alguno; y de no haberse convertido a Dios tan de veras pudiéramos entender que flaqueasen, porque en tierras tan nuevas, venía a ser un cuerpo sin alma. No obstante, como era Dios el padre de familia que se determinó a enviar obreros a aquella viña, la conservó aquel tiempo, Entretenida la cristiandad en juntas que hacían en la iglesia, oraciones y ejercicios de cristianos -que se daban las manos unos a otros con esperanzas de que habían de volver los padres- y el testimonio de su constancia y fidelidad estaba siempre bien presente.

### **Regreso de su curación**

A los ocho meses de haberse ido el P. fray Juan García a isla Hermosa a buscar salud les pareció que ya estaría bueno; armaron los de Ting-teu una embarcación con la

gente necesaria y un cristiano, que era el cabo, se bajaron por su río a la mar y, costeando hasta el frente de isla Hermosa, atravesaron el océano.

Hallaron al padre fray Juan ya bueno. Reunidos todos, dieron gracias a Dios de ver lograda nuestra Santa Fe en aquellos chinas que habían hecho, con tanto amor como cuidado, aquel dificultoso viaje; admirando a estos chinas y no menos a los que los enviaban.

Se embarcó el padre fray Juan para China llevando consigo al padre fray Pedro de Chaves, que había sido desterrado de Fo-gan el año treinta y ocho por las persecuciones y pareció conveniente volverlo a enviar, a pesar de no haber orden de la Provincia. Ambos, ya con salud, volvieron a China con mucho valor y buenos vientos.

Era a principios de marzo de 1641 cuando llegaron a Ting-teu con toda felicidad, conducidos como en triunfo por los antiguos cristianos que los habían ido a buscar a Formosa. No se puede decir fácilmente la alegría que causaron en todas aquellas cristiandades; confirmadas de nuevo en el verdadero amor que los padres les tenían. Pues, una vez lejos de China, libres de tantos trabajos y persecuciones pudieron quedarse por allá a servir a Dios con más comodidad y quietud, y sin embargo se volvían otra vez a sus antiguas prisiones.

La presencia del P. Chaves en las montañas de Fo-gan, no era en aquel tiempo de mucha utilidad para los fieles por no poseer aún muy bien el idioma del país; pero sí lo era, sin embargo, de una manera muy notable para el P. Fr. Juan García que necesitaba de un compañero como él, profundamente ilustrado para consultar sus dudas y trabajar sin tropiezos en el ministerio de las almas.

Dios había decretado allá en el cielo que no sería durable este consuelo de fray Juan, y había preparado el curso de los acontecimientos con un desenlace inesperado y distinto. Se había celebrado en Santo Domingo de Manila el Capítulo Provincial y fue nombrado el P. Chaves Vicario de S. Lorenzo de Santiago, uno de los pueblos de isla Hermosa, y Superior de los demás misioneros que trabajaban en aquella isla. El P. Chaves .hubo de trasladarse a Formosa por "obediencia" y cumplimiento de esta disposición capitular.

Hubo, pues, de dejar China y a su regreso cayó prisionero de los holandeses.

### **La nueva soledad de fray Juan**

Volvía la soledad a ejercer su pesadumbre sobre el misionero de Fo-gan. Trabajaba fray Juan con ardor infatigable en la viña del Señor y Dios bendecía las tareas de su glorioso apostolado con frutos extraordinarios, y grandes manifestaciones de su gracia.

Restituido de nuevo a su misión y solo ¿quién podría narrar los grandes hechos de este ilustre misionero, su caridad, su celo ardiente por la propagación del cristianismo y

las virtudes privadas que formaban de su alma un verdadero santuario, un hermoso templo de Dios vivo?

Hallábase en Fo-cheu un cristiano de Fo-gan que enfermó de gravedad y como no había a la sazón ningún padre misionero en la metrópoli, hizo llegar su súplica al ministro de Fo-gan para que fuese a administrarle los últimos sacramentos. Dios sólo conoce los caminos de su alta Providencia y las vías secretas de su gracia. Volaba el P. García en alas de su corazón y de su celo para socorrer al buen cristiano en aquel trance postrero; mas encontró ya al doliente fuera de todo peligro y no fueron ya necesarios los últimos auxilios espirituales.

Otro necesitaba de su ayuda y Dios no falta a sus predestinados y escogidos. Era este un mandarín que, sabedor de su llegada y obedeciendo a una voz desconocida que le hablaban interiormente, tuvo la amabilidad de convidarle a comer sin darse cuenta del motivo que le inspiraba esta fineza. Al recibir en su casa al venerable misionero su corazón palpitó de una manera inusitada. Después de las primeras ceremonias que son de estilo en el país, giró la conversación sobre su penoso ministerio. Se fue elevando por grados al examen comparativo de las sectas, fijándose por último en las pruebas y motivos de credibilidad incontestable que sólo reúne en su favor la religión verdadera. El honorable mandarín seguía con toda lucidez el razonamiento del ilustrado religioso en el examen profundo de estas pruebas; y al concluir el misionero su discurso, ya se sentía él cristiano en su conciencia. Y sucedió, con efecto que, desde tan fausto día, se consagró aquel magnate al estudio y verdadera instrucción del catecismo, recibiendo al poco tiempo el bautismo -regenerador de toda carne-. A su ejemplo, lo recibieron bien pronto cinco nietos y toda su familia que era inmensa.

Al quedar el padre Fr. Juan solo, escribió al Provincial una carta de su soledad. La lástima que causó la carta del padre fray Juan en el ánimo del Provincial, que era entonces el padre fray Francisco de Paula, le llevo a enviar por dos veces religiosos a China. Primero eran tres, luego dos y estando ya asignados, pagado el flete y hechas las diligencias necesarias se descompuso la primera ida.

El padre fray Francisco de Capillas, que alcanzaría la corona de "glorioso mártir", había salido de Manila dos años antes con socorro para China e hizo estación en Isla Hermosa. Allí concurrió el padre fray Francisco Díaz, el desterrado de Macao, que había salido de Manila en otro barco para repetir en China sus antiguos cuidados. Se encontraron estos dos siervos de Dios despachados a China por la providencia del mismo Padre Provincial fray Francisco de Paula<sup>16</sup> que no perdió la ocasión de enviar obreros de Isla Hermosa y pasaron a China con muchos trabajos

En tanto que este venerable religioso se ocupaba de arrancar la cizaña del paganismo y del error que amenazaba con sofocar la buena semilla desprendida de los cielos sobre aquella tierra inculta; mientras este gran obrero del gran Padre de Familias obraba aquellas conversiones en la ciudad de Fo-cheu (conversión del mandarín), tuvo

---

<sup>16</sup> Fray Francisco de Paula fue elegido Padre Provincial el año de 1641.

la satisfacción de saber que habían llegado a Formosa dos misioneros de la Orden con destino a la misión de su distrito. Eran estos los PP. Fr. Francisco Díaz, que había sido ya desterrado del imperio y volvía en señal de enmienda a su fervoroso apostolado, y Fr. Francisco de Capillas, que después fue degollado por defender y predicar la religión de Jesucristo.

Sabedor el P. García de aquel dichoso advenimiento, practicó las más exquisitas diligencias para que fuesen conducidos con toda seguridad desde isla Hermosa a la misión y para ello les envió algunos cristianos con un bajel procedente de Fo-cheu. No se habían apartado muchas millas de la costa cuando divisaron una vela sospechosa a sotavento; era un malhadado junco de piratas que, al columbrar en lontananza aquella presa inofensiva, se lanzó rápidamente sobre ella como un milano de los mares. Fue inútil la defensa y la fuga. El buque de los corsarios desplegó todas sus velas, y se precipitó sobre el bajel de los cristianos con la rapidez del pensamiento. Dieron la señal del abordaje, se apoderaron sin dificultad ni resistencia de aquella indefensa embarcación y se la llevaron a remolque como un trofeo naval.

Sabida esta desgracia, envió el padre García otro despacho a los misioneros de Formosa, que hizo su viaje esta vez con toda felicidad, y condujo sin tropiezo a los varones de Dios que llegaron a Fo-gan por abril de 1642. Con este nuevo socorro, el celoso pastor de la montaña, se vio ya más prevenido para librar del lobo a sus ovejas y el aprisco quedó ya más resguardado

### **Apostolado de fray Juan**

Celebrose en Ting-teu la Pascua de Espíritu Santo con acción de gracias pero, por vivir todavía en su oficio el mismo Virrey y sus ministros, les pareció a los padres estarse recogidos hasta que Dios descubriese mejor tiempo. No pudieron estar tan ocultos que en la metrópoli de Fo-cheu no se supiese que habían vuelto maestros de la Ley de Dios a los partidos de Fo-gan.

Un letrado cristiano de esta villa de Ting-teu se había ido a examinar a la dicha metrópoli y había caído malo. No habiendo allí sacerdote porque el que administraba aquella cristiandad era el padre Julio Aleni de la Compañía de Jesús y estaba a la sazón lejos. Al verse el letrado agravado en su achaque, escribió al padre fray Juan García dándole la bienvenida y pidiéndole por amor de Dios le quisiese ir a consolar y administrar los sacramentos para que muriese como cristiano. No se embarazó en cosa el padre fray Juan, al punto se puso en camino que es de cinco días a pie, y lo recorrió con harto trabajo por ser tierra llena de malos pasos, ríos y quebradas. Cuando llegó, halló mucho mejor a su enfermo. Confesole y comulgole y, por hallarle ya sin peligro, reconoció -en el caso que se siguió después- que Dios le había llevado allí para otro fin más particular.

Éste fue que, había en aquella ciudad un viejo muy respetado de edad de setenta años, noble por herencia de sus antepasados, que hacía años que miraba con buenos ojos nuestra Santa Fe y deseaba ser cristiano; aunque por pereza y fines temporales se detenía. Supo la ida del padre fray Juan, y le mandó recado autorizado de dos nietos suyos pidiéndole se quisiese llegar a ver con él. Fue allá el padre y, dándole cuenta de

sus buenos deseos, le rogó se aposentase en su casa donde se le asistiría con mucho agrado, y les enseñaría a todos los de su familia la Ley de Dios, ya que hacía mucho tiempo que deseaban ser cristianos. Condescendió el padre fray Juan con su súplica y, quedándose allí, se dio a la obra del catecismo de todos -que aprendieron muy bien- dando el viejo muestras de gran consuelo. Ya actuados todos bastante pidieron el bautismo; pero el padre les iba dando largas y buenas esperanzas. no se determinaba a bautizarlos porque tenían en la casa, como gente noble que era, un tabernáculo muy rico y muy adornado donde estaban colocadas las tablillas de sus mayores y, allí en su infidelidad, les hacían sus sacrificios y daban veneración. Estas tablillas son muy comunes en China y los religiosos dominicos les hicieron a los cristianos de allí que las quemaran, ya que era tenida siempre esa práctica por idolatría o peligro próximo de ella.

Los padres de la Compañía, no habiendo salido de Roma las resoluciones que después salieron, lo tenían por cosa indiferente, y no más de una política civil de veneración que se puede dar a un retrato de un difunto pendiente de un clavo en la pared. Y así, por no merecerlos en ese desconsuelo, a los descendientes les permitían las dichas tablillas de sus mayores, pero sus cultos formales de santidad; pues ése, ni por su oficio, ni por su profesión lo habían de permitir.

Estando esta cuestión todavía pendiente, el padre fray Juan García, habiendo vencido a aquellos catecúmenos en todos los artículos de nuestra Santa Fe, no quiso hablarles nada de las tablillas por no alborotar a la demás cristiandad de aquella tierra, que era mucha, Nunca se les había hecho ese reparo, y ahora -por no obrar contra su conciencia- hizo lo que le pidieron que fue instituirlos en todas las verdades; mas llegando al bautismo decía que no podía tardar el padre ministro de la compañía; que sería bien que él hiciese aquellos bautismos por no darles materia de sentimiento. A todo tenía el viejo mil réplicas y gran resolución, y apretando demasadamente al padre fray Juan, el padre pidió a Dios -con muchas veras en la Misa y otros ejercicios- acierto en aquella materia, de suerte que no obrara contra su conciencia y quedasen consoladas aquellas almas. Al fin, viendo que eran tantas las instancias del hombre le dijo un día: *Ya veo que pedía justicia en pedir el sagrado bautismo a nuestra Madre Iglesia; pero si he de decir verdad no me atrevo a dárosle porque hallo todavía un grave impedimento para ello.* Entonces le replicó el viejo: *Mira padre, muchos y muy costosos ídolos que tenía y libros supersticiosos de gran valor los he quemado, y ahora sólo creo en un sólo Dios, Creador del cielo y de la tierra y en su Hijo Jesucristo nuestro Señor, Dios y Hombre verdadero y en todo lo que nos dice la Santa Madre Iglesia.* Pues ahora ¿cuál es el impedimento que tengo que no me quieres bautizar? Entonces el padre le declaró su pecho diciendo: *que el impedimento eran aquellas tablillas que tenía todavía colocadas en alto y en altar.*

Fray Juan pasó a darle las razones que había para prohibirle aquel culto y veneración a las memorias y nombres de sus antepasados. Demudose entonces el viejo y, apartándose del Padre sin hablarle, llamó a sus hijos, nietos y familia a un aposento aparte y les dijo: *"basta, que este Padre no nos quiere bautizar; sino que dejemos el culto venerable y sagrado que se les debe dar a nuestros antepasados y quitarnos estas tablillas. ¿Qué hemos de hacer? ¿Hemos de atropellar a aquellos que nos dieron el ser,*

*a quienes tanto debemos, estén donde estuvieren?"*. El padre fray Juan García habiendo dicho su sentir se retiró a pedir a Dios con grandes instancias, que desengañase a aquella gente y les diese resolución, supuesto que él no los había de bautizar de otra manera. Confió pues el viejo con los suyos y, estando todos pendiente de su oráculo, salió fuera, y hablando con resolución al padre le dijo: *"Padre, doyte mi palabra de hacer lo que me dices y entregarte luego todas las tablillas"*. Con ello los bautizó a todos. Al día siguiente fueron al oratorio donde estaba el tabernáculo de las dichas tablillas, se las entregaron al padre y deshicieron los armarios en que estaban colocadas. El padre fray Juan las sacó fuera con secreto, se deshizo de ellas y se volvió muy contento a Fo-gan. Los cristianos de aquella casa no se metieron en más que en guardar la Ley de Dios; salieron muy fervorosos y de buen ejemplo. El padre tuvo cuidado de conservarlos en temor de su Majestad y el viejo, que era hombre mayor, sólo deseaba salvarse.

Llegaban a Manila buenas noticias de China, había en este momento tres grandes y apostólicos padres: el padre fray Francisco de Capillas, el padre fray Francisco Díaz y, el otro padre que había en aquel reino era fray Juan García nombrado de la Junta Vicario Provincial.

Este mismo año escribieron como aquellas conversiones navegaban con vientos prósperos que favorecían a los ministros de nuestra Santa Fe. a los mandarines y a personas graves de aquel reino, con cuyo amparo sembraban libremente el espejado grano de la palabra de Dios. No se atrevían a predicar en público por no estar la sementera tan de sazón y tenerse que moderar las exterioridades con un poco de prudencia humana. El año siguiente se alargaron más estas buenas nuevas y mandaron un champán de China que se perdió con cuanto llevaba, y entre ello las cartas en las que se daba cuenta como ya tenían los padres dos iglesias con permiso de los gobernadores, e iba en gran aumento y prosperidad la propagación de nuestra Santa Fe.

A la benéfica sombra de la paz, la religión de Jesucristo se fue consolidando cada día, Viéronse venir de todas partes y por todos los caminos nuevos hijos, y así se fue extendiendo en el imperio el Reino de Dios y su Evangelio, y luchando a través de las tormentas que suscitarán contra él las potestades del infierno y que hubieran acabado para siempre con todos los adoradores de la cruz, si no los hubiera protegido de una manera ostensible la omnipotente mano del Señor. Dios había suscitado entre los mismos infieles un poderoso mandarín, a quien Dios había infundido un espíritu generoso, y del que se consiguió un edicto favorable a la religión cristiana, tan perseguida hasta entonces por los míseros secuaces del fanatismo pagano. Publicado este decreto en la villa de Fo-gan y pueblos circunvecinos, produjo inmediatamente los efectos deseados. De tan superior manera la divina providencia hacía servir a los fines levantados de su religión y de su fe a los adoradores de Belial. Entonces fue cuando erigieron nuestros celosos misioneros cuatro iglesias; dos en la villa de Fo-gan, una en Mo-gang y otra en Ting-teu. Allí se enseñaba a conocer y a adorar en espíritu y en verdad al Dios de todas las cosas y soberano hacedor de todas ellas; en medio de tantos pueblos sumergidos todavía en las tinieblas del error. Esta plácida bonanza duró hasta la entrada de los tártaros. Entre tanto, los neófitos se consolidaron en la fe y verdadera

piedad observando con fidelidad toda la Ley y los profetas; dijérase, con efecto, que habían vuelto a aparecer sobre la tierra el fervor edificante de los primeros cristianos y las virtudes heroicas de los primeros siglos de la Iglesia

### **Labor y cuidado de fray Juan**

Mencionamos anteriormente que en junio de 1644 teníamos tres grandes ministros en la provincia Fokieng. A la vista de las noticias y abusos de aquellos nuevos cristianos determinaron dividirse corporalmente. Después de las necesarias diligencias de ayunos y oraciones echaron suertes y al padre fray Francisco Díaz le cupo la ciudad de Fo-ning, al padre fray Francisco de Capillas la de Xeu-ming y al padre Vicario Provincial la de Ting-teu.

En cuanto a nuestro paisano y padre Vicario Provincial no es ponderable el celo y fervor con que acudía a su apostólico ministerio, al consuelo de los religiosos y a los apestados de Hyapoey. A éstos fue muchos días no sólo su ministro, confesor y predicador; sino su enfermero y criado. Traía de fuera cuanto era necesario a las casas y aplicaba los remedios. Aunque era de tanto horror aquel achaque, lo trataba el padre fray Juan sin escrúpulo, ni embarazo, sin más defensas que las de su buena intención y emplearse en el servicio de sus prójimos, aún a riesgo de su vida. Y verdaderamente, una vez dedicado a este ministerio reconocía que era grande el fruto que el Señor hacía por este medio en cristianos y gentiles, siendo de más eficacia que muchos y muy estudiados sermones. Porque como estos chinos tienen tanto amor propio -que es todo su pecado- no saben cómo un cristiano, sin estar loco, se arroja al fuego de semejante mal; y quedan con un gran concepto de nuestra Santa Fe, pues enseña a acudir a tan gran necesidad donde los hijos huyen de los padres y los padres de los hijos.

Sucediole un día a este siervo de Dios acudir a la casa de un labrador cristiano, llamado Andrés, tocado de la misma epidemia. Estuvo un rato con él confesándole y consolándole y se apartó a una sala aseada, limpia y barrida donde el buen hombre tenía un altar. Se puso allí el padre fray Juan a pagar algunas horas que debía, sacó su Breviario y, poco de comenzar a rezarlas, le dio un interior impulso de salir de aquella sala y casa. Así lo hizo, y se pudo a rezar a la sombra de unos árboles. A poco rato de estar allí se cayó todo aquel cuarto del altar y el aposento del enfermo que, sin haberle persona advertido de la flaqueza, estaba esperando aquella sazón para caerse. Era una prueba del cuidado que tiene Dios de los suyos, y como los mueve su Divina Providencia con impulsos superiores a todo orden natural. Quiso su Majestad que el enfermo participase también de la buena dicha; atravesándose una llave encima de su cama recibió la ruina del techo que, aunque dejó el cuerpo lastimado y herido, escapó y vivió para que no quedase con azares el favor que hizo Dios guardando la vida de su siervo y ministro.

A dos leguas de Fo-gan hay un pueblo llamado Hoang-ho donde se emprendió un gran fuego por este año seiscientos cuarenta y cuatro, su voracidad fue tal que dejó en lastimoso alimento el material de muchas casas de cristianos y de infieles. Escaparon las

personas y, mientras se les disponía mejor habitación, se les acomodó un camarín ligero con sus repartimientos y separaciones de cañas y esteras, cuidando que quedaran divididos gentiles y cristianos. Los cristianos armaron en su cuarto un pedazo de oratorio y altar donde acudían a sus oraciones, principalmente el rosario, que infaliblemente rezaban cada día en comunidad con gran interés -para fortalecer su paciencia en aquellos trabajos y con no poco fruto de buen ejemplo hacia los gentiles-. Teniéndolos tan cerca los infieles, se edificaban de ver aquellas oraciones públicas dichas con tanta devoción, y Dios les tocaba los corazones a algunos para pedir el sagrado bautismo.

Había entre los infieles un enfermo que, con la continuación de oír el rosario desde su retrete y cama que estaba cerca, había aprendido el Padrenuestro y el Avemaría. Desde allá terciaba también, teniendo en ello gran consuelo que se fue -poco a poco- convirtiéndose en fervor y pasó a deseo declarado de ser cristiano. Pero no había allí ministro por entonces, le entretenía la esperanza y pasaba su penoso achaque con paciencia y humildad. Sucedió que, pasando embarcado por Fo-gan el padre fray Juan García, al llegar enfrente del dicho pueblo, le faltó la marea con que desembarcó y se fue a él para tener allí la noche y visitar a aquellos cristianos. Cuando supieron que había llegado acudieron a verle; le dieron noticias de la desgracia del incendio y de aquel enfermo infiel, su peligro y su buen deseo de bautizarse. Al punto fue el padre allá y, hallando su alma en tan buena disposición para el bautismo como en mala su cuerpo para cobrar salud, le catequizó lo mejor que pudo. Esto alentó tanto al enfermo que se levantó de la cama y se hizo llevar al oratorio para recibir el sagrado bautismo de rodillas. Al punto, él quedó lleno de indecibles consuelos y tuvieron mucho que participar los demás cristianos. El siguiente día y a la misma hora hizo llamar al padre y a todos los chinos fieles que allí había; les dijo que era ya llegada la hora de su muerte y les pedía le quisiesen encomendar su alma; porque infaliblemente tenía ya presente su fin. Acudieron todos al piadoso oficio de encomendarle el alma, rezando en alta voz y a coros el rosario, ayudándose el enfermo en los primeros dieces y, a lo que piadosamente creemos, se fue al Cielo al acabar el último. ¿Quién no admira aquí las divinas misericordias o por mejor decir todos los divinos atributos ocupados en la salvación de un miserable neófito? El haber escapado del fuego para que se trajesen a aquella casa; el haber venido con acaso ministro; y por último, el saber cuándo y cómo se moría. Pero no nos admiremos tanto del efecto sabiendo la eficacia de estas sagradas y medicinales rosas que para todo tienen virtud.

### **Prosiguen las milagrosas conversiones y adversidades en China**

Los misioneros de la Orden eran solamente tres y se disputaban a porfía el primer puesto en el peligro para extender por todas partes el reino de Jesucristo. La historia de su apostolado nos convence de que no siempre caía en la tierra buena la semilla celestial de su palabra y, sin embargo, Dios se dignaba glorificar de tiempo en tiempo el nombre y los trabajos de sus siervos con hechos extraordinarios que acreditan la divinidad de su doctrina.

Había en San-tang una mujer recién casada, idólatra y posesa. La tomó por su cuenta un demonio de estos que llaman duendes hazañeros, a quienes su príncipe de tinieblas no les encomienda mayor comisión que la de hacer ruido en los sótanos y desvanes de las casas. Éste, por sólo hacer mal que es su único fin como espíritu de trabajo y contradicción, dio en perseguir a la dicha moza de día y de noche. Le hacía mil burlas ocultándole muchas cosillas de su menester que le hacían falta, maltratándola a golpes y porrazos, arrastrándola, dejándola molida y medio muerta; otras veces agitaba con violencia su cuerpo debilitado y retorció sus miembros con horrorosas convulsiones que hacían estremecer de espanto a todos los circundantes.

Éste tema traía inquietos a todos los de la casa, y todos se sentían maltratados, porque cuando pedía ayuda se alborotaba la familia y se quebraba la vigilia y el sueño. Dieron ya señal de cansados y, como gentiles que eran, acordaron echar a Belcebú en nombre de otro Belcebú. Éste era un ídolo penate que tiene entre ellos gran fama de defensor de las casas y espíritu que acude a su paz. Dispuso la madre de Mateo que se le hiciese al dicho ídolo un gran sacrificio para que los librase de las molestias de aquel duende. No estaba a la sazón en esta casa su hijo Mateo; vino de fuera y halló todos los aparejos del sacrílego empeño determinado para tal día y se opuso con todo su esfuerzo a tan semejante abominación. Persuadió a su madre que no lo ejecutase pues enojaría mucho a Dios y, en vez de aquietar la casa, ocasionaría su mayor ruina. Que él salía a remediarlo de una vez por mejor medio, y que esperasen. Púsose en camino para Ting-teu y se fue al padre fray Juan García, que entonces residía allí; refirióle su cuidado y le pidió que por amor de Dios tuviese lástima de aquella casa; que fuese a conjurar a aquel mal espíritu porque si no iba su madre haría el sacrificio que ya tenía tan dispuesto. El padre fray Juan vio necesaria su ida. Embarcáronse los dos y el guía del padre; pero apenas llegaron al embarcadero de San-tang y tocaron tierra cuando les dieron nuevas de que aquella mujer había muerto. Dejolos asombrados y lastimados la noticia; mas prosiguieron su camino y hallaron la casa con el duelo. Se llegó Mateo a la que juzgaban muerta y, hallándole algún pulso, concibió su cura. Llamó al padre fray Juan que se acercó con paso firme a la supuesta difunta y se puso a leer en su presencia el Evangelio de San Juan: *In principio erat Verbum*. Le devolvió al instante la libertad y la vida de que por tan largo tiempo se había enseñoreado el mal espíritu -siendo obra de la misericordia de Dios que en crédito de su Santa Fe la confirma cada día con estos admirables testimonios-. Aunque es verdad que no podemos llamarles milagros, vienen con tal recomendación que por no hallarles causa creada, nos dejan adorando la causa Divina; y más, cuando los Santos Evangelios son reliquias e instrumentos de grandes maravillas. Como el padre le iba diciendo el Evangelio a la enferma iba ella volviendo en sí, oyendo y abriendo los ojos. Y acabado el Evangelio, aunque no pudo hablar, dio señas de entender cuanto se le decía de reverencia a palabras y prendas de nuestra Santa Fe. Viéndola así, el padre le hizo una breve plática. "Le dio a entender como Dios la llamaba para sí por aquel camino para que, desengañada del tirano dominio que tenía en ella el demonio, se acogiese a su amantísimo Pastor y Criador que la amaba con verdaderas leyes de padre y de esposo, y ya en su poder no había de hacerle el menor daño todo el infierno que se armase contra ella. Que si le parecía responder agradecida a los divinos llamamientos para salir totalmente de aquel peligro, él la recibiría de parte

de Dios y la bautizaría". Hizo señas de que estaba determinada a ser cristiana. El padre fray Juan la fue catequizando en todos los artículos y misterios de la fe, yendo ella asistiendo a todos y renunciando a sus antiguos errores. Tuvo tan liberal la misericordia de Dios que -como iba el padre leyendo el catecismo- quedó ella sana y buena, sin lesión alguna, como si por ella no hubiera pasado tal cosa. Cobró su habla perfectamente y clamaron los circunstantes: ¡milagro! Bautizóla el padre y, desde aquel punto, la dejó totalmente el demonio. Con la misma admiración de todos fue restituyendo. el desterrado duende, cuantas alhajillas tenía escondidas por aquellos rincones; afirmando los de la casa que las iban, poco a poco, apareciendo sobre la mesa, dando primero un golpe sin verse quien lo daba. Con tan gran maravilla, que se publicó por aquellos pueblos, ganó gran estimación la Ley Evangélica y pidieron muchos el sagrado bautismo. Creció tanto el número de los fieles que levantaron iglesia en aquel pueblo donde más decentemente fuese reverenciado el verdadero Dios y se le diesen continuas gracias por esto y los muchos beneficios que no cesa de hacer cada día.

Pero en nuevo crédito de nuestra Santa Fe (que desde que el Señor vino al mundo la plantó para mayor seguridad, no en valles apacibles y regalados sino al riguroso cierzo de crueles temporales, entre peñas quebradas, regada primero por su preciosa sangre y después por la de tantos gloriosos mártires y sudor de fieles confesores) será bien no pasar en silencio algo también de la adversidad y las tempestuosas olas que en este tiempo querían tragarse aquella miserable barquilla de la cristiandad de China. Pero como quiera que el fin de los misioneros presentes es el mismo que el de los apóstoles es muy digno de publicarse y puede hacer mucho fruto de alabanzas de Dios y de ejemplo de perfección y virtud. Van ocurriendo algunas especies que hay que reseñarlas en cuanto a persecución de los ministros y así le sucedieron al padre fray Juan García cosas bien singulares y es lo mucho la del pueblo de Sietang, jurisdicción de Xeuning.

El P. Fr. Juan había bautizado a una mujer recién casada contra la voluntad de unos tíos suyos que, por sus fines temporales, no miraban en el bien de su alma. Acabado el bautismo se puso el padre fray Juan a decir misa y, estando en el prefacio, fue acometido por los dichos tíos que vinieron al asalto armado con todo el gentilismo del pueblo. Primero dieron en los cristianos que oían misa, no sólo acometiéndolos con golpes y puntapiés, sino con unas aguas hediondas de algún cenagal -que para significar su mayor desprecio usan ordinariamente de estas inmundicias-; mancháronlos a todos con ellas, convirtiendo en aquel diabólico olor el suave que tenía la sala o capilla. Comenzada así su tumultuosa invasión pasaron al sacerdote; lo primero, de un palo tiraron el cáliz y lo dividieron en dos partes derramando la ofrenda del vino; tiraron al suelo la del sagrado pan, aunque no todavía consagrado, juntamente con cuantos aderezos e instrumentos tenía para el santo sacrificio del altar: ara, misal, atril, candeleros y vinajeras; rasgaron toallas, corporales y manteles; arrojaron sacrílegos a la tierra una imagen de un Santo Cristo de marfil; bañaron todo el altar de aquel infernal cieno sin poderlo defender el religioso. Todos los hechos fueron relámpagos de la sañuda indignación hasta que llegó el rayo sobre el venerable sacerdote. Fue blanco de aquella legión de furias: apaleado, arrastrado, abofeteado y tirado por aquellos suelos, esperando por instantes la muerte. Pero entre tantas agonías le sucedió la dicha

de hallarse un tesoro bien escondido: un Santo Cristo que padeció como él; en la misma fortuna y en la resaca de tantas olas se encontraron los dos y le hizo al padre olvidar todos aquellos tormentos. ¿Qué tan secreto misterio como un Dios crucificado y estropeado? Besole y escondiolo en su seno, y entonces vino a propósito esconderle en el corazón para que allí le diese las lecciones de paciencia que había menester. Maltrataron asimismo a su dojico Manuel que le ayudaba a misa. Pasada la exhalación del colérico enojo se fueron muy satisfechos sin mirar las iras de Dios que dejaban atesoradas para el día de la venganza.

Recobrose el padre Fr. Juan y, recogió lo que pudo, consoló a los cristianos maltratados, desengañándolos y persuadiéndoles que aquello era pura envidia del demonio. Predicoles que no les temieran, que pusiesen los ojos en su maestro Jesús que los había llamado a que le siguieran con su cruz, y padecieran en este mal mundo. Que por éstas y otras acciones llegarían a adquirir la corona de los buenos y el premio, que excede infinitamente a los más exorbitantes trabajos; aunque se rindiera en ellos la vida. Despidiose de sus hijos queridos y así, molido, abollada la cabeza, manchado y fatigado, se fue de vuelta de Xeuning.. Afirmaba después que era tanto el gozo que tenía, que siendo el camino bien desapacible le venció con gran ligereza y desahogo interior, cual en toda la vida había sentido, viéndose claro el favor padecido por la causa de Dios por haber sacado una ovejita inocente de los dientes del lobo y traídola al rebaño de Cristo. Llegó a Xeuning donde halló al padre Fr. Francisco Díaz a quien refirió su dicha, lo estropeado del cuerpo, el dolor y el roto de los vestidos. Dieron ambos gracias al Señor, dándole al padre fray Juan los parabienes con más bocas que si aquel día le hubieran sentado en el trono más alto de rey o emperador de este mundo; porque la verdad que honra padecer por el nombre de Dios.

Por junio de este año del cuarenta y cuatro sucedió al padre fray Juan el caso siguiente:

Había en un pueblo llamado Kinchoyang, diez leguas de Fo-gan, una mujer que, sin saberse como -por ser aquel pueblo muy retirado- siendo gentil quiso con verdad dejar su secta y hacerse cristiana. Para ello quiso que se enviase a llamar a fray Juan. Este padre estaba acostumbrado a vencer las mayores distancias por ganarle a Dios un alma, y así, como el cervatillo ligero fue saltando de collado en collado y de monte en monte a poner su parte en tan agradable como voluntario sacrificio. Llegó allá con su dojico Manuel y la buena mujer lo recibió con grandes muestras de alegría y buen deseo de ser cristiana. Comenzose la obra del catecismo y, acabada en breves días, la bautizó con gran acción de gracias a nuestro Señor y esperanza de que había de salir buena cristiana. En testimonio de esto, deshizo todos sus idolátricos altares, juntó cuantos ídolos y tablillas tenía e hizo una hoguera en el patio de su casa y lo quemó todo. Debía de ser grande la multitud de las maderas porque, por secreta que se quiso hacer la combustión, salió fuera el humo y llamó la curiosidad de los vecinos infieles que la hallaron con la restitución en las manos. Al primer movimiento quedaron espantados los infieles y, pasando a llamar sacrilegio y desacato intolerable a los espíritus y leyes de China semejante incendio, salieron celosos a convocar al pueblo, donde siendo todo de infieles no quedó hombre que no se pusiese en arma y a la orden con gran algazara.

Tocando sus bacinetas a rebato marcharon a la casa, y hallando en ella al padre fray Juan cargaron sobre él con palos, puñadas, puntapiés, etc., de suerte que no se tuvo por buen moro el que no hizo en el santo religioso su lance. Fray Juan, poco a poco se halló sin respiración y con la muerte a la vista como quien la tenía ya por tan cierta entre aquella confusa turba de sayones; hizo esfuerzo para ofrecer su vida a Dios con un acto de contrición y para hacerlo mejor se puso de rodillas. Visto por ellos, que ya estaban cansados de maltratarle, juzgaron ser acción humilde de pedirles perdón y detuvieron las manos, haciendo otro tanto con el dojico Manuel. Se pusieron en procesión llevando a los dos cristianos en medio, los sacaron del lugar con grandes clamores y de esta suerte los alejaron de su pueblo como una milla, dándoles un muy bien gritado, ¡buen viaje!, los dejaron allí y se volvieron a sus casas.

Era ya cerca de la noche, venía muy oscura y de tempestad, y en aquel paraje donde bullen los tigres -como en España bullen los conejos- todos eran motivos de nueva aflicción. Sin saber cómo, les deparó Dios un pequeño templo de ídolos a quienes ellos llaman "guarda mayor de los montes" que estaba solo. Contra toda razón de lugar tan propio de tinieblas, había en él una candela encendida que acaso puso allí algún aficionado labrador, Valiéronse de ella para seguir su camino y defenderse de los tigres que huyen del fuego; pero como candela maldita vivió poco, acabarse y empezar una gran lluvia fue todo uno. Estuviéronse quedos aguardando hasta que se fue el agua, pero no la oscuridad ni el miedo. Los pobres, llamando sin cesar a Dios, fueron caminando otro poco, más por el tiento que por la vista, y dieron con un molino, también solo; en él se recogieron lo que quedaba de la noche y por la mañana siguieron su viaje y lo ultimaron a Fo-gan; aunque cansados, pero con más quietud.

Con la paz y la bonanza que había gozado aquella iglesia desde el 1642 a 1647 se prometían justamente nuestros celosos misioneros rapidísimos progresos en su glorioso apostolado; mas estaba decretado en los consejos del Altísimo que entonces acaeciese, por desgracia, la irrupción espantable de los tártaros que, a manera de una torrente caudaloso se precipitaron con furor sobre el infausto imperio de la China variando sus antiguas dinastías y cambiando sus instituciones, después de una guerra desgraciada y para siempre desastrosa.<sup>17</sup>

---

<sup>17</sup> Antiguas eran, las rivalidades y agresiones entre tártaros y chinos, y de sus luchas era una prueba incontestable la gran muralla del imperio que se fabricó doscientos quince años antes de la era cristiana. Cuando cesaron las guerras se precipitaron en China las luchas internas que dividieron al país en diferentes facciones que se disputaban el derecho a gobernar las diferentes provincias del imperio. Ocho llegaron a ser los jefes que aspiraban a la dignidad de emperadores, hasta que logró quedar sólo el más temible y valeroso Li-cung-zu. A fin de eliminar a un aguerrido general de frontera del imperio entabló alianzas con el soberano de los tártaros manchues Usang-Kuey. El segundo traicionó al primero y se hizo con el poder. Se entablaron luchas internas hasta que los manchues proclamaron señor absoluto del imperio celeste a Jung-chí, un niño de tan sólo seis años. El rumor de todos estos acontecimientos llevó a los magnates a proclamar emperador al miserable Huang-huang (chino a fin de recobrar su independencia) que celebraron entusiastas con grandes regocijos. No hubo acuerdo y se cortaron las relaciones diplomáticas entre chinos y tártaros y de las indisciplinadas muchedumbres de los pueblos se improvisaron ejércitos, que, sin conocer siquiera el manejo de las armas, solo necesitaban ver lejos los escuadrones y columnas de los tártaros para ponerse a porfía en precipitada fuga. año 1645.

Pasó el padre fray Juan a la ciudad de Ning-te, que era de su demarcación, donde predicó el santo Evangelio como en todas las poblaciones de su jurisdicción, que son muchas. Hospedábase en casa de un buen cristiano llamado Bartolomé que, no obstante estar reprendido, castigado y azotado por recibir padres, dejaba de obedecer a los justicias del imperio para obedecer la de Dios. Aquí hacía el padre fray Juan gran labor entre aquellas gentes, dando por bien empleado el trabajo en el fruto de las tierras agradecidas y en balde en las ingratas; y Dios le iba sacando de entre sus enemigos que le buscaban con no poco deseo de cogerle, castigarle y echarle de allí. Una vez, entre otras, fueron de mano armada a la casa de este cristiano en su busca con mandamiento del gobernador y auxilio de ministros, y no hacía una hora que había salido de vuelta a Hyapoey donde lo habían llamado para la confesión de un enfermo. Echaron mano del

---

Los grandes mandarines del imperio, que habían logrado evadirse de la política sagaz y del poder de los tártaros, ensayaron todavía un esfuerzo postrero por mantenerse independientes y emancipar su nación de la dominación tártara. Refugiados en Che-kiang, eligieron allí su emperador conocido con el nombre de Lo-onang. Cercada su residencia por los tártaros se rindió. Entretanto en las provincias que no estaban subyugadas a los tártaros proclamaron otros dos emperadores. El uno, Lu defendía la independencia nacional en la provincia de Che-kiang y el otro llamado Tung la de Fo-Kien. Ambos fueron derrotados.

Favorecidas por el genio de la guerra las legiones de los tártaros paseaban por todas partes sus pendones victoriosos y quisieron sujetar la provincia belicosa de Kuan-si. Se encontraron frente a frente con un virrey poderoso y un valiente general, ambos cristianos, que supieron defender con honor los derechos en el campo de batalla, derrotándolos en numerosas batallas. Y proclamaron emperador de la Gran China a un nieto de Uvan-lie que se llamaba Yung-glie. Animados los pueblos por el ejemplo de aquellos grandes capitanes, fueron recobrando aliento y levantando sus fuerzas de la postración en que yacían, hasta arrojar a los tártaros de varias provincias del imperio, y hacer dudoso el problema de su famosa conquista. Hubiera sido conveniente para la cristiandad la continuación de Yung-glie, mas las nefandas abominaciones del imperio, abandonado por Dios a su réprobo sentido, alejaron del Catay esta ventura. Asustados los mancheus de los reveses que sufrían, resolvieron nombrar a tres reyes tributarios y les dieron el señorío absoluto de las provincias de Kuan-tung, Fo-kien y Kiang-si. Estos jefes miraron siempre como propia la conquista del imperio y lucharon con frecuencia contra Yung-glie hasta llegar a una batalla decisiva contra ellos en 1649 donde fue derrotado el ejército de Yung-glie. Los tártaros persiguieron a Yung-glie y le dieron una muerte ignominiosa. Así se decidió para siempre el imperio más grande de la tierra.

Asegurada ya la conquista del imperio por los tártaros, impusieron a su gusto su ley a los vencidos. Introdujeron en China las costumbres de su raza y mandaron bajo pena capital, que todos los varones rapasen la cabeza a usanza de los mancheus; cuya ley estaba apoyada por la sangrienta cuchilla de la muerte. Haciendo desaparecer toda diferencia externa entre tártaros y chinos, era ya dar un gran paso hacia una integración social entre ambas razas, sin la que no era posible extinguir aquellos odios y rencores que se profesaban mutuamente. Se guarnecieron las poblaciones con tropas traídas de Tartaria, se construyeron castillos, torreones y atalayas en las riberas de los ríos y en las vías de comunicación. Con ello controlaban todos los movimientos de la población. No era rara la extinción de una parentela numerosa, que contaba con centenares de personas, por la imprudencia tal vez de un individuo en su seno. Sobre estos lagos de sangre descansan los cimientos y el poder de una conquista sin ejemplo en los anales del mundo, que redujo a vasallaje el imperio más antiguo y más populoso de la tierra.

Y ahora ya nuestro camino desembarazado y expedito para hablar de las misiones de Fo-kien, donde nuestros religiosos evangelizaban sin descanso, en medio de los combates, arrojando con valor todos los azares y peligros de la guerra.

dueño de la casa, lo pusieron ante el juez que le reprendió severísimamente y amenazó de muerte si sabía que paraba en su casa algún ministro católico. No obstante, salió el padre fray Juan por aquellos lugares predicando a Cristo crucificado y publicando, ya vocalmente o por escrito en carteles y manifiestos, la verdad de nuestra Santa Fe. Aunque le buscaban alguaciles con todo cuidado, los cegaba Dios y nunca le cogían. Él se guardaba prudente por ver la necesidad que había de su persona y, viéndose despedido de los cristianos que temían el rigor de los tiranos y no le querían acoger, andaba por los montes y las selvas falto de sustento y de sueño, y a cada instante cercado de mil angustias que al fin eran como nublados que oponía el demonio a aquellos ejercicios.

A dos reflexiones acudía el Señor con sus abundantes misericordias: una, viendo el altísimo refugio que le había puesto Dios tan cerca y en la paciencia que le daba; y en la segunda, en el fin soberano de aquellos trabajos que bastara a hacer dulces todas las salobres aguas del mar.

Iba por aquellos descaminos, atajos y quebrados, desgarrado de zarzas, lastimados los pies, batallando con mil malos pasos, encontrado de fieras y sujeto de cuantas incomodidades pueden hallarse en este mundo. Después de consolarse mucho con Dios por cuyo nombre padecía estas calamidades, cantaba un himno o un cántico: solitario, se sentaba y se levantaba sobre sí con fuerzas para luchar con mayores monstruos y enemigos que postrado con humildad en tierra; se ponía en pie -y poniendo en las reales arcas de los tesoros del Cielo el depósito de su premio para cobrarlo a su tiempo- todavía le entretenía la Majestad de Dios dándole de contado tales consuelos, que con sólo ellos quedaban pagados los mayores sudores y tareas. Le pedía muchas veces a Dios que le dejase servir primero, sin darle tantas pagas adelantadas: pero a veces se daba por vencido sin poder hacer rostro a tan excesivos favores. Este estilo, aunque tan particular, es ordinario en Dios con los que escoge para que lleven su nombre por el mundo.

El poder de las tinieblas veía extenderse en el imperio la verdadera luz del mundo -cuya irradiación divina no se había podido extinguir con las persecuciones y violencias que habían ensayado anteriormente en los ministros del santuario-, y hubo de recurrir postreramente a la difamación y a la calumnia que es el recurso ordinario del odio, de la maldad y la venganza. No se avergonzaban los adoradores de Belial en asegurar públicamente, como un hecho indubitable, que los ministros de Jesucristo, como extranjeros poderosos y muy ricos, compraban las voluntades de los chinos para levantarse después con el imperio, añadiendo a esa impostura otras calumnias groseras.

Ocupaba el tártaro este año de cuarenta y cuatro la mejor parte de la China, Los vecinos de Fo-gan debían acudir a Dios para que los librase de aquel poderoso enemigo haciendo obras de humildad y rendimiento. Los enemigos sólo pensaban en adelantar su soberbia y en ello habían puesto su cuidado y consideración; empleados como bárbaros en inventar cada día mayores desatinos, y viendo como el azote de Dios se lo acercaban más. Teníamos gran número de cristianos en esta ciudad y su jurisdicción.

Ya que los infieles no acordaban de volverse a Dios como al fin gentiles que no le conocen, pudieran y debieran tratar en su defensa: en acercarse y reparar sus muros, ensayarse en las armas y disponerse a mirar por sus casas y por la vida; pero no les ocurría tal cosa por andar todos ocupados en maquinando contra la fe de Cristo. En orden a esto, hicieron grandes invectivas sacando manifiestos y poniendo libelos infamatorios en los cuales levantaban mil testimonios a los ministros y a los cristianos: que los padres como hombres poderosos compraban la voluntad de los pueblos para levantarse con la China, que bautizaban a las mujeres para malos fines y para tener con ellas malas y ruines familiaridades, que a las doncellas las inducían a no casarse para tenerlas más obedientes. A éstos, que eran los puntos sustanciales, les echaban tales adicciones y orlas que el vulgo ignorante, que casi todos son vulgo, los creía como verdades infalibles, y así miraban a los religiosos como a la más vil gente de este mundo, enemigos comunes y peste de las repúblicas.

Todos los infieles concebían nuevo odio contra la Ley de Dios y el santo Evangelio, contra sus ministros que tanto se esmeran a costa de tanta sangre, penitencias y oraciones, en dar buen ejemplo, autorizando lo que predicaban con vivir irreprehensiblemente para que no se les dé a estos chinos la menor ocasión de escándalo porque son sumamente maliciosos. Los religiosos acudían a Dios llorando; tantos trabajos de día y de noche que, si su Majestad con su poderosa mano no acudiera, no hay duda que se saldría el demonio con su intento haciendo que los mataran o que los desterraran de China.

No se puede pasar en silencio -para que se vea lo que allí padecemos, o por mejor decir, para que se vea lo que puede la mano de Dios contra enemigos tan sacrílegos y poderosos- una máscara que hicieron estos infieles en la ciudad de Fo-gan, indigna de escribirse. Deseamos que se sepa la paciencia de los ministros presentes para dejar derrotero a los futuros y para que tengan carta que seguir viendo lo mucho que han padecido aquellos primeros confesores; y principalmente, pretendemos manifestar la gloria de Dios que, contra la fuerza del odio más sangriento y de la mayor envidia confortaba a los suyos y los sacaba ilesos.

En el dicho pueblo se juntaron los infieles de la familia china hasta 300 hombres y ordenaron una encamisada y encabezarlas en esta forma:

Iba delante el que hacía de Nuestro Señor Jesucristo con sus insignias, su cruz a cuestas y un rótulo que decía: Yo soy el Dios de los cristianos que vine al mundo para salvaros. Otros seguían en procesión con cruces a los hombros y rosarios en las manos rezando o cantando el Avemaría, que para esto llevaban aprendida. Venían detrás tres personajes a caballo que decían ser los tres ministros que allí teníamos entonces en aquellos pueblos, los padres García, Díaz y Capillas, con vestiduras ridículas y feas, con narices y gafas horribles para causar mayor irrisión; llevaban en las manos el Catecismo que poco antes se había impreso en Fo-gan con sus rótulos, donde cada uno decía: yo soy fulano que, conforme a este libro, os predico y aconsejo que hagáis lo bueno y os apartéis de lo malo, obedeciendo a esta mi ley y conforme a ella os habéis de bautizar. Detrás se seguían otros vestidos de mujeres para el fin que se dirá. De esta suerte iban pasando las calles y entreteniendo a todos con las risas y mofas que se deja entender al modo de las mojigangas de España. En determinadas partes, a vista de

mayor concurso, se hacía estación desmontando los de a caballo; se le llegaba una máscara de mujer haciendo diabólicos chiqueos a pedir el bautismo a un padre, el cual la abrazaba y la sentaba en su rodillas, y allí se seguían mil burlerías torpes e indecentes; otro máscara, hecho beata con la barriga a la boca, se llegaba a otro padre a que la bautizase -el padre, después de haber hecho grandes zalemas de alegría le decía que sí- que con aquello no más se ocultaría su preñado y no la celarían sus padres; al tercer padre llegaba la tercera que hacía una niña doncella y, después de mil ademanes y monerías nefandas, le aconsejaba el padre que no se casase que él la sustentaría; que era rico y sabía un gran artificio para quitar el dinero a los otros, que para eso sólo había venido de Europa rompiendo con tantos peligros, trabajos y navegaciones para sólo tenerla servida y regalada. Llegábanse otros máscaras que hacían el papel de otros principales cristianos: daban su voto, y entraban y salían a hacer más ridículo el paso. Con este scenio entremés, y bien obsceno, se levantaba el teatro dando su alarido la chusma de muchachos y mirones, era el aplauso que aquellos sacrílegos farsantes buscaban, dando su aprobación el vulgo a lo que llamaban los más recatados un rato de buen entretenimiento, y los demás una comedia ingeniosa que jamás fue vista ni representada en la China. Tomaban los jinetes sus caballos y los demás el camino y se iban a poner su espectáculo a otra parte.

Los que daban fin a esta máscara eran también personas cristianas conocidas y otras de diversos estados con sus carteles. Uno decía: yo soy la beata fulana que, por serlo, paso mi vida tan acomodada como libremente, que me rescaté del cautiverio de mis padres y me dejé cautivar de estos extranjeros. Un rico decía: yo he mal adquirido la hacienda para dejar perecer a los míos y sustentar gente extraña, y unos mentirosos advenedizos me aseguran que lo puedo y aún lo debo hacer. Seguía una viuda que blasonaba acudir al regalo de los padres, y no tratar otra cosa que darles gusto. Y después, una tropa de pobres que confesaban andarse tras ellos y haberse hecho cristianos por comer sin trabajar.

En medio del paseo de esta diabólica farsa se les descompuso la procesión. Aquella estatua soberbia y quimérica amasada de tantos metales de temeraria profanidad se descompuso por una pequeñita piedra que sin manos arrojó por entonces la providencia de Dios. Una esclavica cristiana que, viendo semejante maldad, se arrojó con ímpetu a todo aquel tumulto, acometió al primer máscara que topó y, dándole un gran envión, le quitó la cruz que llevaba y se fue con ella huyendo a su casa. Siguiéronla muchos, y aunque partieron con gran celeridad no le dieron alcance porque si la cogen la quitan la vida. Perdióse el hilo del paseo con este pequeño accidente, y roto el espectáculo cada uno trató de volverse a su casa, acabándose la gracia más presto de lo que le habían trazado sus autores.

¿Quién duda que es la herida de la honra la más sensible que, teniéndola sólo puesta los ministros y viéndola ahora profanada con semejantes ultrajes, no fue un cuchillo que les penetró los corazones? Consolábanse los padres y consolaban a los cristianos diciéndoles que procurasen justificar sus conciencias que era lo que Dios les pedía; que esperasen en su Majestad que permitió mayores irrisiones en su Divina persona. Juntábase aquella afligida Iglesia como podía, a llamar a Dios y a rezar el

rosario, llamando con lágrimas a la Virgen Santísima para que mirara como madre de piedad esta causa, ya que es éste el medio más eficaz que nos ha descubierto la fe. Cristo lo dijo bien claro en el sermón de la Santa Cena, previniendo estas persecuciones y diciendo que pusiésemos los ojos en su Majestad, que para ésta y otras ocasiones se dio por ejemplo. No quiso venir al mundo con ostentaciones y aparatos reales, sino pobre, desnudo, amenazado, perseguido y últimamente muerto, para que tuviesen los hombres ese divino consuelo de ver a su capitán ser el primero que luchó con semejantes fortunas.

Estos fueron los irreverentes arrojados que ejecutaron, sugeridos del demonio. La burla llenó de confusión y de lágrimas toda aquella cristiandad; pero no permitió el Señor que alguno flaquease. Y los irrisores no aguardaron a ver el castigo en sus hijos, ni en sus nietos; este mismo año entró el tártaro violentamente en la ciudad de Fo-gan y sus términos; y no quedó hombre de éstos con vida, escapando al fin de las suyas los cristianos aunque con trabajos y prisiones

Hallábase el imperio por entonces en la anarquía más completa, sin que nadie respetase ley alguna, ni obedeciese por desgracia a ninguna autoridad constituida. Podía entonces decirse de los chinos lo que tantas veces se repite en el libro sagrado se los **Jueces**: << En aquel tiempo no había rey en el imperio, y cada uno hacía lo que le parecía.>> Los tártaros se ocupaban solamente de llevar a todas partes sus armas conquistadoras y los antiguos mandarines del gobierno chino ya no eran obedecidos, ni debidamente respetados; pero Dios, que no siempre disimula las maldades de los hombres, no tardó en descargar el brazo fuerte de su ira sobre los blasfemos y calumniadores de Fo-gan que fueron exterminados con la espada de los tártaros los cobardes autores de imposturas tan infames.

En vista de la animosidad de la guerra que los infieles de Fo-gan habían declarado nuevamente a nuestros santos misioneros, favorecidos de la impunidad y la anarquía que reinaban a la sazón en el imperio, determinaron los padres fijar su residencia en la parte más segura de la misma provincia de Fo-kien donde gobernaba todavía el emperador Lung-vu, una de las dos dinastías que habían elegido los chinos para sostener incólumes los derechos del imperio. Tenía esta provincia al lado del monarca un consejero privado que se llamaba Nereo de quien esperaban ser protegidos y amparados contra las vejaciones de una plebe sin Dios, sin moralidad y sin vergüenza. Nereo era cristiano, y enterado por los fieles de lo que pasaba en la villa de Fo-gan, que aún se mantenía débilmente en la obediencia del gobierno, facilitó al P. Díaz una "*chepa*", o sea un decreto imperial en el que, después de sancionarse y aprobarse la religión de Jesucristo, se prohibía rigurosamente que nadie osara vejar ni ofender a sus ministros. Iba dirigido este decreto al mandarín de aquel distrito con orden de que lo publicase con la mayor solemnidad en toda la circunscripción de su gobierno. Obedecieron al pronto los enemigos de la fe; pero no dejaban de buscar ocasiones oportunas para mortificar a los cristianos, cuya virtuosa conducta era una represión tácita y elocuente de sus vicios.

Aún no había transcurrido mucho tiempo desde la promulgación de este decreto cuando el mismo emperador envió a la villa de Fo-gan un visitador de su confianza, revestido con la suprema autoridad, para oír las querellas de ambas partes y hacer justicia a la inocencia con conocimiento de las causas. Los cristianos del distrito creyeron oportuno presentarle una demanda en toda forma con el fin de que los oyese en pleno juicio y se pusiese coto a los desmanes de que venían siendo víctimas por parte de los infieles. Admitida la demanda, el visitador citó ante la barra de la ley a los principales enemigos de la religión cristiana que más se habían distinguido por sus violencias y atropellos; les invitó a que alegasen por su parte lo que tuviesen que oponer y decir contra la religión y sus ministros, o contra el proceder exterior de los cristianos. Designado el día de esta cita judicial, los infieles no quisieron presentarse por sí mismos y nombraron al efecto a sus procuradores y abogados. El docto y virtuoso Pedro Chin era el que debía defender la causa pública de la religión de Jesucristo, tan vilmente calumniada, y lo hizo con dignidad y una fuerza de razón incuestionable. Demostró hasta la evidencia la santidad de su doctrina; tomó por base los hechos para justificar a los cristianos, confundió para siempre las groseras imposturas de sus infames enemigos que sólo se inspiraban en el odio y en las preocupaciones tenebrosas del fanatismo pagano.

Enterado el visitador de las razones que una y otra parte producían a favor de su derecho, pronunció al fin su sentencia en los términos siguientes: <<*La Ley de Dios es verdadera, buena y santa pues enseña a los hombres a huir del mal y practicar el bien. Sus predicadores son hombres virtuosos y están muy lejos de cometer los excesos que les imputan. En su consecuencia impongo silencio a sus infieles contrarios.*>>

La causa de la religión había triunfado en el mismo tribunal de los paganos; mas este triunfo glorioso, lejos de contener a los infieles en sus continuas vejaciones, exacerbó profundamente su perverso corazón e inflamó en su pecho airado el fuego de la venganza al verse vencidos en la lid por aquellos mismos hombres que sin razón aborrecían. Parece que las furias infernales se habían apoderado de sus almas; pues sin respeto a la autoridad y a la justicia que los había condenado, acecharon el momento de asesinar en su casa al que los había confundido y derrotado con la fuerza poderosa de la razón y del discurso ante el supremo magistrado del imperio. Avisado el cristiano Pedro Chin del peligro se fugó de su morada a las doce de la noche; mas, ni aún así pudo evadirse de sus manos. Asaltado en la calle de improviso por una turba inclemente fue derribado en el suelo donde lo dejaron ya muerto, lleno de contusiones y de heridas, nadando en su propia sangre. Al cabo de muchas horas aún recobró los sentidos y lo condujeron a su casa sin esperanzas de vivir por mucho tiempo.

Aún no quedaron satisfechos los enemigos de la fe con tan horrible atentado; se formaron mil grupos y reuniones tumultuarias y aún estuvieron gritando por las calles <<*que habían sido agraviados por el juez y que estaba de su parte la razón y la justicia.*>> Alborotados de esta suerte asaltaron la vivienda del cristiano Juan Kian-chin, en donde se solían hospedar frecuentemente los venerables misioneros; después se dirigieron blasfemando al templo de los cristianos y allí cometieron todo género de profanaciones y de escándalos, destruyendo y violando, en su impiedad, los símbolos venerados de nuestra religión santa.

El P. Díaz se libró esta noche de la muerte por una especial providencia del Altísimo. Cuando los infieles penetraron en el templo del Señor se hallaba escondido y disfrazado para evitar el primer ímpetu de aquellas turbas frenéticas. Después, amparado por las sombras y por el mismo desorden de aquella noche funesta, pudo trasladarse por fortuna a la apartada vivienda del insigne Pedro Chin que se hallaba padeciendo en el lecho del dolor. El espíritu de Dios llevole sobre sus alas a la presencia del doliente que, recobrando a su vista el uso de la palabra, se confesó para morir con el enviado del Señor. Después recibió con devoción los demás sacramentos y al quinto día expiró para vivir con Jesucristo en las eternas moradas de su reino. Reconocido su cadáver, se descubrieron en su cuerpo dos heridas profundas y mortales que daban evidente testimonio de que su muerte dichosa era un martirio verdadero, un sacrificio de la vida en aras de la religión y de la fe.

Los cristianos de Fo-gan, en vista de semejantes atentados, creyeron que debían presentarse a la autoridad superior de la provincia para pedir satisfacción de sus agravios; y a pesar de las reflexiones que les hizo el padre misionero del distrito, exhortándolos a la paciencia y conformidad con la voluntad de Dios, elevaron su querrela al imperial visitador -que aún estaba desempañando su elevada comisión- y le pidieron justicia contra los autores del motín con resarcimiento de daños y perjuicios. Este magistrado débil, si bien admitió como procedente la demanda, no tuvo valor bastante para proseguir la causa -pues la plebe tumultuosa aún se agitaba insolente- y creyó, acaso con razón, que su autoridad suprema no sería respetada en tal extremo. Entre tanto llegó el tiempo de regresar a la corte y, al abandonar la villa y el distrito de Fo-gan, elevó la causa al tribunal superior de la capital de la provincia, cuyos jueces, en su vista, no pudieron menos de fallar contra aquellos criminales, y enviaron incontinenti una compañía de soldados para reducirlos a prisión. Sobornado el capitán de aquella fuerza regresó a la capital sin haber hecho cosa alguna; aunque posteriormente, probada judicialmente su maldad, fue castigado ejemplarmente. El tribunal mandó a otro cabo con la fuerza necesaria que acabó por cometer la misma traición infame contra los poderes judiciales. ¡Tanta era la corrupción y la venalidad de aquella gente! De esta manera quedaron los malvados sin castigo. pues las autoridades chinas de Fo-kien ya estaban a la sazón amenazadas por los tártaros que avanzaban rápidamente sobre los pueblos centrales, y en tan gran perturbación, sus providencias eran burladas con frecuencia por los díscolos, careciendo de fuerza moral y material para hacerse obedecer.

### **Muerte de los padres fray Francisco Díaz y fray Francisco Fernández de Capillas y nueva soledad de fray Juan**

En tal estado de acontecimientos debió regresar el P. Díaz a la villa de Fo-gan. En el camino cayó gravemente enfermo en el pueblo de Ting-teu, entones estaba a cargo del P. García que le asistió como hermano con la mayor solicitud. Merced a la providencia divina que velaba tiernamente sobre sus hermosos días, aún salió de aquel peligro después de haber recibido los santos sacramentos. Todavía, no bien convalecido

de su grave enfermedad, se trasladó al pueblo de Zu-yang que había jurado y perjurado el no recibir jamás la Ley de Dios, ni la religión de Jesucristo. Llevado sobre las alas de su ardiente caridad, voló a desengañar a aquellas gentes, persuadido ingenuamente de que no podían aborrecer aquella Ley Evangélica porque la desconocían e ignoraban. Evangelizó por algún tiempo a los moradores de Za-ysing que le suscitaron una cuestión sobre los célebres ritos con que se daba culto en el imperio a los manes desgraciados de las generaciones que pasaron. Como aquellas turbas no podían sostener de ningún modo con el sabio misionero una discusión científica, recurrieron a la violencia y al atropello para suplir con la fuerza la falta de raciocinio. A consecuencia de los golpes que le dieron al venerable en el pecho cayó al suelo bañado en su propia sangre que arrojaba por la boca en horrorosa cantidad. Enfermó constantemente desde entonces, recibió con vivas ansias los santos sacramentos y, asistido de los PP. Fr. Juan García y Fr. Francisco Capillas, entregó su alma a Dios el día 4 de noviembre de 1646. Sólo contaba cuarenta años de edad. ¡Había trabajado tanto en la misión, perseguido a sol y a la sombra por los enemigos de la fe y sufrido tantas penas por amor de Jesucristo!

El padre fray Juan había perdido a un compañero infatigable desde su llegada a China. Fray Juan era también su confesor. Un año después, en la Navidad de 1647, sucede la muerte del hermano Andrés Hoang, religioso de la Orden Tercera, compañero infatigable de fray Juan en sus desplazamientos y desahogo de todos los ministros.

En la inmensa provincia de Fo-kien, por los años del Señor de 1647, los enemigos de la fe volvieron a perseguir a los cristianos en la rebelde villa de Fo-gan con motivo de haber prohibido el virrey tártaro la secta inmoral de Selin-kiao. Chin-uan-hoey se presentó al mandarín y no dudó en asegurarle que la religión de Jesucristo era todavía peor y más perniciosa que la secta prohibida; <<porque, añadió, enseña a los hijos a desconocer los mandatos de sus padres, inspira a las mujeres el desprecio hacia sus maridos y en todos la irreverencia a los difuntos. Sus maestros son unos viles extranjeros que se arrojan cierta autoridad con su doctrina, muy temibles por cierto en el imperio. Introducen además un nuevo culto, nuevas doctrinas y nuevas costumbres. Conviene, pues, que esta religión sea exterminada como la nociva secta prohibida.>> Esta grave acusación, formulada por un prócer de la villa y confirmada con testigos pagados para el efecto, hizo decidir al mandarín tártaro a prohibir igualmente la religión de Jesucristo y ordenar al mismo tiempo que los PP. misioneros fuesen inmediatamente capturados. Un aviso reservado llevó la noticia infausta de este decreto execrable a los ministros de Dios; éstos se apresuraron a recoger las imágenes sagradas y demás objetos religiosos que podían ser profanados y se trasladaron disfrazados al pequeño pueblo de Ting-teu. A la mañana siguiente invadió el mandarín con fuerza armada la desierta morada del Señor y, no hallando cebo alguno a su profanación a su codicia, asentó sus pabellones sobre las ruinas preciosas de aquel templo,

Fue también por este tiempo cuando los chinos proclamaron por su emperador a Yung-glie, con cuyo fausto motivo se entusiasmaron los pueblos, y apelando nuevamente a la razón de las armas pudieron recuperar del yugo tártaro las cuatro plazas más fuertes de la provincia de Fo-kien. El rey Lien-chung-zao, que había aumentado su

ejército de un modo considerable, se propuso apoderarse de la villa de Fo-gan para reducirla a la obediencia de su nuevo emperador. Establecido el asedio en toda regla, dos veces avanzó sobre sus muros y pretendió tomarla por asalto y por dos veces también fue rigurosamente rechazado; durante el segundo asalto, el P. Fr. Francisco de Capillas fue aprisionado por los tártaros al salir de aquella plaza para administrar los santos sacramentos a los fieles que reclamaban sus auxilios en las vecinas aldeas de los valles.

Caminaba el venerable religioso con las precauciones necesarias por una senda excusada que se deslizaba oculta en la maleza de los montes cuando fue descubierto por los tártaros que andaban merodeando por aquellas cercanías y, conducido después con un criado a la presencia del caudillo, fue interrogado el venerable acerca de los deberes y demás funciones propias de su divina misión, pidiéndole también explicaciones acerca de los ornamentos que llevaba para celebrar el santo sacrificio de la misa. Aprovechando el misionero ocasión tan oportuna, le dio razón de su fe y de la religión que predicaba y le entregó un catecismo de su celestial doctrina escrito en caracteres sónicos<sup>18</sup>. Comprendiendo entonces este jefe que no le pertenecía conocer de aquella causa y que tampoco había mérito para retenerlo en su poder como prisionero de guerra, lo envió al mandarín letrado para que procediese por su parte a lo que hubiese lugar.

Se le interrogó ante todo acerca de su hogar y residencia, y el venerable contestó que no tenía morada fija pues su ministerio santo le llevaba continuamente a todas partes y no le permitía establecerse en ningún punto, ni tener mansión permanente en este mundo. Entonces le hizo salir del aposento y comenzó el interrogatorio al catequista que servía y acompañaba al misionero. Finalmente, se ciñó a las acusaciones execrables que el pagano Chin-uan-hoey había fulminado contra ellos a pesar de que el venerable misionero contestó a todos los cargos de la manera más satisfactoria y cumplida. El preocupado juez lo remitió al mandarín militar con una carta en que le decía textualmente: <<Que el maestro de la religión cristiana que le enviaba era un malhechor que revolvía los pueblos, propagaba sectas impuras y que, en su consecuencia, era digno de muerte, cuya pena no podía él ejecutar por no estar autorizado para ello.>> Pero aquel jefe, más amante del dinero que de la religión y sus preceptos, no hizo más que registrarle y enseguida lo devolvió al juez letrado para que terminase por sí mismo aquella causa. Volvieron los interrogatorios y calumnias; se dio gran importancia a los sagrados ornamentos, asegurando el juez muy seriamente <<que aquellas cosas las tenía el misionero para hechizar a los cristianos, que era un hombre muy malo y reo de enormes delitos.>> El resultado de todo fue condenarle a prisión y conducirlo a la cárcel de la villa donde el venerable P. Capillas fue decapitado.<sup>19) 20</sup>

---

<sup>18</sup> Escrito en chino.

<sup>19</sup> Los tártaros de Manciú, habían invadido la región de Fujian y mostrando las hostilidades a la religión católica dieron muerte el 15 de enero de 1648 al R. P. fray Francisco Fernández de Capillas después de un largo cautiverio y martirio. Durante el tiempo de su cautiverio mantuvo contacto con el padre fray Juan, por medio de cartas. Lo decapitaron mientras rezaba con otros los misterios dolorosos del rosario. Su cuerpo estuvo dos meses expuesto a las inclemencias del tiempo, siendo arrojado por las murallas para ejemplo de los cristianos; hasta que recuperado por éstos y por el padre fray Juan, le

## **Sucesos de Fogan en estos tiempos y trabajos del único ministro que había quedado en China en nuestros ministerios**

La villa de Fo-gan fue tomadaa sangre y fuego por Lien-chung-zao. Ésta villa había estado bajo el dominio de Chiun-uan-hoey que se había distinguido por su odio a los cristianos y haber sido traidores a su bandera y a su patria, ya que se adhirieron al partido de los tártaros, cometiendo contra la familia del Virrey mil vejaciones y atropellos. En vista de tales precedentes y penetrar victorioso este caudillo, el apoderado del Virrey mandó castigar a los traidores. Pero el principal blanco de los enojos fue Chin-uan-hoey que había sido el autor de las persecuciones, el inventor de las calumnias contra los inocentes misioneros, el que comparó la religión verdadera con la secta de Selin-kiao y el acusador del padre Capillas para que fuese finalmente degollado. Cayó este blasfemo, su mujer e hijo en poder de las tropas del Virrey, oyó éste las acusaciones y posteriormente mandó darles muerte.

Tomada la villa de Fo-gan, el Virrey aprovechó para reconquistar muchas ciudades de la provincia que puso bajo la obediencia de su emperador legítimo Yung-glie.

Entre las concubinas del virrey Colao se encontraba una joven que había llegado en su destierro a convertirse al cristianismo, bautizada recibió el nombre de Bibiana. Cuando el Virrey, en la ciudad de Fo-ning-cheu, hizo construir sus palacios, mandó llamar a su querida de la que ignoraba su nueva religión. El Virrey esperaba vencer su hostilidad con halagos y caricias pero no consiguió que accediera a sus exigencias. Pasados unos meses pasó a la irritabilidad de su carácter y al impetuoso furor de su pasión. Llegado el día en que, según la costumbre del imperio, debía hacerse un sacrificio a sus progenitores donde debía asistir toda la familia, Bibiana se negó a asistir por ser un acto idolátrico y no permitírsele su religión. Aquel hombre se puso ciego y de él se apoderó el furor y la cólera. Dejó a Bibiana casi muerta, a su nuera, también cristiana, la maltrató horrorosamente, y azotó a una esclava de la casa y a una hija de ella. Bibiana y su madre fueron desterradas a Ting-teu pero, por intermediación de la esposa del Virrey, regresaron al día siguiente.

Aunque el virrey Colao había accedido a los ruegos de su esposa, no depuso jamás su rencor contra la religión de Jesucristo. Los desórdenes de Bibiana le inspiraron el risible pensamiento de mandar y disponer por un decreto que todas las mujeres cristianas de Fo-gan fuesen desterradas a Ting-teu, amenazando con pena capital a los maridos que intentasen ocultarlas. Al publicarse en la villa aquel edicto monstruoso, el P. García se apresuró a informar del suceso a Joaquín Ko, gran mandarín y privado del Virrey, que todavía estaba ignorante de tan escandaloso mandamiento. En calidad de cristiano fervoroso, no dudó en interponer su valimiento en favor de la inocencia,

---

hicieron sus exequias y le incineraron. Su cabeza fue desenterrada y enviada a Manila y desde allí a su convento de Valladolid.

<sup>20</sup> Beato Francisco Fernández de Capillas, dominico, protomártir de China. fue ordenado sacerdote en Filipinas y llegó al Fo-Kien en 1642. Fue arrestado en 1647 y condenado a la decapitación el 15 enero 1648, por «haber difundido falsas doctrinas religiosas. **Pío X le beatificó el 2 mayo 1909.**

procurando eficazmente fuese revocado aquel execrable edicto. Unos escritos de Joaquín Ko produjeron los efectos deseados y el edicto no se llevó a cabo, ni se volvió a mortificar a Bibiana.

Colao se vio precisado a dejar la provincia de Fo-kien para batir a los tártaros que se habían apoderado de Che-kian. Los pendones de Colao fueron abatidos por los tártaros, su ejército fue completamente derrotado, y escapando con vida por las fragosidades del terreno se refugió en Fo-gan. Allí, encerrado en la ciudad, después de un largo asedio fue segado por la cuchilla de los tártaros con el resto de su ejército, después de atrocidades y canibalismo. Murió envenenado.

Cuando el caudillo tártaro vio el cadáver del virrey Colao, y leyó un papel que dejó escrito encima de su bufete, exclamó con voz enérgica: <<¡Valente general y buen vasallo!>> Le hizo enseguida reverencias, según usanza de los tártaros, y después ordenó a sus capitanes que fusen enterrando con la pompa correspondiente a su alta dignidad.

Había muerto entre los leales de la guarnición, como buen hijo de la patria, Juan Mieu, uno de los primeros cristianos de Fo-gan que había sido bautizado por los PP. portugueses de Fo-cheu. Este valiente patricio había acompañado al P. Fr. Ángel Coqui a la villa de Fo-gan desde su entrada en el imperio y había cooperado eficazmente a preparar el terreno para dar principio a la gloriosa misión dominicana. El amor entrañable de la patria y el parentesco natural que le ligaba con el virrey Colao, le obligó a tomar las armas en defensa del imperio y no abandonó su empeño hasta la entrega definitiva de Fo-gan. Ni el bullicioso desorden de los campamentos, ni el fragor de los combates pudieron jamás distraerle de sus deberes de cristiano. Comprendido como bueno en la orden del degüello general, y no habiendo a la sazón ningún pobre misionero de quien poder recibir los postrimeros auxilios de la religión y de la Iglesia, escribió una relación de sus pecados y la remitió al P. García.

La ciudad de Fo-gan quedó dividida en dos bandos: chinas y tártaros. La lucha la llenó de sangre, de confusión, de pasión y de venganza. ¡La guerra viene siempre acompañada de otros males y trabajos! Así: A Fo-gan no le quedó memoria de aldea, cuanto más de ciudad; Fo-gan fue la víctima que el tártaro llamó restituida, por su terreno tan acomodado y cerca del mar; estimó mucho su ocupación, y más habiéndole costado tanta sangre como paciencia el dilatado sitio; hizo y deshizo cuanto le pareció; y con ellos brotaron las semillas de la antigua cizaña en los herederos de nuestros enemigos.

Ahora que habían sido derribadas las dos principales columnas de aquel mítico templo, "los dos chinas de mayor posición, Joachin y Mieu", les pareció haber quedado más desarmada la Ley de Dios y ser fácil, con el nuevo gobierno, que se acabase de extinguir. Para ello, fueron lisonjeando al nuevo gobernador que, siendo de religión bárbara como ellos, le metieron tales noticias en su cabeza que desde luego trajo entre ojos a los cristianos, sospechando de su fidelidad que fue en lo que cargaron más la mano los enemigos. Quitaron a todos los cristianos los puestos que habían tenido con el gobierno pasado; si sentía que alguno tenía cuatro reales, le ponía un "lazo" con que los dejaba empeñándole en otros cuatro para verse libre. Quitó *in totum* las juntas y

congregaciones aunque fuesen a rezar y se dio en perseguirlos y decirles en buen romance que desocupasen la tierra y sus casas.

Cuando cayó la villa de Fo-gan en poder de los tártaros, se refugiaron en los montes algunos fugitivos del ejército imperial que pudieron escapar a duras penas de su cuchilla sangrienta. Todo andaba lleno de inquietud y creciendo cada día más. Se fueron huyendo muchas familias desesperadas a morir a esos montes, pues tuvieron por menos malo perder sus vidas y la de sus hijos entre las fieras que contra los hombres. En orden a perseguir a los soldados de Cristo no había parentesco que bastase a mediar; se llevaban padres con hijos por instigación del demonio que sacaba de ellos dos frutos importantes, la división uno y el destierro de nuestra Santa Fe otro. La circunstancia de hallarse en aquella dispersión muchos cristianos, obligó al P. García a compartir su desgracia, como un pastor amoroso, que no quiere abandonar a sus ovejas cuando al asaltar su redil el lobo hambriento huyen de su furor por todas partes. El padre fray Juan García hubo de buscar como guardarse porque aunque fuera gran consuelo en un hombre de edad, enfermo, que echaba sangre por la boca, cansado de tantos caminos y más cansado de ver que mudando todo, semblantes y fortuna, sólo persevera el tesón del odio de nuestros enemigos.

Tampoco en los montes había seguridad porque andaban los tártaros y los fugitivos del ejército imperial vagando entre poblados, con licencia, hambre, o libertad, para andar robando y saqueando las estancias más ocultas. Hizo el padre fray Juan una choza, legua y media de Ting-teu, de bastante capacidad con sus repartimientos distintos para hombres y mujeres. Allí se recogieron algunas familias donde, cuando había lugar, se les decía misa a aquella gente y a otros que vivían por allí cerca, y tenían ese como su mayor consuelo: confesando, comulgando y oyendo sermones -aunque este oficio lo hacía mejor el tiempo predicándoles paciencia y desengaños-. El día del Corpus del año 1649 concurrió mucha gente, hasta de muy lejos, a confesar y comulgar; lo hicieron con gran perfección por la circunstancia del día y de los trabajos en que se veían; comían aquel Sacratísimo bocado con el sudor de sus rostros bañados en mares de lágrimas que bajaban de sus ojos y, aunque parecían efectos de penas, venían a ser más desahogo que sentimiento. Acabado todo, fueronse a un tiempo los unos y recogidos los otros. Allá, al punto de la media noche los despertó un ruido muy grande y clamoroso por todas cuatro partes del camarín, era una compañía de bandoleros que se fingían tártaros para que huyese la gente y ellos entrasen a hacer su salto. Así sucedió, porque despertando todos a un tiempo lo primero que les ocurrió fue salvar la vida, dejaron sus camas, alhajas y vestidos, procuraron salir a lo ancho, donde cayendo en manos de los traidores pagaban el paso con muchos palos y heridas. Acometió a salir el padre fray Juan y, hallando tomada la puerta con muchos hombres armados, fue a salir por otra. Sin saber quien, vio que le tiraron de la ropa, desde dentro, con gran violencia, cosa que atribuyó a milagro, pues pocos salieron que no quedaran lastimados y con heridas peligrosas. Fue tentando porque no había luz, y halló un rincón donde estaba escondido un cristiano. Ambos estuvieron allí esperando hasta que, entendiendo los ladrones que no había quedado

persona, trajeron luz y entraron dentro a hacer su oficio; entonces el cristiano hizo por aquel rincón un agujero y por él se escaparon los dos y se metieron en el monte.

Los ladrones cargaron cuanto había, sin dejar más que la armazón del camarín; y alegres con su presa se fueron, dando lugar a que poco a poco volvieran los robados y a que pidiesen ayuda los malheridos, para curarse y curar a otros con unos trapos viejos. Así se les pasó la noche.

Internado el venerable misionero en un espeso matorral buscaba inútilmente en medio de la oscuridad una salida para alejarse de aquel sitio y buscar otro refugio más seguro. El padre fray Juan, como prudente y práctico en semejantes trabajos, había labrado una chozuela distantes del camarín media legua y allí tenía escondido el vino de misas, alguna ropa y bastimentos con un mozo de secreto que lo guardaba. Quiso Dios, que aunque a oscuras la encontrase, y mudaron ropa, porque la que traían estaba hecha una agua de lo que llovía, y ambos se acomodaron en una frezadilla que les vino muy ancha. Entonces se acordó del gran peligro en que se n de ser devorados por los tigres, que abundaban, por desgracia, en aquellos sitios solitarios y salvajes. Invitado en su terror por el cristiano a conjurar aquel peligro, subieron los dos a la alta y frondosa copa de un árbol de la montaña, allí pasaron la noche tristemente oyendo de tiempo en tiempo el rugido espantable de la fiera que resonaba a lo lejos, al trepar alguna roca, o al deslizarse, tal vez, por la cañada.

Cuando los primeros rayos de la aurora asomaron por la cumbre de la vecina montaña, abandonaron gustosos aquel lecho flotant, sacudido por los helados vientos del collado. Regresaron con a su despojado camarín que halló convertido en un hospital, lleno de llorosos entrapajados y, con el robo del bastimento, hambrientos. Enternecido el misionero a la vista de aquel cuadro doloroso se convirtió en caritativo médico; curó amorosamente a los heridos, consoló a los desgraciados y procuró alimentarlos con algunas provisiones que escaparon a la vista de aquellos terribles bandoleros. A todo acudió Dios por medio de la caridad del bendito Religioso; trájoles arroz que sacó de debajo de tierra; recogió hierbas y hojas que aplicó a las heridas; curado el estómago, fue fácil de curar lo demás, y quiso Dios que ninguno muriese.

Socorrió esta necesidad; pero temiendo el Ministro, tan acechado por famoso, que diesen con él en alguna cárcel cuando menos, trató de mudar tierra aunque con el sentimiento y lágrimas que se deja entender de todo aquel pedazo de cristiandad desterrada y perseguida. Dioles a entender como era aquello voluntad de Dios; dejolos encomendados a su Majestad y con esperanzas de que acudiría en la necesidad, dándoles santos y saludables documentos y su santa bendición dejó aquellos países. Allí ejerció su ministerio a favor de la oscuridad y de las sombras por espacio de cuatro meses; .al cabo de los cuales pudo gozar de algo más de libertad con motivo del indulto general que los tártaros otorgaron a los chinos una vez asegurada la conquista del imperio.

Consolidada la paz, era lógico pensar que los cristianos de Fo-kien habían de gozar los beneficios que a todos comprendía sin excepción; pero como los cristianos

habían sido muy adictos a su emperador legítimo y fieles constantemente a la bandera de la patria, los tártaros los miraban con alguna prevención y no les dispensaron jamás el amparo y protección que reclamaban contra las vejaciones y atropellos de una plebe supersticiosa y degradada. Por este concepto, se vieron muchos precisados a expatriarse para salvar su existencia de aquellos hombres sin Dios, sin moralidad y sin vergüenza. Los cristianos de Ting-teu se atrevieron, sin embargo, a construir un pequeño templo y su morada para el padre misionero. Esta noticia bastó para concitar el odio y la animadversión de los gentiles que los acusaron, en un libelo, de traidores al gobernador de aquel distrito. Cuando el gran magistrado se hizo cargo de la exageración de aquel libelo, se apoderó de las maderas que habían de servir en breve para la construcción de dichas fábricas, pretextando que las necesitaba para él y para las obras indispensables del estado y que pagaría escrupulosamente; lo que no cumplió aquel tirano.

Se apaciguaron las pasadas borrascas, y fueron componiéndose las cosas con el perdón general que mandó publicar el Emperador en todos los Reinos de China y que se hizo notorio en toda la provincia de Fokien; volvieron los chinas descarriados a sus propios lugares, y los cristianos hallaron mejor cuartel dejándolos cumplir con los preceptos de nuestra Santa Ley. Desengañados los mandarines tártaros de que es muy ajeno de la ley de Cristo maquinar contra las potestades temporales, ni resistirles y -ellos sólo en esto son escrupulosos- en lo demás no hacen reparo de consideración. Y sobre aviso de la pasión con que obran nuestros enemigos, el padre Fr. Juan García sacó la cara y consolole Dios bien presto con el socorro que le envió.

### **De otros buenos cristianos que murieron en este tiempo en nuestras cristiandades de China**

Entre muchos buenos cristianos que teníamos en estos años en las cristiandades de China vivía en Fo-gan una venerable anciana, por nombre Ana, de más de setenta años de edad y que sólo hacía cuatro que había recibido el sagrado bautismo. Era tan perfecta y atenta en guardar la Ley de Dios como si desde niña se hubiera criado con tan santa doctrina y la hubiera mamado en la leche. Estaba casada y su marido, aún más viejo que ella, se bautizó también allí hacía algún tiempo por las persuasiones de su mujer y llamose en el bautismo Agustín. En el poco tiempo que sobrevivieron al bautismo dieron buen ejemplo a toda aquella Iglesia; acudían con gran puntualidad a misas y sermones, siempre que los había, y eran ejercitados en obras de virtud, amor de Dios y del prójimo, según se lo predicaba el padre ministro y les inspiraba aquel Señor que los había llamado a su viña. Sucedió que, hallándose inquietos entre las confusiones de Fo-gan, viendo que cada día crecía más el trabajo y se iba enflaqueciendo la esperanza de mejorar la ciudad, determinaran dejarla e irse a vivir a un pueblo a ocho leguas de allí llamado Jukiang, donde tenían parientes. Allí pensaban acabar lo poco que les quedaba de vida con algún sosiego, libres de tantas incomodidades y sustos, e hicieron su asiento en el dicho lugar. Al poco tiempo le llegó a Ana la muerte que fue la prueba del buen espíritu en que se habían reengendrado los dos casados por la gracia del santo bautismo. En la mujer, porque cogiéndole de repente el accidente y, ya cansada del peso de tantos años, desahuciada a las primeras vistas por los médicos que allí había y aún

sentenciándola por breves días, con toda confianza cristiana dijo que, aunque era así que estaba con tanto peligro no se había de morir sin confesión, que le buscasen al padre. No había quedado más que el padre Fr. Juan García y no se sabía de cierto donde estaba; no obstante, el buen Agustín se puso con todos sus años en camino para traer al religioso, porque sus hijos se le excusaron. Fue primero a Mo-yang donde le dijeron que estaba - hay una jornada de camino-; no hallándole allí pasó en otra jornada a Ting-teu, y sucediole lo mismo; bajó a Fo-gan donde tampoco lo encontró.

Hechas estas diligencias, como estaba con el sentido del peligro de su mujer y no quisiera que se le muriera estando ausente, no se atrevió a detenerse más. Volvió muy disgustado y triste viendo la mala razón que traía, y halló a su mujer no más de viva, de esa vida sólo con la racionalidad, porque de todo lo sensible se había ya despedido en cuanto a comer, beber y dormir. Apretole más el mal e insistió en que le buscasen al padre. porque había de morir como cristiana y recibir los santos sacramentos. Viendo Agustín su instancia no se atrevió a dejarla, lo que hizo fue despachar carta con un mensajero pagado. Buscó al Padre fray Juan y, hallado éste y tuvo conocimiento del requerimiento, acudió y halló a la enferma en las últimas luchas, ya que hacía más de ocho días que no comía, ni bebía cosa alguna. Tuvo alientos para confesarse y que, como testificó el dicho padre después de haber muerto Ana y declaró para gloria de Dios, no había perdido la gracia bautismal. Se detuvo para absolverla y esperar un dojico que sabía la lengua materna para que procediesen a la absolución -actos del mayor conocimiento de Dios-, le explicara los diez Mandamientos y diera especies para mejor satisfacción y disposición en aquella hora. Apartose el dicho padre a un aposento y allí dice que le dio un golpe diciéndole: que supuesto que la enferma había hecho su confesión entera, conforme a las leyes de cristiana y al Catecismo, sería mejor absolverla por el gran peligro en que estaba. Volvió allá y, haciéndole repetir la confesión, el dolor de sus pecados con mucha humildad y pedir perdón a Dios, la absolvió tan apunto que, llegando en breve el dojico la halló que había perdido la habla, aunque tenía conocimiento de lo que se le decía. No pudo recibir el Viático por no haber orden de decir misa y carecer hasta de una gota de agua, con que le dio advertencias para que lo recibiese espiritualmente. Diole la Extremaunción y, a cosa de una hora de haber llegado el religioso, estando encomendándole el alma, se la dio a Dios. Milagroso fue que conservó la vida de aquella su sierva, para que fuese consolada y defendida con aquellos divinos sacramentos, pues sin duda, no esperaba otra cosa para salir de este mundo.

Agustín vivió otros tres años, y si fue admirable y preciosa delante de Dios y de los hombres la muerte de la mujer, no lo fue menos la suya, ni sus disposiciones que para ella tuvo fueron menos piadosas. Quedose con hijos infieles y no había otro cristiano en aquel pueblo, con que por la oposición natural de religión fue muy perseguido y ejercitado por todos, fuera de su casa y dentro de su casa, en continuos argumentos y altercados con sus hijos, empeñados en hacerle prevaricar y él en no desengañarlos y predicarles. Viendo que predicaba en desierto, porque el demonio les había puesto en la imaginación que la doctrina y saludables consejos de su padre eran manía y vejez, y viéndolos incurables por aquel medio trató de recogerse y mirar por sí. Tenía su altar y oratorio con sus imágenes adornadas; allí se encerraba a rezar todos los

días un rosario entero y otras devociones, los días de fiestas rezaba tres, y para distinguirlos tenía un calendario que había pedido al padre ministro. Hacía su repartimiento de horas y, antes de entrar en ellas, como no tenía quien le ayudase a rezarlas sino muchos que le desayudasen, tocaba una campanilla, y lo mismo a las Avemarías y a las ánimas como si fuera iglesia de pueblo de cristianos. Con ello venía a ser despertador de sus hijos y demás infieles que acudían a burlarse de él, haciéndole materia de risa lo que debía de ser gran edificación. Si sabía que andaba por aquellos países algún padre lo iba a buscar para confesarse y recibir a Nuestro Señor con notable consuelo de su alma. Siempre que oía misa y la palabra de Dios le costaba gran trabajo el caminar, según los tiempos, y siempre no poca molestia por sus muchos años. Gastó los tres años de su viudez en estos santos ejercicios con gran admiración de los cristianos y confusión del padre ministro. Reconocía éste la fuerza de la gracia de Dios que, a un infiel nacido y criado en sus errores hasta la misma senectud, le hacía suave el yugo de la cruz de Cristo, cargándola con tanto empeño, celo y voluntad como contrario a su antigua costumbre. Diole la última enfermedad y, conociendo en sus pocas fuerzas que era mortal, llamó a sus hijos y les pidió con gran instancia le llamasen al padre fray Juan García que andaba por aquellos pueblos. Se quería confesar con él para morir como cristiano; pero ellos, como enemigos de Dios, no quisieron obedecerle; no sólo eso, sino que viendo que se les moría su padre trataron de hacer un sacrificio solemne a sus dioses pidiendo su salud. Reprendiolos con gran imperio, amenazándolos y echándoles su maldición si tal hacían, con que por no afligirlo más lo dejaron. Deparole Dios un viejo pobre, infiel y de buen natural que, por un tae que le dio se ofreció a buscar al padre fray Juan y traerlo; y así lo hizo. Agustín, teniéndole a su vista al padre, le hizo indecibles demostraciones de consuelo con que explicó su gran fe, y dio gracias al Señor por tan singular favor al enviarle su ángel y su apóstol para aquella tan peligrosa hora. ¡Se veía tan solo entre tantos enemigos visibles e invisibles! Sacó luego un papel que tenía debajo de la cabecera y se lo dio al padre Fr. Juan que leyéndolo, no sin lágrimas, vio que decía así:

*Nuestro Señor Jesucristo se hizo Hombre y padeció muerte y pasión por salvar nuestras almas, y yo Agustín Chin, protesto, que quiero morir debajo de la obediencia de su Santa Ley, que hasta aquí he seguido; y si acaso mis hijos infieles hicieren algún sacrificio al Demonio por mi; diciendo, que yo se lo he mandado, y dando a entender con eso que yo he dado las espaldas a Dios. Por esta escritura protesto, que es mi voluntad no dejar la Ley de Dios, que hasta aquí he seguido, sino morir en ella; y a esta escritura deben atender y no al dicho de mis malos hijos, a los cuales, si tal sacrificio hicieren por mí a los ídolos, para dar a entender que yo he venido en ello, mi maldición les alcance, como a hijos desobedientes a su padre.*

En esta escritura hay que ponderar no tanto la fe y sinceridad de este buen cristiano, sino las misericordias de Dios que así enseña sin maestro a los suyos a un acto tan católico. Se conoce que su Majestad bajó a fortificar esta alma y le fue dictando cuanto contenía el dicho papel. Verdaderamente, que habiendo tantos y tan perversos espíritus en China, éste tan católico era bastante a llenar de gozo no sólo a los ministros,

sino a los mismos ángeles, y a poner en olvido la justa tristeza que causa el descamino de tantas almas que por allí se pierden.

Hecho este acto tan de cristiano, y presentado el papel al padre para que le diera su aprobación, lo llenó de bendiciones. Confesó Agustín sus pecados con gran quietud y serenidad, siendo particular y general su confesión. Recibió por Viático el Sagrado Cuerpo de Cristo que lo tenía tan deseado, de allí a dos días la extremaunción, y al siguiente dio su alma a Dios con una más que natural quietud y con grandes señales de que el Señor que murió por él le tenía predestinado y escrito en el libro de su vida.

### **Prosiguen las cosas de China y nueva misión de religiosos que llegan a aquel Reino**

Sucediole una vez haberle llamado a una casa de campo trece cristianos de Fo-gan y determinó acudir a su consuelo. La mujer dueña de la casa era cristiana, llamada Inés; pero el marido era infiel. Aposentáronle en un cuarto bajo donde se juntaron todos menos Inés, y ella -por acompañar al marido- no quiso dejarlo. Predicó el padre fray Juan y se dio orden de que fuesen confesando para recibir a Nuestro Señor al día siguiente. Inés, sintiendo a su marido dormido, no pudo contenerse de bajar a gozar de los espirituales consuelos de las otras personas y bajó. Quiso la fortuna, o el demonio lo dispuso así, que despertase el marido echando de menos a su mujer. Entró en sospecha de lo que podía ser y, saltando colérico de la cama, bajó al oratorio dando grandes gritos. Acudieron las mujeres a cerrar la puerta con tiempo y a atrancarla fuertemente y, viendo el hombre que no le dejaban entrar, las maltrató a todas de palabra llamándolas embusteras y malas mujeres y al padre diciéndole mil libertades y afrentas. Pero pudiendo, como hombre que era y dueño de la casa, echar las puertas en el suelo, quiso Dios ponerle en mejor acuerdo y que no pasase a más que a amenazas. Gruñendo y regañando se volvió a subir, cogió su cama y su sueño con toda paz. Se prosiguió el piadoso ejercicio de las confesiones en que se gastó lo más de la noche y al amanecer les dijo misa el padre fray Juan y comulgó a las que estaban para ello. Túvoles después a todas una breve plática exhortándolas a la virtud de la paciencia por tantos trabajos como las cercaban en aquel tiempo; encargóles mucho el santo temor de Dios y el cuidado de gobernar sus acciones.

Salió de la casa dando gracias al Señor de que así había perfeccionado aquella buena obra en aquellas devotas y afligidas cristianas. Inés fue mujer de mucho temor de Dios y muy virtuosa y, por serlo tanto, le dio después el padre Fr. Juan el hábito de la Tercera Orden. Llevó con gran paciencia la cruz del marido, mal acondicionado e infiel y no cesó de predicarle se convirtiese a Dios sin perder las esperanzas de su remedio, en cuyo sermón y tema gastó continuos diecisiete años; después de ellos acudió su Majestad como padre piadoso y, tocando el duro pecho de este hombre con una de sus agudas saetas, le rindió su gran obstinación haciendo que pidiera y consiguiera el sagrado bautismo. A su ejemplo hicieron lo mismo los siete hijos varones que tenían; todos se bautizaron en un día con gran hacimiento de gracias que dio Dios a la madre que los parió segunda vez para Cristo, y con universal consuelo de todas aquellas cristiandades.

En medio de estas calamidades y trastornos, el P. García, que se hallaba solo en la misión, no cesaba de suplicar a la Provincia que le enviara algunos operarios para ayudarle a trabajar con celo ardiente en aquella viña predilecta del Señor.

Había llegado por entonces a Manila el célebre P. Morales. No se descuidaba este padre en hacer diligencias para volver a pasar a China, a su iglesia de Fo-gan, y llevarse de su lucida barcada que tanto le había costado algunos floridos renuevos que adelantasen la hermosura de aquellos espirituales jardines. Asociados a este apóstol de las gentes los PP. Fr. Manuel Rodríguez, Fr. Francisco Varo y Fr. Timoteo Bullilli, florentino de nación, que se llamó de San Antonino en la Provincia. No pudieron salir de esta capital a la brevedad que deseaban, y entre tanto, se constituyeron los nuevos operarios evangélicos en el hospital de San Gabriel para aprender prácticamente el idioma de los chinos que habíase de hablar en la misión. Vencidos los obstáculos que se oponían a su marcha, el día 10 de julio de 1649 se embarcaron en Manila y diéronse a la vela, con gran alegría y gozo espiritual, siete hermanos a ser gloriosos confesores de China y mártires de espíritu; cuatro de nuestra Orden, cuyo Prefecto era el padre fray Juan Bautista, y tres de N.P. San Francisco. Después de malos temporales y dos arribadas al fin dieron fondo en la ciudad y puerto de Am-hay, provincia de Fo-kien, después de veintiún días. Recibidos con política por el Gobernador de la provincia, consiguieron su permiso para ejercer en su distrito su elevado ministerio.

Las circunstancias políticas y las continuas revueltas del país no les permitieron trasladarse por lo pronto a la misión y hubieron de permanecer por algún tiempo en el puerto de Am-hay hasta que se fue despejando el horizonte y se calmó la actitud perturbadora de los pueblos.

Tardaron tres meses en juntarse todos en la villa y cristiandades de Fo-gan donde la especie angélica se conservaba en ese individuo que era el padre fray Juan García, Llegados allí tomaron su bendición dos días antes de Navidad de aquel año. Por tres Capítulos consecutivos y novísimamente por el del año antecedente de 1648 era Vicario Provincial de China, quedose reformado y súbdito del padre fray Juan Bautista lo que le quedó de vida que fueron todavía quince años.

Estando el padre fray Juan García escondido en el pueblo llamado Lo-kian el día veintitrés de septiembre, triste y lastimado como otro Jeremías; viéndose solo y perseguido, aunque eso venía a ser lo de menos; preocupado porque le era imposible acudir a tantas partes, muertos los compañeros y los buenos cristianos que le ayudaban; descarriadas aquellas pobres ovejas con tantos peligros de perderse, sin nuevas de Manila, ni esperanzas de mejor tiempo; todo era levantar los ojos al Cielo y a los montes de la Divina piedad esperando su auxilio. Estas tristezas, las lágrimas que vertía y los suspiros que daba eran su cotidiano alimento. De esta suerte, le había amanecido por muchos meses el Sol y de esta suerte le anohecía, siendo desconsuelo bastante a rendir vida más entera y no tan cansada. En el dicho día veintitrés acudió la misericordia de Dios con sus acostumbradas liberalidades, que sólo parece esperaba ver rendidos todos los discursos criados para confirmarse el título absoluto de Autor de todo lo

bueno, y estando así pensativo el Apostólico Ministro llegó a él un china caminante y le puso en las manos una carta de un cristiano de Ting-teu en que le decía que un padre forastero había llegado a aquel su pueblo, que distaba de Lo-kian una jornada. Decía, pues, la carta que en compañía de un mozo china llamado Gregorio López había llegado el dicho padre y le había enviado a pedir una embarcación para subir donde estaba el padre fray Juan. En medio de alguna confusión, no es fácilmente ponderable el consuelo que ocasionó semejante nueva a este santo religioso, dio muchas veces gracias a Dios besando una y mil veces la carta. No cabiéndole el gozo en el pecho salió al semblante con tales demostraciones exteriores que los chinas que allí estaban casi llegaron a escandalizarse y decir que había perdido el juicio. Disculpose con ellos y pidió a los cristianos presentes que le ayudasen a dar gracias al Señor, que después de tantas tinieblas y oscuridades había descubierto los rayos de su divina misericordia; no obstante, que ni sabía que religioso fuese aquel ni de qué Orden, aunque conocía bien a Gregorio. Estúvose así sobresaltado, repitiendo su acción de gracias y leyendo, y aún tomando de memoria la carta, esperando y despachando atalayas, siéndolo el mismo por aquellos campos con más inquietud que la madre de Tobías. Llegó la noche y nunca le llegó el sueño hasta que al medio de ella vio entrar por las puertas al padre fray Francisco Varo que, afrontando el peligro logró internarse en la montaña, se le arrojó a los pies a tomar su bendición; y así le recibió en los brazos como si la persona fuera un ángel enviado del Cielo. Hizo su oficio la caridad en uno y otro y, supuestas las demostraciones preámbulas en tan gran dicha, pasó el padre fray Francisco a darle cuenta de todo lo que dejamos referido, quiénes eran los religiosos, cómo habían llegado nuevas de Manila, noticias de los hermanos y de la nueva barcada con todos los sucesos de este otro mundo que cogían al Santo Ermitaño fray Juan García, no sólo deseoso sino hambriento de noticias. Con el cambio de las novedades de China, que no menos admiraron al padre fray Francisco, pasaron dulcemente lo restante de la noche. Halló al P. García muy enfermo y sin los recursos de la ciencia que reclamaba su estado verdaderamente peligroso; mas nada fue ya necesario; la sola presencia de un hermano y de un compañero tan celoso lo reanimó de tal manera que, sin medicamentos ni doctores, empezó a mejorar de su dolencia, llegando luego a restablecerse completamente por una especie de prodigio.

Aunque el resto de los padres estaban cerca, los alborotos y resultas de la guerra lo embarazaban todo. Habían transcurrido desde entonces algunos meses cuando llegó también a la misión el que pudiera decirse su patriarca, el antiguo organizador de aquella Iglesia, el primitivo pastor de aquella grey que, después de tantos años de peregrinaciones y fatigas en corroboración de su doctrina y de la pureza inmaculada propia del culto católico, volvía a ver otra vez a sus ovejas cargado con los tesoros de su ciencia y de su fe para reedificar el templo de Dios en la gran China. Hallose muy bien el padre fray Juan con el nuevo precursor al que trataba con notable respeto. Veía en su rostro la modestia y demás acciones, del que era un vivo retrato, del santo mártir fray Francisco de Capillas; aunque más mozo. Ya quiso el Señor que el día 23 de diciembre llegasen los compañeros con su Vicario Provincial fray Juan Bautista, díjose un, no tanto solemne cuanto alegre, *Te Deum laudamus*. Estando unidos nuevamente con recíprocos brazos y abrazos de verdadero amor, tuvieron el consuelo todos los cinco

para celebrar la fiesta del *Nacimiento del Señor*. Grande fue el gozo que tuvieron todos y máximo el de los dos amigos y compañeros antiguos, el padre fray Juan Bautista de Morales y el padre fray Juan García, que después de tantos trabajos se volvían a ver juntos en el mismo trato de su apostólico ministerio.

Era de ver y de admirar a los antiguos cristianos de Fo-gan que, siendo en su mayor parte hijos de la adopción santa por haberles reengendrado en Jesucristo aquel nuevo patriarca de Israel, venían de todas partes a celebrar su advenimiento y darle mil testimonios de su gratitud y de su amor. La relación de sus viajes y de sus grandes peripecias los extasiaba a todas horas, y no podían menos de alabar a Dios con toda su alma por haberlo salvado, finalmente, de tantos sustos y peligros.

El principal efecto que hizo la llegada de estos padres fue darle salud al padre fray Juan García, que milagrosamente la cobró como si no hubiera tenido mal alguno; aquí se vio claramente como las pasiones del alma imprimen sus calidades en el cuerpo, pues desde luego quedó robusto el del padre fray Juan sin arrojar más sangre y tan alentado que podía prestar fuerzas a los nuevos. Luego, que corrió la voz de la venida del padre fray Juan Bautista de Morales, se despoblaron de cristianos de todos aquellos lugares por venir a verle y tomar su bendición, llorando de gozo por tener presente a su antiguo padre y maestro después de más de once años que faltaba de aquellos países. Todos le abrazaban y besaban las manos, los hombres y mujeres contándole sus lástimas y los trabajos en que se veían y se habían visto. A lo que correspondía el padre fray Juan Bautista agradeciéndoles el favor que le hacían y significando como siempre los tuvo presentes en medio de sus peregrinaciones. Pasó luego a contárselas y cómo venía rico de gracias e indulgencias del Sumo Pontífice. Les manifestó la alegría que había mostrado su Santidad en varias audiencias que le dio, cuando le habló de sus fieles de estos reinos y de la constancia que tenían en el bautismo que una vez recibieron. Por lo cual, su Santidad desde su santa silla le echó la bendición para que les alcanzase la de Dios a la hora de la muerte. Aunque ya supo estando en España como había muerto y le había sucedido otro, que se llamaba Inocencio Décimo y era el 138 después de la venida de Cristo Nuestro Señor al mundo. Con estas y otras noticias daban todos alabanzas a Dios, reconociendo su divina piedad, el que por tantos trabajos les enviase pastores para que los alumbrasen en el verdadero camino de su salvación.

Será razón poner aquí la relación, que de esta parte hace el padre fray Vitorio Ricio. Dice así:

*Considerando los cristianos el gran daño que se le seguía a la nueva nave de la Iglesia de China con tan repetidas tormentas y para evitar el triste naufragio que amenazaba, solicitaron con muchas veras favores seculares de los magnates de este reino. Y no saliendo vanas las diligencias, sacaron un cartel de un grande en favor de nuestra santa ley, el cual imprimieron en Fo-gan. Le fijaron en todas las partes públicas y en los pueblos circunvecinos, con lo cual cesó totalmente la persecución, y pudieron salir en público los religiosos a predicar la Ley Evangélica -como de antes- administrar sacramentos, levantar iglesias y vivir sin recelos ni temores del paganismo. Con esta paz tan deseada y*

*procurada de aquella afligida Iglesia, no es ponderable el fruto que se siguió: perfeccionábanse los buenos, enfervorizábanse los tibios, levantábanse los caídos y aún resucitaban los muertos; pues muchos, que por temor habían apostatado de la fe, se restituían a su primera y espiritual vida. Dejo -dice el dicho padre- por no causar prolijidad el referir innumerables casos raros y notables en que se conoció la inmensa piedad, la providencia de Dios y la fuerza de la eterna predestinación. Por escritos y no imaginados caminos los atraía fuerte y suavemente a la participación de aquella preciosa sangre de Crist, Nuestro Redentor. Con esta participación impensadamente hallaban el remedio de sus almas, ya expirando al instante que habían conseguido el recibir los santos sacramentos, o ya mudándose los tiempos para dar paso o detener a los ministros, yendo a cumplir su obligación con lances de circunstancias maravillosas y extrañas. Cuatro Iglesias se levantaron en este tiempo, dos en Fo-gan, una en Ting-teu y otra en Mo-yang. Los cristianos fieles y fervorosos -dejada toda cobardía- acudían a ellas con publicidad a ejercicios santos y a otros oficios divinos (especialmente al incruento sacrificio de la misa) con tan gran devoción y reverencia que pudieran causar confusión a muchos de nuestra Europa. La frecuencia de los sacramentos grande, la oración casi continua (ya mental, ya vocalmente extraordinaria) y no contentos de oraciones y rosarios que se rezaban en la iglesia de comunidad y a coros, repetían muchos en sus casas, con lo que fue tal la reformación de aquella comunidad que era singular dechado y vivo ejemplar para todas las demás de este Imperio. A este activo ejemplo se siguió la conversión de un gran número de infieles que, atraídos del suave olor de tanto bueno como veían en los cristianos, se redujeron a nuestra Santa Fe. Desde este año del cuarenta y dos hasta el de cuarenta y siete (en que llegó a Fo-gan la general subversión del imperio de China por la potencia del Tártaro) perseveró constante el lustre de aquella cristiandad. Y en este tiempo se hicieron los mejores cristianos y de más calidad. Muchos tiraron, muy de veras, del servicio de Dios y bien de sus almas con notable perfección, no sólo observando los preceptos y leyes, que de necesidad obligaban a todos los fieles, sino muchos consejos evangélicos y obras. Muchos vistieron el sagrado hábito de nuestra Tercera Orden y no pocas doncellas consagraron su virtud a las leyes de inviolable pureza para seguir santamente la de su esposo Cristo. No contentos los fieles de ambos sexos de atender a la propia conservación de su profesión cristiana se hacían predicadores de la ley de Cristo, trayendo, por este medio, gran número de infieles al yugo de nuestra Santa Madre Iglesia.*

*Donde había iglesias se fundaba Hermandad de Misericordia. Poníase un cepo donde se recogían las limosnas de devotos y una tinaja para el arroz que traían. A sus tiempos se distribuía en pobres, en ornamentos para el culto divino, cera, aceite y otros gastos en fiestas ordinarias y extraordinarias que se celebraban con toda pompa y ostentación.*

*Lo que más llevó la admiración de todos en estos tiempos, especialmente de los religiosos, fue una singularísima cristiana, pobre de condición y tan humilde*

*que había sido esclava. Ya libre, casada con un pobre labrador, llamábase Catalina Sabzo y era natural de la villa de Ting-teu. Hacía tres años que había purificado su alma en las sagradas aguas del bautismo cuando, por el año cuarenta y dos, ya comenzó a hallarse favorecida del Señor con extraña familiaridad de luces, visiones, éxtasis y arrobos continuados. Era materia muy peligrosa en mujer neófita y de no tan acreditada calidad; pero los testimonios de su verdad eran grandes, fundados en ser persona sencilla y desde que se bautizó descubrió mucho fervor y devoción en el servicio de Nuestro Señor y pureza de su conciencia a deseo de su alma. De aquí (que es la primera piedra de la virtud) se halló haberla levantado su Majestad con muchos grados de perfección al conocimiento de sus secretos. Y del fuego que en su pecho ardía se le engendraron pensamientos de emprender el mismo fuego en los pechos de los próximos. Así, trabajaba sin descanso en dar noticia a los infieles de la Ley Evangélica, enseñándoles sus santos artículos, con lo cual atraía a muchos a la fe y a recibir el sagrado bautismo. Era singular en la obediencia y rendimiento, no sólo a los religiosos y a los demás cristianos sino, a toda humana criatura por reverencia de Dios, servicio de su Majestad y bien de sus prójimos, y en oír con humildad la palabra de Dios, no sólo por la boca del sacerdote sino de otro cualquiera. Era tanto el gusto que sentía, que, según afirmó muchas veces, no tenía en esta vida otro mayor. Asentando estas premisas, pasó de aquí a cosas mayores y de mayor admiración.*

*Obligada por estrecha obediencia declaró que: estando oyendo misa veía en la Sagrada Hostia -muchas veces- un hermosísimo Niño, que la Virgen Santísima -Nuestra Señora- con su Santísimo Hijo en los brazos se le aparecía y que un ángel solía ayudarla en sus trabajos corporales y hallar hechas las obras de su obligación -especialmente moliendo arroz en un molino de mano- de suerte que sin hacer ella fuerza, se revolvía siendo trabajo fuerte. Este trabajo fue cosa que también notaron otros cristianos. A veces se le aparecía el demonio en figura fea y le echaba de su presencia con hacer la señal de la cruz y después escupirle. Cuando Dios le ponía en su vida contemplación quedaba inmóvil y yerta como una estatua de metal, sin ser posible que el impulso unido de muchas personas la pudiese mover, ni aún los dedos de las manos, de que se hicieron bastantes experiencias. Pero a la voz del ministro volvía sin dificultad; no sólo a su voz sino a un recado que le enviaba estando ausente, y a veces sólo con un acto mental de imperio del entendimiento (cosa que causaba mayor admiración). Cuando volvía de estos arrobos era con los ojos llenos de lágrimas, con gran golpe de suspiros y ansias; mayormente, cuando salía de meditar la pasión de Nuestro Señor en algún paso, donde parecía que de dolor y sentimiento se le hacía pedazos el corazón. En los efectos que dejaban en ella estas ilustraciones (que es el principio posteriorístico de esta Mística Teología) se daba a entender que era favorecida del Señor con verdad, porque quedaba con mayor desprecio de sí misma y llena de notable confusión y desengaño de su miseria y cortedad. Sabía también delicados puntos, que excedían con mucho su natural rudeza y a la humilde esfera*

*de su capacidad, enseñados de la maestra y madre de la gracia MARIA Santísima. Repetía las lecciones que le había dado, diciendo que le mandaba la Virgen fuese muy obediente a su ministro, pastor y confesor que le tenía puesto su Santísimo Hijo en su lugar. Y Catalina lo practicaba con gran cuidado y ejemplo. Refirió al dicho padre que la ministraba y gobernaba su conciencia que, habiendo de comulgar el día de la Asunción de Nuestra Señora, apenas le puso el sacerdote la forma sobre la lengua cuando -sin diligencia suya- se le pasó al pecho que quedó con singularísimo consuelo y gozo espiritual. Sujeto fue éste que dio no poco en que entender a los ministros, formando sobre esto disputas y conclusiones sin saber que determinar de semejante espíritu, aunque la piedad con sus justos recatos se hizo dueño de la opinión más válida.*

*Lo que en esto se puede decir es que Dios se sirvió de esta mujer para instrumento de cosas grandes en orden a su santísima fe. Y para ello referiré brevemente lo que obró el Señor por este medio en aquella nueva iglesia.*

*Había costado mucho trabajo a los ministros el predicar el santo Evangelio en el pueblo de Mo-yang. Algunos hombres se reducían; pero casi todos apostataban, y las mujeres se resistían -notablemente a la verdad- tercas y nada afectas a la Ley de Dios. Dios, apiadado de aquellas almas que tenían su remedio tan a la vista y le despreciaban, puso en el corazón del padre fray Juan García, Vicario Provincial entonces, que enviase a la dicha Catalina a Mo-yang, para que mediante Dios se probase si por su medio podían ablandarse aquellas piedras; especialmente las mujeres que, al fin como de un mismo sexo, la esperarían con más satisfacción, tanto por la simpatía cuando por la dificultad que hay en China de que hablen los hombres, aunque sean de mejor fama, con las mujeres y así se lo mandó.*

*Llegó la dicha Catalina Sanzo a Mo-yang a primeros de diciembre del año de mil seiscientos cuarenta y dos; la recibieron con gran aplauso, mas fundado en la fama que había llegado allá de lo raro de su vida que del afecto que tuviesen a nuestra Santa Fe. Entró la nueva apóstola, persuadiéndolas con tanto espíritu y tan gran fervor que en breves días redujo a los apóstatas, fortaleció los flacos y trajo al conocimiento de la verdad a un gran número de almas engañadas; especialmente de mujeres que pidieron las sagradas aguas del bautismo y fueron después muy perfectas y fieles cristianas. Quitoles a todas, con vivos ejemplos y razones, el empacho y cortedad de ver y hablar al ministro de Dios. De suerte que, en adelante, le comunicaban con toda llaneza cuanto conducía al mayor conocimiento de Dios y bien de sus almas. Acabó el que dejando sus casas viniesen a la iglesia (cosa nunca vista en este reino) para asistir al santo sacrificio de la misa, oír la palabra de Dios y rezar; y aún fue menester moderar esto último, por parecer demasiado, pues consumían en ello muchas horas del día. Y como las más que entonces se bautizaban eran señoras y personas desocupadas, se estaban lo más del día con dicha Catalina o en la Iglesia, o en la oración, u oyendo la doctrina tal alta que les enseñaba. Les*

*explicabas los misterios de nuestra Santa Fe, adornándolos con persuasiva viveza y erudición. Con lo cual, todo era oír alabanzas de Dios y ver obras de virtud que edificaban a un tiempo edificado y admirado todo aquel pueblo.*

*Pasó la voz de las virtudes de Catalina a la villa de Fo-gan y, con muchas instancias, pidieron los cristianos al padre Vicario Provincial quisiese enviársela allá por algunos días. Otorgósele el padre y, enviando por ella, la despachó a la dicha villa, donde no quedó persona que no la fuese a ver y oír las altas doctrinas que Dios ponía en su boca. Fue de tanta utilidad que de contado se vio una reformación universal en las costumbres y se adelantó tanto grandemente el fervor de aquella cristiandad, haciendo en esta tierra los mismos efectos que en las otras. Atendieron sus arrobos en la forma arriba dicha, sus éxtasis, su mucha oración. Observaron su fervor, su obediencia y humildad; concibieron altamente de las cosas de Dios y de su Santa Fe. Confundíanse también con ella los letrados, pues veían cuanto más había predicado una pobrecilla con la simplicidad cristiana que ellos con sus libros y sus estudios. Finalmente, confirmados todos en una sola fe y admirados de las divinas obras e inefables secretos de la mano de Dios, se volvió después de quince días a la villa de Moyang donde le estaban esperando como ángel del Cielo y madre de aquella cristiandad.*

*Pasó su vida esta rara heroína en la forma referida hasta el año de mil seiscientos cuarenta y cuatro, en el cual, el padre Vicario Provincial entrando no sólo en sospecha de ilusión, cuanto en prudente temor de que no le armase el Demonio algún lazo de vanidad y se cayese la obra hasta allí de tanta edificación al servicio de Dios, la hizo recoger y tomar derrota segura de silencio recogimiento en su casa. Allí, mandole se retirase a tratar sólo de sí, y era de su parte excusase explicaciones en aquellos efectos extáticos (si es que esto está en manos de los que con verdad los padecen). Pero al fin le puso obediencia, para que se retirase de todo el aplauso humano siguiendo las líneas ordinarias de los demás cristianos con humildad y temor de Dios. Con la misma facilidad obedeció la buena mujer, que fue nueva con formación de su buen espíritu, sin alegar derechos del servicio de Dios y utilidad suya. Y como si tal gracia de mover almas no hubiera pasado por ella se metió en su rincón. Dícese que en este estado aflojó mucho las riendas de la oración y ejercicios espirituales con que la tacharon de perezosa y tibia. El Señor sabe lo que pasaría en los recogimientos de su casa, que Judith, con todas sus galas no perdió el hilo de su oración, ni Esther con su imperial corona. Estos son juicios privativos de la sabiduría de Dios.*

*Esta mujer, cuando su Majestad le mandó por sus ministros que le sirviese en traer a la fe tantas almas, lo hizo y cuando le mandó retirarse obedeció. Y en este último estado, sin verse en ella aquellos antiguos prodigios, acabó su vida como buena cristiana; porque dos meses antes de morir se confesó, generalmente, con el padre fray Juan Bautista de Morales, que depone haberlo hecho con*

*grandes lágrimas y temor de Dios. Esto es lo más notable que en este tiempo nos pasaba en China.*

### **Prosigue la historia de China y de los testimonios de nuestra Santa Fe, que quiso darle el Señor en aquel Imperio, en estos tiempos**

Lo que tenían de más perfectos los nuevos era traer, desde luego de provecho, sabida la lengua. Los dividió más presto porque, estando tan vecina la *Pascua de Navidad*, fue necesario repartirse en diversos lugares para decir misa, confesar y comulgar a los fieles. Comenzaron la primera obligación con que Dios los había llevado allí, dejando mayor comunicación al tiempo.

Los Pp. franciscanos se quedaron por más tiempo en Am-hay asistiendo a los cristianos procedentes de Macao que habitaban en el puerto.

Los cinco valerosos misioneros, aunque cargaban buena parte de los trabajos de la cristiandad y de las molestias que hacía el demonio más pesadas con el alboroto de la guerra, cada día iban cobrando nuevo ánimo y le iban sacando más despojo al fuerte armado con nuevas almas que traían al rebaño del Buen Pastor.

Los nuevos misioneros de Fo-gan empezaron a ejercer el ministerio apostólico a principios de 1650, a pesar de las dificultades y contradicciones que se atravesaban a cada paso en su camino por la mala voluntad de los idólatras. Señalada ya la esfera de su ministerio respectivo, fueron destinados tres a la residencia apostólica de Lo-kin donde libaron bien pronto el cáliz de la amargura. Como quiera que sus obras y los frutos abundosos de su celo no podían estar ocultos al ojo avizor y suspicaz de los paganos, compusieron un anónimo lleno de abominaciones e imposturas contra nuestra sagrada religión y sus ministros, y fijaron en los lugares más públicos un pasquín escandaloso donde <<decían, entre otras cosas, que en Lo-kin había tres ladrones, perros extranjeros que habían venido a destruir la tierra y que era indispensable fuesen aprehendidos y severamente castigados.>> Sabedor el mandarín de aquel anónimo, trató de prender sobre la marcha a los tres misioneros aludidos sin oír siquiera sus descargos; pero su teniente, más sensato y con más sabio consejo, le disuadió de esta forma: <<¡Que ya en otro tiempo se habían practicado extraordinarias diligencias para extinguir en el imperio la religión que dichos extranjeros publicaban y que era precisamente el objeto del anónimo; pero que todo había sido en vano por la constancia de éstos, a quienes no intimidaban los tormentos, ni los destierros, ni la muerte; y que no creyese, en fin, que fuesen ladrones los que decía estar en Lo-kin; pues la virtud y la vida sobrehumana que observaban demostraba lo contrario!.>>

Tan cuerdas observaciones hicieron desistir al mandarín de llevar a efecto la prisión de los Pp. misioneros, lo que irritó de manera a los infames autores del anónimo que juraron expelerlos del distrito a mano armada. Pero, como quiera que esta resolución escandalosa pudiera comprometerles altamente con la autoridad de la provincia, los ancianos de la plebe disuadieron a las turbas de tan mala inspiración y se ofrecieron a conseguir de los Pp. misioneros que se fuesen ellos mismos de su buena voluntad, sin necesidad de recurrir a la violencia. Después de estos precedentes,

nuestros santos misioneros hubieron de ausentarse por entonces de aquel pueblo revoltoso, que había de ser con el tiempo el modelo más perfecto de aquella floreciente cristiandad; pero que aún no era llamado el redil de Jesucristo.

Entre tanto era preciso publicar y obedecer el decreto de la sagrada Congregación sobre los ritos, y el P. Morales, investido de la conveniente facultad para su publicación y obediencia en las misiones de China, escribió al P. Manuel Díaz, Vicario Provincial de los Pp. portugueses, remitiéndole una copia autorizada de los despachos obtenidos y recibiendo sobre el caso una contestación sumisa y reverente que nada dejaba que pedir en la materia. <<Recibimos el pliego de la sagrada Congregación de propaganda fide, le decía, y lo pusimos sobre nuestras cabezas como hijos obedientes de la Santa Iglesia; y éste V.R. cierto que, en todo cuanto pudiéramos, obedeceremos siempre a todo lo que nos mande la Sede Apostólica..>> Con esta contestación acompañaba algunos libros que nuestros misioneros deseaban, manifestándoles en todo el afecto más cordial.

Bajo tan buenos auspicios se habían persuadido nuestros religiosos que iban a consolidarse para siempre la fraternidad y la armonía con aquellos apreciables misioneros, zanjados ya y definidos los puntos más principales de las anteriores controversias; pero el éxito mostró que no todos los ministros de aquel célebre instituto estaban animados de los mismos sentimientos que su venerable Superior. Pronto se dejó sentir en su misión la oposición remarcable de algunos más preocupados que trataron de embrollar la materia de los ríos con nuevas cavilaciones, trabajando siempre la paciencia e ingenio de los que no pensaban como ellos.

El haber quedado estos chinos tributarios al tártaro con los impuestos y donativos, les ha venido a quitar la libertad dejándolos de peor condición que de esclavos; está tan lejos de tenerlos quietos que, habiéndoles costado esto millares y millones de vidas, ha sido imposible conquistarles la libertad y la fidelidad, siendo mal fin tiranizados y desposeídos con violencia de su natural gobierno y Emperador. Al fin, violentos, no dejan piedra que no mueven por ver si pueden sacudir de sus cuellos tan pesado yugo; aunque nunca les falta el buen deseo, les falta el ánimo, la disposición y consideración necesaria. Y estando los tártaros sobre aviso, al menor movimientos son sorprendidos y lo pagan de contado. En conformidad con esto, en este tiempo se trataba un gran levantamiento en el territorio de Fo-gan y en Ting-teu, pueblo de los pequeños y ahora de pensamientos altos. Se formó la principal plática y se fue transmitiendo ocultamente por aquellos vecinos pueblos. Hízose un cabo que daba sus órdenes y puestos de capitanes y oficiales; cada uno de ellos tenía apercibidas armas y compañías disponiendo de todo en su fantasía: sin dineros, ni bastimentos, ni municiones, sólo por una compendiosa de cuentas alegres. Ya se había señalado el plazo de tal día para la general sublevación con voz de libertad y de restituirse a su Emperador Yunglie. Duró más de un año el concertar el juego, y no fue poco para ser entre tantos y en cosa tan difícil de disimular. Fueron sentidos del tártaro, por espías que tenían donde querían, y dando sobre la liga cogieron los que pudieron y los castigaron cruelmente, siendo ocasión de que los dichosos huyesen y se escapasen; aunque a costa de un penoso

destierro. Entre los capitanes nombrados fue un cristiano de Ting-teu llamado Esteban, que según lo fácil que le pintaban el asunto le parecía que había de llegar a ser Virrey. Alcanzaron a saber los religiosos y, llamándole con tiempo, procuraron disuadirle de semejante quimera que era lo menos que tenía de monstruo, lo más venía a ser los efectos que habían de seguirse de sangre y muertes por ser el dicho capitán cristiano y que pagaría su pecado toda la cristiandad. Tanto le apretaron que viniéndose a confesar el día de san Esteban, que era la víspera del dicho alzamiento, le negó el padre fray Juan García la absolución. Con que entrando en mejor acuerdo descompuso su compañía y, despedidos oficiales y soldados, volvió a la iglesia donde recibió los divinos sacramentos y entonces se huyó del dicho lugar por haberse descubierto la trama.

Después de este despojo escandaloso de la guerra se dio permiso a los cristianos para que pudiesen proseguir y terminar los edificios comenzados. El año de 1651 se acabó, al fin, y se bendijo aquel precioso templo de Dios vivo, el más hermoso y elegante de cuantos se habían construido hasta entonces en aquella misión. Por lo mismo se celebró esta ceremonia con la mayor pompa y regocijo por parte de los cristianos que ya empezaban a respirar con alguna más libertad y desahogo, después de tantas persecuciones, amarguras y trabajos. No habían apurado hasta las últimas heces el cáliz de su dolor, cuando fue necesario asistir al incendio horroroso de aquel templo, que era la niña de sus ojos, y fue entregado a las llamas por las huestes fugitivas de Yun-glie. No se comprendió el motivo de este impío desacato, cuando aquel Emperador se había mostrado tan afecto a la religión de Jesucristo.

Tuvo en este tiempo la dicha cristiandad un china famoso, llamado Bernardo, hijo espiritual del misionero jesuita de China el padre Julio Aleni. A la muerte de éste, y viéndose huérfano, se vino a Fo-gan con los padres con los que estuvo colaborando en su trabajo durante muchos años.

Continuaban los piratas chinas visitando aquellas costas y ríos de Fo-gan y, en particular, menudeaba su codicia los saqueos de Ting-teu; aunque ya la gente vivía sin alhajas y con gran cuidado sólo con aquello que podían cargar se entendían para, cuando viniese el enemigo, acudir ligeros a la fuga y si no fuera por las prisiones de las tierras de labor hubieran desmantelado de una vez el pueblo. Con el mismo cuidado vivían los religiosos dejando siempre en custodia al sobredicho Bernardo que, aunque quedaba temeroso y esperando por instantes la muerte, como ya el ministro lo conocía, se lo mandaba por "obediencia" y con eso lo dejaba quieto y satisfecho. Sucedió una vez haberse despedido del padre fray Juan García con más humildad y rendimiento que otras diciendo que le daba el corazón que no le había de ver más. Alentole el padre desvaneciendo sus sospechas y él quedó en su ocupación.

Subieron el por el río de Fo-gan más de ochenta embarcaciones piratas, saquearon el pueblo de Lo-kin y subieron a Ting-teu. En la iglesia se encontraban el padre fray Manuel Rodríguez y Bernardo. El padre Manuel logró huir pero Bernardo, que era viejo, fue detenido en su huida y murió de un catanazo que le segó la cabeza.

Poco después sucedió la muerte del V. P. Fr. Manuel Rodríguez. Murió después de la media noche el once de julio de mil seiscientos cincuenta y tres.

Los cuatro religiosos, que se habían hallado en la enfermedad de su hermano, le hicieron al día siguiente el oficio de la sepultura con su misa de cuerpo presente, y lo enterraron fuera del pueblo en un lugar bendito donde yacían otros cuerpos de cristianos.

### **De la Junta intermedia y labor de la nueva misión**

Se celebró Junta el año cincuenta y cuatro en el convento de Santo Domingo de Manila.

El Provincial que era el padre fray Pedro de Ledo, viendo que desde el año treinta y siete no habían salido ministros para Japón decide hacer una nueva misión y determina ir el mismo como Prelado. Los padres acompañantes de la misión iban a ser: el padre fray Raimundo del Valle, el padre fray Pedro de Ansa, ministro antiguo de Cagayán, y el padre fray Antonio de Barrios.

Preparado todo, no fue posible la misión a Japón y se trocó por la de China. Salieron de allí hacia China los siguientes misioneros: fray Raimundo del Valle, del convento de Ronda; el padre fray Victorio Riccio, natural de Florencia; el padre fray Domingo Coronado, del Obispado de Cuenca; fray Diego Rodríguez, natural de México; fray Gregorio López, Obispo y primer sacerdote chino.

Llegaron estos religiosos con viento próspero a Hiamuen a primeros de julio de este año de 1655. Saltaron en tierra acompañados de soldados cristianos, con lo cual nadie les embarazó la salida. Llegó muy enfermo el padre fray Victorio Riccio que había estado por dos años enteros en Filipinas donde le dieron el viático para morir; aunque se alentó con la elección que se hizo en su persona para esta misión. Los trabajos de la navegación le hicieron caer tanto que, al comenzar a andar por tierra, se desmayó entre los brazos de los compañeros. Trayendo con brevedad una silla de manos lo metieron en ella y lo llevaron a la casa de un cristiano. Hiciéronsele algunos remedios y el principal fue encomendarle su alma, temiendo que se les moría: pero decidió el Señor mejorarle por haber dispuesto labrar de su obediencia un perfecto misionero y ministro.

Fray Victorio llevaba orden del Padre Provincial para residir en Hiamuen porque, siendo puerto de tanto comercio y el primero de China por estas partes del sur, pareció conveniente que hubiera en él religioso y se fundase cristiandad que sirviera de escala para acomodar mejor la correspondencia de las misiones con Manila. Dejándole mejor y fuera de peligro se embarcaron los demás religiosos a los ocho días de llegados, para el partido de Fogan. Fue una despedida, no sin lágrimas de una y otra parte, esperando en Dios que había de consolarlos a todos en su santo servicio y facilitar la comunicación por estar todos en una misma tierra firme. Llegaron a los partidos de Fogan a últimos del mes de julio donde recibidos de los antiguos cristianos con la alegría y consuelo

espiritual que se deja entender. Acudieron a los oficios los cristianos de aquellos pueblos con gran acción de gracias que todos dieron a Dios.

Llevaban entre otros despachos la aceptación de la renuncia de oficio de Vicario Provincial que había hecho el padre fray Juan Bautista de Morales por estar ya viejo y pedir aquel cargo menos años, no tanto en el gobierno de los religiosos que por la misericordias de Dios cada uno es ley y prelado de sí mismo, sino en cuanto por el gobierno común de las cristiandades y disposición de los ministerios en que hay mucho que hacer. Venía nombrado de la Junta de Manila el padre fray Juan García. Así comenzó a usar el Oficio con la perfección de otras veces y ahora con mayores alientos por verse ya Superior de ocho religiosos, el que no hacía muchos años que se había visto tan solo y triste, conservándose la especie Angélica de la misión en un individuo y ese bien espiritual y enfermo.

Fue un golpe sensible para la comunidad la muerte de uno de los ocho religiosos que teníamos por estos campos en la China del V.P. fray Diego Rodríguez que sucedió por el mes de julio de 1656.

Por octubre de este año de 1656 pasaron a la provincia de Chekian los Pp. fray Juan Bautista de Morales y fray Domingo Coronado. Era una misión muchas veces deseada de los religiosos por saber que la gente de aquella tierra era sencilla, de buen natural y en quien prometía lograrse el trabajo. Aunque lo intentaron varias veces, jamás hasta esta ocasión se pudo conseguir, ya por falta de religiosos, ya por abundancia de guerras y otros inconvenientes; mas ahora todos se vencieron y por orden del padre Vicario Provincial fray Juan García hicieron los dichos padres esa difícil jornada y por los tiempos más incómodos del año.

La evangelización de la ciudad de Lanki iba en aumento. Cada día aumentaba la cristiandad, no sólo en número sino en virtud; tanto que, viendo el gran fruto que iba cargando muchedumbre, hubieron de pedir ayuda a los padres de Fo-gan y su partido. Escribieron al Vicario Provincial para que les enviase compañeros, pues solos los dos padres no podían con tanta carga. Por esta razón, fray Juan envió de ahí a algún tiempo al padre fray Timoteo de San Antonio y al padre fray Raimundo del Valle.

Por el mes de octubre de 1658, le mandó la "obediencia" al padre fray Juan que fuese a la ciudad de Fo-ning-chen a predicar y administrar los sacramentos a muy buenos cristianos que allí había. Habían pedido varias veces ministros, aunque los cristianos no eran muchos, mas al fin era razón acudirles y se esperaba mayor fruto por ser muy populosa la ciudad. Llegó a ella, y al entrar por la puerta le preguntaron las guardias que a donde iba (vivía el tártaro entonces con tanto cuidado como éste) y respondió: que era maestro de la Ley de Dios y que venía a predicarla a aquella ciudad. Dejéronle pasar sin hablarle más y fueron a dar parte al Gobernador que la regía entonces. Fue el padre a la casa de un buen cristiano letrado llamado José y allí comenzó a ejercitar los oficios de su obligación, predicando y administrando Sacramentos.

Al cuarto día entraron de repente en la casa unos ministros que decían ser de justicia y, sin más preámbulos, le echaron al cuello una grande y pesada cadena de hierro. De esa manera le sacaron por aquellas calles bien seguido de gente, y dieron con él en la presencia del Gobernador, juntamente con un mozo llamado Mateo a quien también ataron a la misma cadena por decir que era su criado. Esperábale el Gobernador sentado en su tribunal. Llegado el padre fray Juan le hicieron poner de rodillas. y le preguntaron que siendo extranjeros a qué habían pasado a aquel reino y a aquella ciudad; respondió con todo valor: que era maestro de la Ley de Dios, Creador del cielo y de la tierra y de todas las cosas. La cual ley no se ignoraba en China, ni era cosa nueva, pues en la corte de Peking estaba bastante divulgada. El mismo Emperador la había amparado y levantado a costa de sus tesoros un suntuoso templo al verdadero Dios. Y a uno de sus predicadores, que era el padre Juan Ádamo, le había hecho grandes honras y le nombró Letrado en la facultad de las Matemáticas. Así que él venía allí a predicar la misma Santa Ley, para eso había pasado a China y venido a aquella ciudad. Sonriose el Gobernador, y como haciendo mofa dijo: *<<No hay tal, ni esa vuestra Ley la hemos menester en China, que hartas tenemos No quiere esta ciudad que se la prediquéis, porque yo sé que no tiene cosa buena.>>* Replicole el padre fray Juan que mirase bien lo que decía porque en cuanto a ser conocida en China era cosa constante y notoria; y en cuanto a lo bueno que tenía, era tanto, que toda estaba llena de leyes y disposiciones admirables dignas de toda estimación, pues desengañaba a los hombres de sus errores, les daba reglas para vivir bien y salvarse después de la muerte. Mañana, dijo él, os llevaré al Visitador y estaréis a lo que él dispusiere. Hizo señas al verdugo para que los desatase de la cadena y así acabó aquella audiencia. Se volvió el padre fray Juan a su casa donde halló a todos los cristianos bien afligidos por el peligro en que veían al padre; mas con su vista se consolaron todos mucho.

El día siguiente amaneció el padre Fr. Juan en casa del dicho Gobernador. Apareció el Gobernador con grande acompañamiento y autoridad en silla de hombros llevando tras de sí al padre, y este espectáculo se iba llevando cuanta gente encontraban y con curiosidad de ver el suceso.

Llegaron a la casa del Visitador y entró allá el Gobernador a hablarle. El padre fray Juan se quedó a la puerta donde, viéndose con tan grande auditorio, le pareció que Dios le mandaba predicar su Santa Fe. Así, sobre el motivo de andarle trayendo en los tribunales siendo ministro de Dios les dijo todo lo que pudo para sacarlos de sus errores, despacio y bien a su salvo porque duró más de dos horas la conferencia de adentro. Cuando por entre aquel tumulto salió una voz diciendo que entre el maestro de la Ley de Dios, entró allá y no halló más que al mismo Gobernador, porque el Visitador no quiso salir. Estaba sentado en alto y yéndose el padre a arrodillar no se lo permitió, sino le dijo: *<<En esta ciudad no hay quien os oiga, ni quiera seguir al Dios que predicáis. Está determinado que salgáis de ella y os vayáis a Fo-gan, que allá hay quien os siga>>*. No se acortó el padre Fr. Juan, sino volvió a proponer sus intentos diciendo que allí le enviaba Dios y otras cosas que su Majestad le puso en la boca. Mas el tal se hizo sordo y mandó a un alguacil que se llevase a aquel hombre fuera de la ciudad y le trajese testimonio de que estaba fuera.

Salieron los dos camino de la puerta de la ciudad, Primero se fue el padre a despedir de su casero José donde, sabida la sentencia, entretuvieron al alguacil con darle bien de almorzar y entre tanto se confesaron muchos cristianos y cristianas. Luego, salieron al campo donde, en una casilla de arrabal, se quedó el padre Fr. Juan veinticuatro días, diciendo misa y administrando los sacramentos a los fieles que allí iban.

Fue notable y de gran ejemplo lo que sucedió en este tiempo a dos mujeres cristianas y nobles que vivían dentro de la ciudad, personas venerables y ambas viudas; una se llamaba Ana y la otra María. Como fue tan poco el tiempo que el padre fray Juan estuvo dentro de la ciudad no pudieron acudir a confesarse y deseábanlo sumamente. Supieron que se había quedado el padre Fr. Juan allí cerca y desearon irle a buscar; aunque había dos gravísimas dificultades que vencer: el andar por la calle siendo personas principales y la mayor era salir de la ciudad mujeres. En esta segunda había grandes rigores porque no se fueran al enemigo (que entonces andaba viva la guerra): pero Dios les ayudó a su buen deseo. Ana se valió a peso de plata de un soldado tártaro que la puso fuera de los muros, y desde allí una criada llegó a la casa en que estaba el padre fray Juan. Allí, hincada de rodillas a sus pies y dando mil gracias a Dios, confesó muy despacio, oyó misa, que dijo el padre fray Juan, y en ella comulgó; y volvió muy alegre y consolada a su casa. María usó de una estratagema famosa; púsose unos vestidos muy desechados y viles y, con una muchacha vestida de la misma librea, se arrojó a la puerta de la ciudad. Detuviéronla los guardias, y preguntada donde iba respondió; <<que era una pobre mujer que iba necesitada con aquella su hija a buscar con que poderse sustentar.>> No hicieron reparo y las dejaron salir. Se fue la mujer al padre fray Juan e hizo las mismas diligencias que la otra. Por sólo ver la fe de ambas, dio el venerable padre por bien empleada su ida a aquella tierra y los trabajos que padecía. Esta empresa no ha sido de las mayores del padre fray Juan de las mayores, pero se menciona como ejemplo de su valor.

### **Muerte de los PP. fray Juan Bautista, fray Domingo Coronado y de lo que hizo Dios de sus ministros**

Postrado el padre fray Juan Bautista en el lecho, llegáronsele un día de aquellos últimos el padre fray Juan García y el padre fray Francisco de Varo a consolarle como hermanos, aunque ellos necesitaban de harto consuelo viendo que ya se les iba apagando aquella tan amable luz. Llegó el día 16 de septiembre de 1664 donde murió a la edad de sesenta y siete años.

Entre los cristianos que había en la ciudad de Foning-cheu donde fue su dichoso tránsito, es inexplicable el sentimiento, las lágrimas con que todos manifestaron su desconsuelo, fueron tales y tan copiosas que en el oficio de difuntos y sepultura no acertaban a rezar sin saber los ojos como habían de acudir al lienzo y al ritual.

El mayor trabajo en el que se hallaba esta provincia fue sin duda de los más crueles que pudo maquinarse el demonio contra aquella buena parte de religiosos que tenía en la gran China. Pues, fuera de tenerlos allí condenados a perpetuo destierro, continuos golpes y malos tratos que padecieron entre tantos enemigos suyos, se levantaron contra ellos desdichas y persecuciones que se empezaron a mover desde el mes de septiembre de 1664 y acabaron de sacar la cara el siguiente de 1665.

Tuvieron su principio en la imperial corte de Peking donde hicieron liga contra la Ley de Dios las gentes enfurecidas de aquella tierra. Los príncipes de la soberbia se juntaron a una haciendo alianza idólatras, tártaros y chinas con unos mahometanos que habían introducido en China la sombra de la guerra y ahora hallaron coyuntura para ponerse en armas contra aquellas y desarmadas cristiandades.

La mala intención nunca les faltó pero fueron refrenados por la piedad del Emperador de China, el tártaro Xunchy que fue tolerante con la Iglesia, donde navegaba prósperamente la armada de nuestras iglesias en China.

Murió este Emperador y le sucedió un niño de siete años llamado Kanghi. El Supremo Gobierno y la tutela del niño recaía sobre sátrapas y magnates. Estos fueron comprados por dinero e hicieron sus concilios de donde salió jurada la guerra contra la Ley de Dios; y con la tolerancia de los Consejeros se hicieron memoriales al Emperador o, por mejor decir, libelos infamatorios contra la Ley de Dios y sus ministros.

Enviado al Emperador el dicho memorial y remitido a sus Consejos, que ya lo esperaban, llamaron primero a examen a los padres de la Compañía de Jesús que estaban administrando la cristiandad en las dos iglesias que tenían a su cargo en la misma corte de Peking. Los prendieron y metieron en estrechas y horribles cárceles cargándolos de grillos y pesadas cadenas. Luego, hicieron universal convocatoria con orden del Emperador y su sello para que todos los maestros religiosos y predicadores de la Ley de Dios, en todas las provincias y reinos de la China, compareciesen en Peking dentro de tantos días personalmente, juntamente con algunos mandarines cristianos que en el decreto nombraban; porque convenía al bien común y al servicio del Emperador averiguar algunas traiciones y maldades que se decían haber maquinado dichos ministros y sus cristianos. Fue éste un espantoso trueno que llenó de confusión todo el Imperio. Era rara o ninguna la ciudad donde no había grande o pequeña congregación de cristianos, contándose en todo el circuito más de doscientas mil almas reengendradas en las sagradas aguas del bautismo. Se hallaban a la sazón en dicho Imperio, esparcidos por diversas provincias y ciudades veinticinco de la Compañía de Jesús, diez de Santo Domingo y uno de N. P. San Francisco. No pudiendo resistir tan ejecutiva orden, porque fuera lo mismo que querer tener un rayo, lo más que pudieron hacer fue irse a presentar veintiséis y quedarse los diez restantes escondidos en cuevas o mazmorras, donde apenas la tierra los sintiese, para que en todo acontecimiento no se quedase de un golpe extinguida la luz del Evangelio.

Llegado el riguroso decreto a los Prefectos y Gobernadores de provincias y ciudades para que remitiesen a Peking todos los religiosos, le dieron cumplimiento y, entrado ya el año 1665, fueron enviando a la Corte los dichos padres con gran

puntualidad y no menor custodia, según el afecto o desafecto que Virreyes y Gobernadores tenían hacia la ley de Cristo. Entre los que fueron prisioneros y maltratados estaban dos de nuestros religiosos, el padre fray Domingo de San Pedro y el padre fray Felipe Leonardo que al presente vivían y administraban en la provincia de Che-kiang.

Estaba en este tiempo en China el padre fray Victorio, asistiendo a su casa y templo de Santa Catalina Mártir, que había fundado en la ciudad de Zivencheu en la provincia de Fo-king. Habiendo sabido el decreto que había salido y corría ya por las provincias de China, aunque estaba más de doscientas leguas de distancia de la Corte y reconociendo las dificultades por ambas partes, resolvió el no irse a presentar por temer el destierro y dejar el cuidado de aquellos cristianos chinas. Se fue de vuelta hacia Fochou y buscó modo de esconderse en ella.

Los pobrecitos cristianos y cristianas de nuestros ministerios de Fo-gan, Fo-ning, Mo-yang y adyacentes sabido del riguroso decreto, y que cuatro padres que allí les administraban habían resuelto obedecerle y pasar a Peking, se juntaron todos de comunidad. Con notable ánimo y resolución dijeron que no habían de permitir tal cosa, y yéndose a ver con los padres y a llorarles semejante azote, les dieron a entender su determinación: ofrecieron el tenerlos escondidos, sustentados y seguros, sin permitir que se les siguiese el menor daño del mundo. Primero permitirían la pérdida de sus haciendas y vidas; porque el intento de llevarlos a Peking era para desterrarlos de aquel Imperio. No querían ellos quedar solos, y que los enemigos de Dios los hallasen huérfanos cuando pasaron a perseguir con mayor aprieto la cristiandad. Así les pidieron que se estuviesen quedos y se dejasen esconder que era lo más seguro. Estos cuatro padres fueron: fray Juan García, fray Raimundo del Valle, fray Francisco Varo y fray Jaime Berge. Los que se presentaron y fueron presos eran los padres fray Domingo Coronado, fray Domingo Navarrete, fray Domingo de San Pedro y fray Felipe Leonardo, quedando solamente libre el padre fray Gregorio (porque era china).

El padre Coronado murió el día nueve de mayo de 1665. Fueron de opinión los cuatro Padres Jesuitas de aquella Iglesia que había sido mártir, y lo dieron por parecer firmado de sus nombres. Sólo la causa de su muerte fue los grandes trabajos que padeció en tantos y penosos viajes, en las cárceles cargado de cadenas y necesitado de cuanto pide para conservarse la vida humana. Cuando ahora murió estaba oprimido del poder tiránico de aquellos ministros.

Fray Domingo Navarrete, fray Domingo de San Pedro y fray Felipe Leonardo fueron presos y desterrados pero volviéronse a Manila como Dios les ayudó.

Concluyeron finalmente tan reñidos y sangrientas persecuciones por el mes de septiembre del mismo año de 1665; había durado un año entero. El Emperador había pronunciado sentencia definitiva de destierro contra todos los padres y predicadores de la China, para que fuesen llevados a la provincia y metrópoli de Kuantung en su mismo

Imperio, aunque muy apartada; llevando mira de que puestos allí los fuesen enviando, o ellos se fuesen a la ciudad de Makao, de portugueses, que está de allí cerca.

Con la dicha persecución y sentencia quedaron embargadas por el Emperador todas las iglesias cristianas de China, que llegaban a ciento sesenta y ocho fuera de la Imperial Peking. La primera sentencia que salió de los Tribunales de Estado y Consejos fue que se demoliesen de una vez las iglesias para borrar de China su memoria; pero el Emperador, aunque niño no lo permitió, pasando a ser viviendas de mandarines y ministros del Reino.

El año de 1666 entró en el Imperio de China el Gran Kang (que es el tártaro más occidental) que como vio al otro tártaro ocuparla a título de vecino, quiso venirle él a tomar residencia. Fue tan estrecha que metió innumerables y poderosas gentes que para principio de posesión y conquista se estrenaron en la provincia de Xansy. Aquí este otro tártaro estaba en posesión y, viéndose tan impedido a resistirle, le envió Embajadores de paz, obligándose a hacerse su tributario. Se concertaron en que el niño Emperador y sus sucesores, perpétuamente le pagasen de tributo al dicho Kang cada día diez mil taes de plata, y en eso se concluyó.

En la forma referida y en este miserable estado quedaron estos alborotos de China contra la cristiandad: veintitrés religiosos sacerdotes de las tres Órdenes presos en Kuangtung, tres en Pekín y cinco escondidos en diferentes partes del Imperio; los cristianos huérfanos, perseguidos y maltratados sin haber, entre tantos millares de almas cristianas que pasan de doscientas mil, más ministros que los ocho; donde el padre fray Gregorio López viene a ser el que acude con mayor libertad (por ser china) pero indecible valor.

Pero para consuelo de los lectores, es bien decir, que quedaron las esperanzas de irse volviendo los ministros a sus iglesias poco a poco, como lo hicieron.

### **Del venerable padre fray Juan García y de su bien esperada muerte en el Imperio de China**

En la última persecución que llevamos referida, fue de los que dispuso el prelado que se quedasen escondidos en Fo-gan. Pasados algunos meses de estrecha reclusión, llegó la nueva falsa de que ya quedaban libres los padres en Peking; que se había sentenciado en su favor que los dejasen volver a sus iglesias. El autor fue sin duda el buen deseo, aunque todavía no se había concluido esto. El venerable y piadoso ministro salió de su cueva, comenzó a administrar con menos temores junto con el padre fray Raimundo del Valle, se fue a la iglesia de Mo-yang y celebró públicamente el día de la Exaltación de la Cruz. Al punto se le dio parte al ministro de aquella tierra, el cual sin dilación envió soldados y ministros que prendieron a los padres. Entraron primero en el aposento del padre fray Juan, y ello propició que tuvieran tiempo y lugar los cristianos para hacer desaparecer por otro aposento al padre fray Raimundo. Así, el padre fray Juan cargó todo el celo de la justicia que fue furor en los ministros. Prendiéndole con gran violencia por inobediente a las leyes del Emperador, y por no haberse ido a

presentar como se lo habían mandado. Atáronle con fuertes cadenas de hierro, maltrataron su venerable cuerpo con puñadas, coces y arrastres, y el santo religioso levantaba los ojos al Cielo viendo que sólo de su piedad podía esperar ayuda. Acudieron los cristianos a templar aquella diabólica saña haciendo detener a aquel para que no mandase al padre a la Corte, donde infaliblemente le quitarían la vida, y pidieron un poco de tiempo.

Un letrado, entendido, agudo y buen cristiano, se llegó al punto a Fo-gan acompañado de otros cristianos, y hablando sobre el caso al Gobernador le dio a entender que ya el delito de inobediencia del padre había de venir sobre su cabeza, pues no lo había buscado bien. Tales razones supo hacerle, que le trajo a Mo-yang mandamiento de soltura con graves órdenes: que lo escondiera al padre donde la tierra no lo supiera. Al fin, Dios acudió, y la diligencia de los cristianos fue tan grande que le sacaron de las uñas de aquellos lobos carniceros, que por tres días se habían estado con burlas, afrentas y malos tratos, esperando el sabroso plato de su sangre y su vida.

Quedó el siervo de Dios tan postrado y rendido de los tormentos de aquellos tres días que, añadido a los martirios de toda su cansada vida, fue dando en la cama de un pobre y duro catre de tablas. Allí se fue consumiendo su cuerpo y aumentando de caudal su espíritu por el discurso de dos meses y medio. Se confesó, como generalmente lo hacía, con el padre fray Raimundo que siempre le asistió. Siempre estuvo en continuas pláticas con Dios pidiéndole misericordia y perdón de las muchas quiebras que reconocía en aquel apostólico ministerio.

Algunos días antes de morir hizo llamar a todos los cristianos que pudo y allí les tuvo un profundísimo y largo sermón: que no desmayasen entre aquellas tempestades que padecía la barquilla de la iglesia en aquel Imperio por los tantos huracanes que se habían coaligado a oprimirla y anegarla; que entrasen en consideración como el invierno, sus heladas y nieves, la destemplanza de los vientos, el despojo de sus ojos y retiro del Sol, todo se ordenaba a sazonar mejor sus frutos; y que con aquellos riesgos, que eran los más seguros, había Dios criado su Iglesia para que los cristianos predestinados levantasen los ojos a Dios. Encargoles mucho el temor de Dios, la sujeción a sus ministros, el buen ejemplo, la caridad con que se habían de amar unos a otros (para que no los hallase divididos el enemigo) y que en todo caso frecuentasen los santos sacramentos. Se preciasen mucho de esclavos de nuestra Señora la Virgen Santísima, frecuentando su rosario con toda devoción y se la tuviesen grande al Patriarca San José.

Con tantos consejos a los cristianos y pedidas sus oraciones, se quedó vagando en su interior, y llamando sin cesar a Dios para que le sacase de él en paz. Daba oídos al padre fray Raimundo en lo que le decía, y si le diera ojos fueran bien menester para su desconsolado llanto. Así, dispuesto y recibidos los santos sacramentos acabó sus penosos días para comenzar los años eternos que siempre tuvo en la mente. Fue su pacífico tránsito el feliz día de la limpia Concepción de Nuestra Señora: ocho de diciembre de 1665. Su muerte fue universalmente llorada de cuantos le conocieron y, de aquellos sus hijos cristianos que con tantos dolores le había recogido a Dios. Su muerte fue gemida y ofrecida a su Majestad por sus hermanos los religiosos con el sacrificio

más precioso que entonces se le pudo rendir y más sensible; hicieronse sus exequias bien honrosas de sentimientos, pero moderadas (por la persecución que todavía andaba sin respetar a los muertos). Su venerable cuerpo fue metido en un fuerte ataúd y, en un monte junto al dicho pueblo de Mo-yang, le hicieron sepulcro junto al del padre fray Manuel Rodríguez, donde ambos hermanos esperan el día de la universal resurrección.

En el cuadro funeral que se presenta a la provincia en estas actas se destaca la figura del V. P. fray Juan García que había fallecido un año antes en el más recio período de la horrorosa tormenta que amenazaba la ruina y la completa extinción del cristianismo en todas las provincias del Imperio. En tanto que los otros misioneros vagaban desterrados o dispersos a impulsos del huracán, el venerable García cerraba sus ojos a la luz para no ver días tan tristes en la postrera etapa de su vida.

El acta de la última Congregación honra su memoria en estos términos:

**«En el gran reino de China, y pueblo de Mo-yang, de la provincia de Fo-kien, falleció el V. P. Fr. Juan García, hijo del colegio de Almagro, de la provincia de Andalucía, el cual, trabajando apostólicamente en dicho imperio cerca de treinta años con la doctrina y la oración, ora oculto, ora perseguido y maltratado, sufrió con singular paciencia y mansedumbre muchos oprobios y afrentas; habiendo quedado sólo, de los religiosos de la Orden, por algún tiempo en el imperio. Por último, en la postrera persecución del cristianismo, habiendo salido del retiro en que estuviera oculto mucho tiempo, para celebrar el santo sacrificio de la misa en la iglesia, el día de la Exaltación de la Santa Cruz, fue preso por los soldados, atado con cadenas, golpeado, escarnecido, abofeteado; y habiendo caído poco después en una grave calentura, entregó su alma al Criador, el año de 1665, rayando en los sesenta de su edad.»**

## APÉNDICE PASTORAL Y DOCTRINAL

Conocemos que uno de los muchos trabajos de este insigne padre fue la comunicación. Mucha de sus numerosas "Cartas" han desaparecido; bastantes de ellas fueron remitidas a Manila y cayeron en manos de piratas; y otras deben de estar ocultas al abrigo del tiempo. De algunas de ellas hacemos mención en el trabajo precedente.

Estas cartas fueron bien tenidas en cuenta unas veces y en otras, su contenido fue manipulado o mal interpretado, lo que dio lugar a ser una base de ataques a la manera de enseñanza de jesuitas y de su Religión. Se escribieron dos libros en idioma francés titulados: *1ª y 2ª Parte de la práctica moral de los jesuitas*, a los cuales se les dio respuesta con otro también en lengua francesa titulado; *Defensa de los Nuevos Cristianos y de los Misioneros de China, Japón y de las Indias*. Las calumnias que se vierten tienen su fundamento en los Decretos de Roma en los años 1645 y 1656. La

mala fe de los libros hace que valga el primero contra los jesuitas y se disimula el Decreto del 56 a favor del proceder de estos.

Pero ¿que tuvo que ver nuestro padre misionero en todo ello?  
Hagamos una preliminar introducción y veamos.

Descubiertas las islas Filipinas, no se tardó mucho tiempo sin que las Órdenes Religiosas se sintieron excitadas por pasar a la Gran China. Sus puertas, que habían estado tan largo tiempo cerradas a los Predicadores del Evangelio, se comenzaron a abrir por primera vez el año de 1581. Un jesuita italiano llamado Miguel Rogeri, que fue seguido dos años después del célebre Marco Ricci, dio principio a esta misión. En el espacio de cincuenta años la fe se extendió con progresiva consideración en la mayor parte en las provincias de este Estado, no obstante las dificultades, y las persecuciones que se levantaron en varios tiempos.

El deseo de participar en la misión, excitó los deseos de otras Órdenes, que estaban en las islas Filipinas, a intentar el viaje a la China. Entonces, no podían entrar en ella por otro camino que por Macao; y como ellos eran castellanos, los portugueses que han sido siempre señores de esta ciudad, se opusieron a sus designios, o por efecto de la antipatía de las dos naciones o por razones de la política, bien sabidas.

El año de 1633 el comercio de las Filipinas con la Isla Hermosa dio medios a estos religiosos de entrarse ocultamente en la provincia de Fokien, que no dista más de una jornada de navegación. Allí entraron algunos de las diversas Órdenes, y otros los siguieron algunos años después como nuestro padre García, todos abrasados del deseo de acrecentar el Reino de Jesucristo.

Su sed evangelizadora no les permitió que se detuviesen largo tiempo en otras cosas, sino en obrar. Luego, deliberaron cómo debían trabajar con los cristianos que habían encontrado en gran número, y hacer ellos mismos otros nuevos. Así, no es arduo de entender, ni nos extrañará lo que sucedió en estos principios, o lo que no puede casi dejar de suceder a los que se ven de repente en medio de una nación, cuya lengua, costumbres y genio distan tanto de las nuestras. Se conciben de ordinario las cosas de otra manera que ellas son, y se hallan los hombres en algunos enredos por falta de la experiencia que no se adquiere sino con el tiempo.

A vista de estos inconvenientes, podemos deducir que pudieron haber sido engañados estos religiosos. No se podían informar aún sino por intérprete del estado del cristianismo y de las máximas del país; no juzgaron de que no tenían seguridad para aparecer tan pronto en las ciudades a los ojos de los Magistrados, porque habían entrado sin su permiso; y la ignorancia a los que preguntaban o la infidelidad de sus intérpretes les dio ocasión de creer diversas cosas cuya falsedad reconocieron después. Los chinas podían presentarse en dos papeles contrapuestos sin dificultad, lo que no era entendido por nuestros misioneros.

Esta información, para que se marcaran las pautas a seguir en la evangelización, llegó a filipinas donde fue manifestada al Arzobispo de Manila y al Obispo de Cebú y tuvieron a bien dar aviso al Papa. Le manifestaron lo que a ellos les habían hecho entender o ellos entendieron: *que "los frailes de la China permitían a sus neófitos, postrarse delante del ídolo Chim-boan, honrar a sus difuntos con ceremonias llenas de supersticiones y de idolatrías y de santificar a su doctor Con-fu-zu que les ocultaban el misterio de la cruz del Salvador; que no les administraban la Extrema-Unción, que despreciaban las sagradas ceremonias del bautismo, ..."*

Posteriormente los dos Prelados examinaron mejor estas Relaciones y se retractaron en una carta que escribieron al Papa el año de 1637. Testificaron que estando informados de lo contrario de lo que habían escrito antes por falsas Relaciones y se retractaban en conciencia *"a justificar a los Padres de la Compañía contra las injustas acusaciones y a defender con todo su poder, así la inocencia de los mismos Padres como la verdad"*.

Ya hemos visto en la biografía del padre García los enredos y persecuciones que se dieron en la provincia de Fokien en los años 1637 y 1638 por ocasión de estos buenos religiosos llegados. Conocemos, pues, lo que parece sucedió por una Historia del Maestro del Sacro Palacio de Roma, que dice así: *"Algunos de estos Misioneros (dice el historiador) que no tenían aún conocimiento alguno de las ceremonias, así religiosas como políticas que están en uso entre los chinas, **comenzaron de repente a predicar públicamente por intérprete, que los antiguos reyes de la China, que según la cronología del país vinieron poco tiempo después del diluvio, y cuya vida estaba llena de virtudes morales muy admirables; que estos reyes, digo, estaban condenados en el infierno; que Confucio, el doctor y Maestro común de todo el reino estaba también condenado; que los Jesuitas permitían una idolatría a los cristianos en no informarles hacer honra a este Confucio, con inclinaciones profundas hasta la tierra a que estos religiosos daban el nombre de adoración, no siendo esta la realidad sino un respeto puramente civil que todos los chinas acostumbra dar a sus Reyes, a sus Padres y a sus maestros, aún vivos.**"*

*Esta acción causó repentinamente gran turbación entre los cristianos. Fue principio de un violento tumulto del Pueblo y de una extremada indignación de los Mandarines a los cuales se dieron al instante mil quejas. Habiendo, pues, hecho penas a estos religiosos delante de sus tribunales, los pusieron en las manos de algunos soldados con el deber de que los condujesen por el más corto camino a Macao; y al día siguiente se vieron edictos muy rigurosos, según la costumbre, sobre las puertas de las ciudades, primeramente de la capital y luego de Tinencheu y de todas las otras, en determinación de la Religión Cristiana que se prohibía se predicase y se ordenaba se renunciase debajo de grandísimas penas.*

*El P. Manuel Díaz, (jesuita) hospedó a estos religiosos siete días, tuvo el cuidado posible de uno de ellos que estaba enfermo. Así proveyó de dinero que gastasen hasta*

*llegar a Macao y les dio un cristiano muy caritativo y que tenía mucho crédito para que los defendiese de la insolencia de los soldados que les habían puesto por guardias.*

*Mientras estos religiosos se iban de esta manera sobrevinieron otros, de los cuales uno, como para enconar más y más los negocios, arrancó de sobre las puertas de la Ciudad el edicto que el Gobernador había hecho fijar que al punto se escapó y luego se supo. Este accidente, con otros muchos semejantes efectos de un celo fuera de la razón cuya relación sería poco agradable fueron causa de que se repitiesen hasta quince veces los edictos contra la Ley de Cristo. Y como eran los Jesuitas los que la habían traído a la Provincia, donde la habían extendido ya mucho los padres Julio Aleni y Manuel Díaz fueron nombradamente expresados en estos edictos y condenados a destierro y esto con tan poca esperanza de alguna moderación que no los quisieran oír ni ver aunque por esta parte los gobernadores fuesen sus amigos, de suerte que se hallaron forzados a alejarse con gran dolor de los cristianos que se bañaban en lágrimas, cuando fue necesario apartarse de ellos.*

*Así todo el fruto que se cogió de este nuevo fervor para el servicio de Dios y para el bien de las almas, fue que en lugar de novecientos idólatras que se convertían cada año en esta Provincia, apenas este año se pudieron convertir ciento. Que la ciudad capital llamada Focheu con sus dependencias, que había acostumbrado a contribuir con quinientos apenas dio treinta; y que fue menester trabajar mucho para recobrar en muchos años lo que otros habían tan fácilmente deshecho en poco tiempo.*

*Todas las iglesias, reservada una sola, fueron ocupadas por los idólatras que las hicieron servir, a unas de mesón. y a otras de establo. Los fieles se hallaron expuestos a grandes trabajos, desdichas e infortunios, y todos fueron maltratados. Condenáronlos en gruesas cantidades de dinero y se encontró uno que no teniendo con que cumplir la suya, después de haber vendido todos sus muebles, se halló obligado a vender aún a sus hijos por esclavos, los cuales fueron rescatados después por los cristianos. Otros fueron puestos en prisiones y allí sufrieron tantas miserias que uno de ellos murió. En fin, ellos probaron todos los rigores que se suelen ejecutar en este país contra los malhechores como ser puestos a la vergüenza, ser azotados públicamente, perder todos sus bienes, ser echados de sus tierras y de sus casas.....*

Vemos por este escrito cual fue la causa de lo que sucedió.

Corroborando lo que queda dicho anteriormente, vemos un pedazo de carta del padre García, que fue de los desterrados a Macao. Mientras fueron echados sus compañeros de la provincia de Fokien, el padre García (dominico) se quedó escondido cerca de la ciudad de Fogan, con el padre Francisco de Jesús (franciscano). El padre Julio Aleni (jesuita), intervino a favor del padre Francisco de Jesús. Después de haber mitigado el ánimo de los Magistrados, por la participación de algunos mandarines que presentaron un postulado a su favor, pudo llegar secretamente a Focheu, para asistir a sus ovejas.

El padre García, que conocía, por la experiencia, la buena voluntad de este misionero (Julio Aleni), esperando que por su medio podría obtener también alguna

libertad de salir del lugar donde estaba escondido, y de hacer sus funciones, le escribió en estos términos:

*"Mi sentir es que de aquí a muchos años no es conveniente para el servicio de Nuestro Señor, que se use de otro método de predicar el Evangelio en este Reino que de aquel de que Vs. Paternidades se sirven, y se han servido hasta ahora. Esto es lo que yo he escrito a mis superiores, porque la experiencia del mal suceso que han tenido nuestros Padres desterrados nos hace conocer que Dios no aprueba por ahora el proceder por ellos traído, aunque haya nacido de bien celo el que se hayan perdido así para probar si sería acertado ir por este camino para convertir a los infieles. Nuestro Padre Provincial (llamábase el Padre fray Clemente Gant), me ha enviado a decir que no conviene que nuestros religiosos pasen a este reino de la China, hasta que su Santidad haya decidido los puntos, en que nosotros somos de diferente parecer, que Vs. Paternidades porque no usamos con este ocasión de escándalo y de turbación para esta cristiandad. Por esto, me añade que debo tener paciencia hasta que haya venido la respuesta de Roma. El Padre de la Orden de San Francisco, que me hace aquí compañía, ha recibido la misma respuesta. No tenga pues V.R. dificultad en ayudarnos a salir de esta prisión, ( nombra de este modo el lugar donde estaba escondido) ni tema que vamos a mostrarnos públicamente porque tendremos cuidado de caminar con moderación y de ganar la gracia del mandarín, para que nos deje asistir a los cristianos con un poco de más libertad; y si una vez yo me veo fuera de este embarazo miraré mucho a no meterme en otros nuevos de lo cual V.P. será testigo. Fogan a 16 de noviembre de 1639".*

Por esta carta podemos ver la prueba de lo que hemos dicho que no fue sino un exceso de celo y un defecto de experiencia lo que obligó a estos religiosos a condenar tan de repente el método de los antiguos misioneros de la China, que habiendo querido tener otro proceder trajeron una persecución sobre sí y sobre los cristianos y que tuvieron después mucha materia de arrepentirse y de mudar de parecer.

Quizás se extrañará con más causa que ni la experiencia de lo que acababa de suceder en la China, ni las razones del padre García hubiesen hecho abrir los ojos a todos otros misioneros como él. Pero se encontraron algunos que no creyeron podían aún ser de su parecer por lo menos antes de que se hubiese respondido a sus dificultades, y quietados todos sus escrúpulos. De este número fueron los padres fray Juan Bautista de Morales y fray Antonio de Santamaría.

No será necesario repetir aquí el testimonio del P. fray Juan Garría en su carta, que he referido ya. Traígase a la memoria como declaraba allí, *"que estaba persuadido a que no era del servicio de Dios, que se tomase otro método de predicar el Evangelio en la China, que aquel de que los jesuitas se habían servido hasta entonces, y que él lo había enviado a decir así a sus Superiores. Esto escribió en el año de 1663 en una carta del 7 de agosto al padre Couplet, jesuita".*

Pues como él era el más antiguo obrero de su Orden en esta misión, de la cual fue después Superior no se ha de extrañar que los otros que vinieron después de él tuvieran esos sentimientos..De este número fueron los padres Timoteo de San Antonio y Domingo Coronado que fueron los dos como él Vice-Provinciales en la China.

Todos nuestros padres, dice el primero en una carta al padre Brancati, jesuita, el año de 1660. *"Todos nuestros padres conocen ahora que el verdadero modo de trabajar en la conversión de los chinas es aquel de que ha usado la Compañía y de que usa aún el presente. Que si a los principios hubo allí diversidad de opiniones sobre esta materia entre nuestros primeros misioneros, esto no nació de ninguna mala intención que tuviesen sino de haber sido mal informados de ciertos hombres. Mas al punto conocemos que la experiencia, y tocamos, para decirlo así de los padres de San Francisco de la provincia de San Gregorio de Filipinas*

*Segundo una información del año 1633 y otra de 1636 en las cuales hablan dos religiosos de la Orden de San Francisco y otros dos de Santo Domingo.*

*Tercero, una larga carta o relación de un padre dominico nombrado fray Juan García dada el mes de septiembre del año de 1648 o de 1649 porque se halla señalado uno y otro.*

*Cuarto, el Memorial del padre fray Diego Collado de la misma Orden.*

Resta hablar de la carta o relación pretendida del padre García, en la cual, por no decir cosa de los demás calumnias de que está llena, se confirme la de la idolatría de los jesuitas, respecto de Confucio y de sus difuntos. Mas el impostor que la fabricó o que la corrompió con sus adiciones, ha tenido tan mala habilidad, que nos enseña a reconocer su fraude, por el medio mismo de que se ha querido de que se ha querido servir para cubrirla; porque veis aquí como hace hablar al padre García con su Provincial.

*Hallándome solo los primeros años, después que desterraron a mis Compañeros, no sabiendo aún sino mal la lengua y no pudiendo fácilmente comunicar con los cristianos para aprenderla, por causa de la persecución, escribí algunas cartas al padre Julio Aleni, en una de las cuales le pedía, que pues estaba en paz en su Iglesia, visitaba a los Mandarines y al Virrey consiguiese una carta, como le era fácil, para que el Mandarín de aquel lugar dejase en él la persecución. Él me envió a decir que tuviese paciencia.*

*Después que V. Paternidad nos avisó que no estamos obligados a ir a rasgar los decretos contra la Ley de Dios, sino solamente a responder por escrito o de palabra, y nos ordena que nos esforzásemos a aprender el modo de tratar con los chinas civilmente, para ganarlos, siguiendo el ejemplo de San Pablo. Escribí al padre Aleni que no saldríamos más a las calles, como lo habíamos hecho, y nos conformaríamos con sus Paternidades; y que así le pedía que me enseñase como me había de gobernar; porque habiendo poco que había venido a la China y habiendo estado siempre encerrado no la había podido aprender.*

*De esta manera le escribí yo francamente y de todo mi corazón. Pero como correspondió él a mi sinceridad. Recibió mi carta, la explicó como quiso y la envió a Macao para hacerla ver a todo el mundo y después hasta Roma, imponiéndome una falsedad diciendo de mi que había en la China un dominico que seguía sus sentimientos (o por mejor decir sus errores) tocantes a los sacrificios de los padres, aunque yo querría más ser ahorcado y quemado vivo y dar mil vidas que convenir con ellos en estos sentimientos que considero como errores. Yo no me he defendido hasta ahora de este desdoro. No me he quejado del padre Aleni aunque he escrito dos veces desde este tiempo a Macao pareciéndome que me debía contentar con hacer la voluntad de Dios y lo que me ordena mi Superior con estar atado a mi deber y dejar hablar al mundo como quisiere.*

La conciencia fuerza muchas veces a los culpados a obrar contra sí mismos al tiempo que pretenden justificarse. El falso García no podía olvidar lo que había efectivamente escrito por el verdadero, en una carta al padre Aleni. No creyó que se podía disimular; pero quiso coger la delantera para prevenir el argumento que veía que de ella se podía sacar. Mas con ello no hizo sino advertirnos la confusión en que se hallaba; y hacernos observar cual era la causa.

#### **FUENTES QUE SE CITAN:**

##### **BIBLIOGRAFÍA:**

- **ANTONIO, Nicolás.**- *Bibliotheca Hispana nova sive Hispanorum scriptorum qui ab Tomo I año 1783.*

- *Biografía Eclesiástica completa.*

- **BLÁZQUEZ, Antonio.**- *Biografías de hijos ilustres de la provincia de Ciudad.*

- **DÍAZ DÍAZ, Gonzalo.**- *Hombres y documentos de la filosofía española, Volumen 2. 1983.* -

*CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS. Pág. 542.*

**EMILIO, Pablo.** *Dominicos donde nace el sol: Historia del Santísimo Rosario de Filipinas. 1958.*

- **FERRANDO, V.P.Fr. Juan.**- *Historia de los pp. Dominicos en las islas Filipinas y en sus, Tomo II- Madrid 1870.*

- **FERRANDO Y FONSECA.**- *Historia de los pp. Dominicos en las islas Filipinas y en sus ..., Volumen III,*

- **HERVÁS Y BUENDÍA, Inocente.** *Diccionario Histórico Geográfico de la Provincia de Ciudad Real.- Ciudad Real 1899.- pág. 459 y 460.*

- **MARTÍNEZ VIRGIL, Ramón.**- *La orden de Predicadores: sus glorias en santidad, ... - Página 293.- 1884*

- **PÁRRAGA, Gabriel.** (Traductor). *Defensa de los Nuevos Cristianos y de los Misioneros de China, Japón y de las Indias.*

- **PINELO.** *Epitome de la bibliotheca oriental y occidental, náutica y geográfica. 1737.*

- **QUETIF, Jazquez.**- *O.P.Los escritores de la Orden de Predicadores, el número de conocidos, histórica y crítica.... 1721.Pág. 615.*

- **SANTA CRUZ, Baltasar de.** *Historia de la Provincia del Santo Rosario de Filipinas, Japón y China. 1693, Tomo II, Libro 1º.*

##### **INTERNET**

\* *Compendio de la Reseña biográfica de los religiosos de la provincia del Santísimo Rosario de Filipinas desde su fundación hasta nuestros días On openlibrary.org*

\* [http://es.wikipedia.org/wiki/Juan\\_Garc%C3%ADa\\_Carpintero.](http://es.wikipedia.org/wiki/Juan_Garc%C3%ADa_Carpintero)